

THE SENTINELS™

#3

ROBOTMACH

DEATH DANCE

Trapped on Praxis, the Sentinels
must escape before the
planet tears itself apart...

JACK MCKINNEY



Ballantine/25202 (Cover 10/83) U.S. \$4.95

Atrapados en Praxis, los Centinelas deben escapar antes de que el planeta se destruya...

¡DESAMPARADOS EN UN MUNDO CONDENADO!

Transcurren cuatro meses sin noticias de los Centinelas, y los miembros de la Misión Expedicionaria a Tirol estaban empezando a temer lo peor. Eso ocurría aun cuando habían comenzado las negociaciones para una tregua con el ser que podría haber sido responsable de la destrucción de la nave de los Centinelas —el mismo Regente Invid—.

Mientras tanto, los sobrevivientes del Farrago seguían varados sin esperanzas en Praxis, un planeta en cataclismo, que se precipitaba a la destrucción debido a los designios siniestros de la Regis Invid. Pero bien en el interior del núcleo de ese planeta se encontraban las respuestas a las plegarias de los Centinelas; si tan solo pudieran llegar a ellas antes de que Praxis se destruyera. Para Rick y Lisa Hunter, Cabell y el resto, el momento de tomar acciones desesperadas había llegado.

¡Y QUEDABA POCO TIEMPO!

ROBOTECH

Los Centinelas

La danza de la muerte

Jack McKinney

Versión 1.0

20.09.13



Título original: *Death Dance*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #13-15 *The Sentinels*

Publicación del original: 1988



Libro 15 en el orden de publicación, y 10 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Luis N. Migliore (Córdoba, Argentina)

Revisión: XXX

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Era como si la misión Expedicionaria estuviese predestinada a concertar una tregua con alguien, y el Regente resultaba ser el único enemigo residente. En otros cinco años los Maestros Robotech llegarían al espacio terrestre, seguidos tres años después por la Regis y la mitad de su horda Invid; pero en el 2026 (relativo a la Tierra) esto aún era especulación, y por unos cuantos breves días hubo pláticas de paz, confianza, y otras imposibilidades.

Ahmed Rashona, Ese Paso por la Noche: La SDF-3 y la Misión a Tirol

Una flota de naves de guerra Invid emergió de su viaje transtemporal por el hiperespacio en el débil resplandor del planeta primario de Fantoma, como tantas conchas expuestas en una playa de arena negra por una marea que se retira. Los transportadores de apariencia de molusco se situaron a una distancia respetuosa de la luna que ellos habían capturado y luego perdido; sólo la nave insignia de forma de mújol de la flota continuó su acercamiento, amenazante en su silencio sellado.

Al borde de la sombra del gigante de los anillos, el guardián de Tirol, la SDF-3, giró para hacerle frente a la nave del Regente, los compartimentos carmesíes de su arma principal brillantemente esbozados a la luz de las estrellas.

A bordo de la fortaleza Terrestre, en el Centro de Información Táctico de la nave, el General de División T. R. Edwards observaba cuando un transbordador emergió de la punta de uno de los tentáculos blindados de la nave insignia. Edwards confiaba en que

el Regente estaba a bordo de la pequeña nave, acompañado ciertamente por una comitiva de guardias y científicos. La presencia de la flota Invid dejaba en claro que cualquier acto de agresión o engaño significaría la aniquilación mutua para el Invid y los Humanos por igual.

El Almirante Forsythe, quien comandaba el puente de la SDF-3 a raíz de la partida de Lisa Hayes con los Sentinels, estaba ahora en comunicación constante con la nave insignia Invid. Fue el Regente quien había tomado la iniciativa al sugerir esta extraordinaria visita, pero Forsythe había insistido en que la fortaleza permaneciese en estatus de alerta máxima al menos hasta que el Regente estuviera a bordo. Desilusionada por décadas de guerra y traición, y endurecida por las sombrías realidades de los trastornos recientes, era el género humano quien se había vuelto cauteloso de las cumbres, desconfiado de aquellos que suplican por la paz.

Los escáneres y las cámaras remotas monitoreaban el acercamiento de la nave transbordador del Regente y transmitían datos relevantes a las pantallas en el Centro Táctico cavernoso de la fortaleza, donde técnicos y oficiales del estado mayor mantenían una vigilancia estrecha de la situación. Edwards se trasladó hacia la baranda del balcón de comando para tener una vista elevada de la enorme pantalla horizontal de situación de la habitación. Al estudiar las posiciones de los transportes de tropas Invid en relación con la SDF-3, se le ocurrió cuán fácil sería dispararles en este momento, tal vez eliminar a la mitad de ellos junto con el Regente mismo antes de que los Invid se vengasen. Y aún entonces existía una buena oportunidad de que la fortaleza sobreviviría al contraataque, el que estaba destinado a ser confuso. Aunque numerosos sin embargo, el Invid parecía carecer de cualquier conocimiento real de estrategia. Edwards estaba convencido de que el exitoso ataque de ellos contra la SDF-3 casi seis meses atrás había sido el resultado de la sorpresa y la ciega y anticuada suerte. Más al caso, él sentía que tenía una comprensión intuitiva de este enemigo –una segunda facultad nacida durante su breve exposición al dispositivo semejante a un cerebro que su propio Escuadrón Ghost había capturado en Tirol.

Edwards se recordó de las varias buenas razones para ejercitar el

refrenamiento. Aparte del hecho de que el tamaño real de la flota Invid permanecía desconocido, estaba esta Regis sobre la cual preguntarse; su paradero y motivaciones todavía tenían que ser determinados. Además, él sentía que el Regente tenía algo más que las negociaciones de paz en mente. En todo caso, los datos que Edwards había provisto al Invid con respecto a la nave de los Sentinels los había vinculado ya en una paz separada. Pero Edwards estaba dispuesto a terminar con la charada –aún si ello significase nada más que una oportunidad para evaluar el potencial de su socio.

Él desechó sus meditaciones abruptamente y retornó a la consola del balcón, donde recibió una actualización sobre el ETA de la nave transbordador en la bahía de acoplamiento de la fortaleza. Luego, dando un momento final de atención a los numerosos displays y pantallas de la habitación, él partió apresurado, ajustándose su placa de recubrimiento de aleación como uno lo haría con un sombrero, y arreglándose su uniforme de gala.

La bahía de acoplamiento había sido transformada en una especie de área de desfile para la ocasión, con todos presentes tan engalanados como lo habían estado en la espectacular boda de los Hunter. No había habido ningún anuncio previo de, si existían, qué protocolos deberían ser observados, pero una banda militar estaba a mano no obstante. La impresión que el Consejo Plenipotenciario deseaba transferir era la de un grupo altamente organizado, fuerte y decidido, pero guerrero sólo como último recurso. Los doce miembros del consejo tenían una posición de visión total al borde de un ancho círculo color magenta, concéntrico con la zona de aterrizaje del transbordador. La mayor parte del consejo se había pronunciado en contra de la exhibición de fuerza por la que Edwards había presionado, pero como una concesión, él había sido permitido atestar la bahía con fila tras fila de brillosos mecha – Battloids, Logans, Hovertanks, Excalibers, Spartans, y cosas por el estilo.

El transbordador se acopló mientras Edwards se dirigía hacia un lugar previamente asignado cerca de la plataforma en relieve del consejo; ya que él había sido el vocero del consejo en arreglar las conversaciones, se había decidido que él los represente ahora en el

curso de acción introductorio. Edwards había por supuesto visto y luchado contra las tropas del enemigo, y se había encontrado cara a cara con los científicos Obsim y Tesla; pero ninguno de estos ejemplos lo había preparado para su primer visión del Regente Invid, tampoco la esfera de comunicación del Royal Hall le había dado alguna apreciación del tamaño del XT. Como los seres inferiores de la raza Invid, el Regente era algo como un pastiche evolutivo –una criatura bípeda, de cabeza de babosa y verdosa cuya ontogénesis y hábitat nativo era imposible de imaginar– pero tenía unos buenos seis metros de alto y estaba coronado por una cogulla o capucha orgánica, adornada, así parecía, con una saliente media de tubérculos como globos oculares. El Dr. Lang había hablado sobre transformaciones y reconfiguraciones auto generadas que poco tenían que ver con la evolución como ello había venido a ser aceptado (y esperado) en la Tierra. Pero todas las versiones físicas de la Protocultura en la galaxia no pudieron evitar que Edwards boquease.

Una docena de soldados armados y blindados precedieron al Regente al bajar la rampa del transbordador (un platillo acanalado similar en el diseño a los transportes de tropas), y se dividieron en dos filas, haciendo una genuflexión a ambos lados de lo que sería el camino alfombrado del Regente hacia la plataforma del consejo. Recuperado, Edwards dio un paso hacia delante para saludar al alienígena en Tiresiano, luego repitió las palabras en inglés. El Invid echó hacia atrás los pliegues de sus mantos de color cerúleo, revelando manos de cuatro dedos, y lo miró con ira.

“Aprendí su idioma –ayer,” el Regente anunció con una voz que llevaba su propio eco. “Encuentro sus conceptos en su mayoría...divertidos.”

Edwards miró en los ojos negros del Regente y le ofreció una sonrisa. “Y pierda cuidado de que haremos lo mejor para mantenerlo entretenido, Su Alteza.” Él estuvo complacido de ver a los sensores del hocico bulboso del alienígena comenzar a latir.

La mirada con un solo ojo de Edwards contuvo la propia del Regente por un instante, y eso era todo lo que él necesita para darse cuenta de que algo estaba mal –que este ser no era con el que él había hablado por la esfera de comunicaciones. Pero él mantuvo

esto para sus adentros, apartándose teatralmente para escoltar al Regente hacia la plataforma del consejo.

Los miembros Plenipotenciarios se presentaron uno a uno, y después de formalidades adicionales el Regente y su comitiva se dirigieron al anfiteatro que había sido designado para las conversaciones. El tamaño del Regente había necesitado una ruta específica, a lo largo de la cual Edwards se había asegurado de poner tantas variedades de mecha como pudo reunir. En cada bodega por la que los jefes de la cumbre pasaban se encontraban Veritechs y Alphas listos para el combate; en cada vuelta de pasillo, otra escuadra de soldados de la RDF o un contingente de imponentes Destroids. Mientras estuviese a bordo, cada palabra y cada paso del Regente sería monitoreado por el sistema de seguridad extensivo que Edwards había hecho operacional como parte de su proyecto Código Pirámide –un sistema que también se las había arreglado para encontrar su camino dentro de los cuartos públicos y privados del consejo, y dentro de varios de los laboratorios Robotecnológicos y lugares sagrados interiores de la fortaleza.

Allí había una variedad de manjares y bebidas aguardando a todos en las antecámaras del anfiteatro; el Regente se alimentó de frutos de apariencia de manzanas que sus sirvientes trajeron consigo. Edwards notó que Lang estaba haciendo su mejor esfuerzo para vincularse al líder Invid, pero el Regente parecía no impresionado, negándose a discutir cualquiera de los tópicos que el científico de la Tierra introducía. De hecho, sólo Minmei tuvo éxito en hacer perder los estribos al Regente. Edwards notó que el Invid apenas pudo quitar sus ojos de la cantante después de que ella había completado sus canciones, y él retenía una mirada ligeramente encantada mucho tiempo después de que las alocuciones introductorias habían comenzado.

Los términos para una tregua fueron registrados para discusiones consecutivas, así los civiles y miembros de la prensa fueron permitidos ingresar al propio anfiteatro. Edwards vio que se haga que Minmei estuviera sentada al lado de él en la fila de adelante, donde el Regente podía tener una buena visión de ambos.

Las observaciones iniciales del alienígena calmaron cualquier

duda que podía haber subsistido en la mente de Edwards concerniente a la representación en curso. El Regente habló de malentendidos por ambas partes, de un deseo de traer paz y orden a una sección de la galaxia que había conocido sin parar contiendas armadas por siglos. Él afirmaba comprender ahora lo que había impulsado a las fuerzas humanas a emprender su desesperado viaje, y él se compadecía de su compromiso actual, aludiendo que podría ser posible acelerar el itinerario para el viaje de regreso de los Humanos a su mundo –siempre que, por supuesto, ciertos términos pudieran ser convenidos.

“Es una lástima que se hayan perdido tantas vidas,” el Invid continuó en el mismo tono imperioso, “en ambas partes, en el espacio de Tirol y durante la llamada “liberación” de Karbarra. Pero mientras que nosotros podemos no tener ninguna causa para altercados ulteriores con sus fuerzas aquí, debe ser entendido que ninguna indulgencia se podía esperar para aquellos de los suyos que escogieron unirse a los Sentinels. Y a pesar de lo que a ustedes los Tiresianos les pudieron haber dicho, estos mundos –Praxis, Garuda, y el resto– me pertenecen. Las razones para esto son complejas y ahora irrelevantes para la naturaleza de estas negociaciones, pero de nuevo nosotros deseamos acentuar que la causa de los Sentinels fue mal encaminada desde el inicio. Era inevitable que ellos fallasen tarde o temprano.”

Un silencio intenso cayó sobre el auditorio, y Edwards tuvo que contenerse de reír. No se había oído de los Sentinels durante cuatro meses. La palabra oficial era que la Farrago mantenía silencio de radio por razones estratégicas. Luego, recientemente, había habido especulación abierta de que la nave había sido mal dañada durante la batalla por Praxis. Pero Edwards lo sabía mejor. Él sintió el asimiento tembloroso de Minmei en su brazo. El coronel Adams, también sentado en la fila de adelante, se inclinó hacia delante para enviarle una mirada de conocimiento.

“Sólo recientemente hemos perdido contacto con la Farrago,” el Profesor Lang estaba diciendo. “Pero estoy seguro de que una vez que las comunicaciones sean restablecidas y un acuerdo de algún tipo sea estatuido, el Almirante Hunter y los otros respetarán sus términos y retornarán a Tirol.”

El Invid cruzó sus enormes brazos. “Sí, estoy seguro que ellos lo habrían honrado, Dr. Lang. Pero me temo que es demasiado tarde. Hace cuatro meses la nave de los Sentinels fue destruida –con la toda la tripulación a bordo.”

Un jadeo colectivo se levantó de la multitud, y Edwards oyó a Minmei comenzar a sollozar. “Rick...Jonathan,” ella dijo, esforzándose para ponerse de pie, sólo para desplomarse sobre el regazo de Edwards.

Alguien gritó cerca. Lang y el resto del consejo estaban de pie, sus palabras tragadas en el ruido de docenas de conversaciones separadas. Personal de noticias y miembros del estado mayor estaban corriendo de la habitación. Edwards dio bruscamente una orden a su ayudante para llamar a un médico. Adams, entretanto, estaba apartando a los espectadores.

Edwards sujetó a Minmei con protección. Una vez más él buscó los ojos lustrosos del Invid; y en esa mirada un pacto fue ratificado.

Pero en Praxis los muertos caminaban –aquellos Sentinels que habían escapado a la destrucción de la Farrago, y, ignorado por ellos, un ejército mortal de criaturas arcaicas vueltas a la vida en las entrañas de los Posos de Génesis abandonados del planeta...

“Véanlo ustedes mismos,” Vince Grant sugirió, retrocediendo de la pantalla del monitor del escáner. Rick Hunter y Jonathan Wolff se inclinaron para observar la imagen centrada allí: un módulo de propulsión intacto que había sido arrancado limpiamente de la nave y había caído en una órbita baja alrededor de Praxis. Vince estaba razonablemente seguro de que los motores de Protocultura-turba del módulo estaban intactos.

“¿Y no hay manera de bajarlo?” Rick preguntó. “Unos ciento sesenta kilómetros más o menos y un Alpha podría alcanzar la cosa.” Normalmente, uno podía pilotear un Veritech hasta la luna y volver, pero ni uno de los casi agotados Alphas de los Sentinels era capaz de lograr la velocidad de escape.

Vince sacudió su cabeza, su rostro morocho ceñudo. “Apenas

tenemos suficiente potencia para mantener las redes vivas.”

“Entonces también podría estar a un millón de kilómetros,” Wolff pensó agregar.

Vince apagó la pantalla y los tres hombres se sentaron a beber jarras humeantes de té que uno de los Praxianos había preparado de cierta hierba indígena. Después de cuatro meses se había llegado a esto: los depósitos de la GMU estaban casi vacíos y el saqueo se había convertido en una de las actividades primarias del grupo. Y en todos esos meses ellos aún tenían que dar una explicación por la desaparición de la población nativa del planeta. Lo que quedaba de la ciudad central y de todas las aldeas circundantes estaba desierto. Pero si lo que Bela llamaba “la Hermandad Praxiana” había escogido irse no había sido averiguado.

Enigmáticas, también, eran las anomalías tectónicas y los terremotos que continuaban fastidiando al planeta, tan a menudo como tres veces por día ahora. Los terremotos habían convencido al contingente Praxiano de los Sentinels que Arla-Non –la “madre” de Bela y la líder de la Hermandad– había firmado un trato con el Invid para reubicar a la población del planeta en algún otro mundo. Rick no estaba seguro si él compró la explicación, pero ella ciertamente sirvió a una necesidad terapéutica aunque nada más.

“Miren,” Rick dijo, rompiendo el silencio, “ellos probablemente ya nos están buscando. Lang no nos va a dar por perdidos. Y aun cuando la operación minera siga el programa de cerca, ellos tendrán al menos una nave preparada con la capacidad para un salto local. Sólo tenemos que esperar que el Invid haya perdido interés en este lugar.”

La ausencia de la horda estos meses rayaba en lo conspicuo; y con los terremotos y las aldeas desiertas, Cabell había especulado que era posible que el Invid supiera algo que los Sentinels no sabían.

El optimismo de Rick en presencia de todo esto tenía a Vince sonriendo para sus adentros. Rick siempre sería un comandante le gustase ó no. “No es de Lang de quien estamos preocupados,” él dijo, hablando por él y Wolff.

Rick entendió lo que él quiso decir. “Edwards tiene que responder al consejo.” Hubo un filo en su voz que él no quiso poner

allí. Lang había advertido a Rick sobre Edwards durante uno de los últimos enlaces que la Farrago había tenido con la Base Tirol, y era difícil de quitar el recuerdo de esa breve comunicación de espacio profundo del aspecto superficial.

“No subestimes las ambiciones del hombre, Rick,” Wolff advirtió. “Estoy seguro de que ellos van a venir a buscarnos, pero estoy dispuesto a apostar que Edwards tendrá al consejo comiendo de su mano para entonces. Quizá uno de nosotros debiera—”

“No quiero repasar viejos asuntos,” Rick lo interrumpió. “La única cosa que me interesa en este momento es un modo de alcanzar ese módulo de propulsión.”

Grant y Wolff intercambiaron miradas y estudiaron sus tasas de té. Rick tenía razón, por supuesto: era inútil extenderse en las elecciones que ellos habían hecho, individual y colectivamente. A Wolff le gustaba pensar que al menos Vince tenía a Jean a su lado y a la preciosa GMU bajo sus pies. Pero Rick casi había dimitido su comisión, y Wolff había dejado su corazón detrás.

Un sonido retumbante rompió el silencio, causando que las jarras se deslizaran con saltitos rápidos a través de la tabla de la mesa. El tremor creció en intensidad, haciendo resonar las consolas y pantallas del centro de comando, luego amainó, alejándose debajo de ellos como truenos contenidos.

Nadie habló por un momento. Wolff tenía una mirada cautelosa al aflojar su asidero del borde de la mesa y reclinarse para exhalar un silbido. “Por supuesto, Praxis podría encargarse de nosotros mucho antes de que los Invid o Edwards lo hicieran.”

“Un pensamiento placentero,” Vince le dijo.

Rick dio a ambos una mirada enfadada. “Vamos a llegar hasta ese módulo aunque tengamos que empujar hasta allí.”

Los intereses tácticos (y la preferencia personal) habían mantenido a Vince Grant y a Rick algo anclados a la GMU (la cual había sido movida tierra adentro desde su zona de aterrizaje costera original); pero el resto del contingente Robotech substancialmente reducido,

junto con los Sentinels XT, habían optado por los valles arbolados de Praxis, los cielos a menudo gloriosos del planeta, y las colinas onduladas. El Escuadrón Skull de Max y Miriya había pasado la mayor parte de los meses pasados reconociendo las áreas remotas, esperando dar con algún rastro de la desaparecida Hermandad; pero sólo habían tenido éxito en adelantar el agotamiento de las reservas ya críticas del combustible de Protocultura. Por lo tanto, el Wolff Pack estaba apostado cerca de la base, los Hovertanks apagados. Bela y Gnea y otras Praxianas se habían asignado voluntariamente para servir a las necesidades logísticas del grupo, y eran asistidas en esto por los osunos Karbarrianos y vulpinos Garudianos. Cabell casi se había aislado, desapareciendo durante largos paseos de los cuales retornaría con muestras de roca nativa o flora. Aún algo incómodo con los humanos y todavía no enteramente aceptado por los XTs, el Tiresiano frecuentemente se encontraba en compañía de Rem, Baldan, Teal, y los Haydonitas sin miembros, Veidt y Sarna. Janice, también, se había convertido en un miembro no oficial de la pandilla de Cabell, para la perplejidad de Rick y Lisa.

Pronto, Cabell y Janice se marcharon juntos en un paseo largo; ellos estaban en una ladera boscosa alrededor de veinticuatro kilómetros de la base móvil cuando el temblor que había sacudido a la GMU los golpeó. El estremecimiento menor hizo poco más que hacerles perder el equilibrio y desprender algunas gravas y pizarras de las alturas cercanas; pero era la segunda sacudida de la mañana y ello trajo una severa mirada al rostro de Cabell.

Janice había pensado agarrar el brazo del anciano hombre y pronunciar un corto sonido de pánico cuando la tierra comenzó a temblar. Era una representación digna de lo mejor de Minmei, aunque Janice apenas podía apreciarlo como tal –poco más de lo que ella podía comprender enteramente lo que la había compelido a seleccionar la compañía de Rem y Cabell en primer lugar. El que esto complacería de algún modo al Dr. Lang fue un pensamiento tan desconcertante para ella como lo fue incómodo.

“Ya, ya, niña,” Cabell estaba diciendo, golpeando ligeramente su mano. “Pasaré en un momento.”

Ellos reiniciaron su ascenso cuando el temblor pasó. Janice se desprendió e instó a Cabell a continuar con lo que habían estado

discutiendo.

“Ah, sí,” él dijo, pasando una mano por sobre que su cabeza calva, “los árboles.”

Janice escuchaba como un estudiante deseoso de una A.

“Como puedes ver, no son ni con mucho el matorral achaparrado que encontramos en Karbarra –por lejos más saludables, más cercanos a la forma no mutada.” Él indicó con su mano y se puso en puntillas para tocar la “bóveda” esférica de un espécimen de apariencia saludable. Los zarcillos que encerraban la esfera de apariencia sólida y el rígido tronco casi translúcido parecían pulsar con vida. Cuidadosamente, Cabell arrancó uno de los frutos de apariencia de manzana de color verde, lo bruñó contra su manto, y comenzó a darle vueltas en su arrugada mano.

“Hasta el fruto que producen es diferente en color y textura – aunque sin embargo muy diferente de la especie verdadera de Optera. Sin embargo, nos puede decir algo.” Él abrió su mochila y colocó la muestra adentro. “Busquemos los más maduros,” él instruyó a Janice, cuando ella añadió un segundo fruto a la bolsa.

Cabell estaba enderezándose cuando un movimiento repentino pendiente arriba atrapó su vista. Janice lo oyó sobresaltarse, y se dio vuelta para seguir su entrecerrada mirada.

“¿Qué era eso?”

Cabell acarició su barba. “Pensé ver a alguien allí adelante.”

“¿Una Praxiana?” Janice preguntó, estirando el cuello y aguzando su visión.

“No,” él dijo, sacudiendo su cabeza. “¡Juraría que era Burak!”

Más tarde, a pocos pasos de la puesta en tierra GMU, dentro de la estructura de madera que había sido designada ambas cosas, habitación y celda, Tesla devoró los frutos que Burak había recogido del huerto siniestro que las siembras de la Flor de la Vida de Zor habían depositado en Praxis.

“Sí, sí, diferente, ummm” el Invid decía con una voz teñida con éxtasis.

El joven Perytoniano trató de apartar la mirada, pero a la larga no pudo evitar mirar a Tesla cuando ingería fruto tras fruto. Ruidos húmedos de chupar llenaban la celda.

“¿Y crees que pudieron haberte visto?” Tesla le preguntó.

“Es posible –Cabell, en todo caso.”

Tesla se mofó, todavía comiendo golosamente y manoseando los frutos como si fueran la riqueza misma. “Cabell es demasiado viejo para reconocer la nariz en su propia cara. Además, ellos saben que no puedo subsistir con lo que ustedes llaman alimento.”

Burak no dijo nada. Era bastante cierto: la provisión de alimentos del Invid había sido destruida con la Farrago, y los Sentinels habían acordado poner Burak a cargo de asegurar plantas nutrientes alternativas. Pero Cabell, quien era todo menos un viejo senil, y tal vez temiendo las propias transformaciones que Tesla estaba comenzando a experimentar, había sugerido que el consumo del fruto y la Flor del Invid fuera regulada –este a pesar del hecho de que Tesla se había en cierto grado congraciado con el grupo desde su victoria en Karbarra. Cada tarde, Cabell y Jean Grant visitarían de paso a Tesla. A Burak se le había pedido suministrarles un registro diario de las cantidades recogidas e ingeridas; y el Perytoniano de apariencia diabólica estuvo cumpliendo –puesto que él presentaría el reporte. Pero el reporte era apenas un reflejo de las cantidades reales que Tesla consumía. Afortunadamente, sin embargo, las transformaciones del Invid se habían limitado a breves períodos siguientes a sus comidas, cuando ni Cabell ni Jean estaban presentes.

“Más,” Tesla dijo ahora, extendiendo sus manos.

Burak miró al quinto dedo recientemente adquirido del Invid y colocó la cesta fuera de alcance. “Pienso que usted ha comido suficiente por hoy.” Burak había oído decir que poderes extraordinarios podían ser ganados por la ingesta de los frutos de los mundos de Haydon, pero él nunca había entendido que significaban transfiguración física, y los cambios recientes del Invid estaban comenzando a atemorizarlo.

Los ojos de Tesla se enrojecieron cuando se puso de pie, más alto por centímetros de lo que había sido en Karbarra. “¿Tú osas decirme esto a mí después de todo por lo que hemos pasado? ¿Tú,

que me escogiste antes que el destino nos desembarcara en esta despreciable situación? ¿Y qué de tu mundo y de la maldición que tú estabas tan febril de ver terminar –has renunciado a la esperanza? ¿Renunciarás a tu destino?”

Burak dio un paso vacilante hacia la puerta, la cesta agarrada a él. “¡Estás cambiando!” él dijo, señalando las manos de Tesla. “Lo van a notar, ¿y qué entonces? Ellos reducirán las cantidades, pondrán a alguien más a cargo de usted. ¿Entonces qué será de sus promesas –qué será de Peryton?”

Tesla continuó mirándolo con ira un momento más, transformándose aún cuando Burak observaba. El cráneo del Invid ondeó y se expandió, como si siendo forzado a conformarse a algún nuevo diseño interior. Gradualmente, sin embargo, Tesla reasumió su estado natural y se colapsó de vuelta en su asiento, agotado, deprimido, y apologetico.

“Tienes razón, Burak. Debemos tener cuidado en mantener nuestra asociación como un secreto cuidadosamente guardado.” Sus ojos negros y ofidios se fijaron sobre Burak. “Y no temas por tu torturado mundo. Cuando llegue mi momento de asumir mi lugar legítimo en estos acontecimientos, te premiaré por estos esfuerzos.”

“Eso es todo lo que pido,” Burak le dijo.

Los dos XTs hicieron silencio cuando un temblor moderado sacudió el edificio.

Tesla miró con fijeza el piso. “Percibo algo sobre este planeta,” él anunció, sus órganos sensores crispándose cuando su hocico se levantó. “Y creo que estoy comenzando a ver lo que la Regis estaba haciendo aquí.”

Capítulo 2

Desafortunadamente, no hay descripciones detalladas de los Posos de Génesis, aparte de los informes llenos de colorido pero altamente personalizados e impresionistas de Rand (especiosos, como algunos agregarían), y las notas que el coronel Adams apresuradamente garabateó para sí mientras estaba en Optera. Y a pesar de una plétora de teorías y explicaciones, la triste verdad es que el mecanismo de los Posos permanece en un completo misterio –excepto para decir que eran dispositivos utilizados por la Regis para los propósitos de la evolución creativa. Praxis aparentemente jugó como el anfitrión para los más grandes de estos, y Lang, para nombrar a uno, ha especulado que los Posos no sólo dieron origen a criaturas extintas, sino que tuvieron éxito al retrogradar al planeta entero a una fase formativa de vulcanismo destructivo.

Zeus Bellow, El Camino a Punto Reflex

Si Burak y Tesla se habían convertido en la asociación silenciosa de los Sentinels, entonces Jack Baker y Karen Penn eran ciertamente la pareja inseparable del grupo. Pero eso, cada uno quería creer, era meramente el resultado de asignaciones de tareas. Y aún cuatro meses en Praxis no les había proveído del tiempo suficiente para abrirse paso por las fruslerías competitivas que abastecían su relación. Ellos no estaban sólo abandonados, sino abandonados juntos; y Praxis se había convertido en el pueblo proverbial que precisamente no era lo bastante grande para ambos. Bela, el

alguacil local de cintura de avispa de Praxis, era sólo uno de los factores contribuyentes; pero Karen sin embargo aprovechó cada oportunidad para mantener a Jack tan lejos de Bela como a ella le fuera posible, a menudo alentando los reconocimientos en Hovercycle que se habían convertido en algo como el equipo indispensable de Jack.

Un paseo alocado disfrazado como una misión de exploración había traído a Jack y a Karen a una serie de cuevas a dos horas de la GMU. Lron y Kami habían montado con ellos. Cuatro meses habían dado a los Sentinels mucho tiempo para lamentarse por aquellos que habían caído con la Farrago; pero Karen a menudo se preguntaba cuánto tiempo le iba a tomar a ella acostumbrarse a sus camaradas XTs. Ella no era en lo más mínimo xenófoba –un hecho que le había hecho ganarse un lugar con los Sentinels para empezar– y en realidad no era tanto la extrañeza de Lron o Kami lo que la abrumaba, sino las similitudes. Si sólo los Karbarrianos no se asemejasen tanto a los osos gigantes de Kodiak, ella se diría a sí misma. Y si sólo Kami no se pareciera a las versiones erguidas de los zorros que ella acostumbraba ver cerca de la cabaña que su padre había poseído una vez... Ella tenía muchos menos problemas con Baldan y Teal, con sus cuerpos de cristal viviente. O Tesla, en cuanto a eso –¡ahora había un alienígena en el cual uno podía creer!

Pero lobos y osos y cosas con cabeza de caracol... Karen estaba en medio de desear que Bela hubiese tenido una forma más alienígena –hasta una forma más rotunda– cuando sin advertencia, Jack pronunció siseando: “¡Basta ya!”

Los cuatro Sentinels estaban bien adentro de la cueva central ahora, dentro de un pasillo abovedado enorme que era tan caliente como llamaradas y olía a azufre. La curiosidad los había llevado dentro; pero Jack, uno de los que no dejan las cosas a medio hacer, había insistido en que ellos continuasen “sólo un poco más,” y aquí estaban a un buen medio chasquido. Había esbozos primitivos en las paredes de las cavernas por las que ellos habían pasado –representaciones de horribles criaturas de apariencia de arañas que Jack afirmaba eran “símbolos” – y Karen no estaba de humor para los juegos de la casa de la risa o sorpresas de risa en la oscuridad.

“¿Huh?” ella dijo, engullendo y encontrando su voz.

“Dije que era suficiente.”

“Sé lo que dijiste, Jack...”

Ella le envió una mirada con ira en la oscuridad, preguntándose repentinamente si había expresado en realidad algunas de sus meditaciones privadas sobre Bela. Entonces de repente algo la golpeó en la parte superior de la cabeza. XTs o no, ella decidió, alguien estaba tratando de ser cómico. Karen giró rápidamente a su alrededor, esperando atrapar a Kami in fraganti, pero él estaba lejos hacia su izquierda inspeccionando un trozo de roca cerca de la pared de la cueva. Lron, también, parecía estar preocupado con otras cosas. Así que, secándose el sudor de su cara, ella se volvió hacia Jack, y dijo, “No es gracioso.”

“¿Qué?”

Ella levantó una mano para escudar sus ojos de la luz de minero de él. “Arrojar cosas. No estoy realmente emocionada de estar aquí dentro en primer término.”

“Yo no arrojé nada,” él comenzó a decir, cuando el gruñido gorjeante de Lron lo interrumpió.

“¿Quién me golpeó?” el Karbarriano gruñó.

Jack sintió una palmadita en su hombro, giró hacia ello, lego instintivamente miró hacia arriba. Su luz iluminó lo que parecía un conjunto de depósitos de forma globular en el techo de la cueva. Repentinamente él vio a una de las cosas moverse, y se dio cuenta que era algún tipo de esfera translúcida y libremente flotante. Kami encendió la luz sujeta sobre su máscara de hocico y la dirigió sobre otra porción del techo; aquí había más esferas, clasificándose desde el tamaño de una pelota de béisbol hasta alrededor de un metro y veinte centímetros de diámetro, todas meneándose contra la roca como globos el helio.

“¿Qué ray...?” Jack dijo, girando su cabeza a su alrededor, el rayo de luz encontrando más y más esferas. “Vaya, el lugar está repleto de ellas.”

“¡Jack!” Kami voceó, apuntando su luz sobre algo más adelante por el corredor. Todos se dieron vuelta a tiempo para ver un globo de tamaño mediano emerger como una burbuja de una proyección de forma de cono en el piso de la cueva. Jack corrió hacia delante,

observando a la cosa lechosa ascender, y pronto se encontró situado en el borde de un pozo enorme, ásperamente circular y vomitando una gran cantidad de calor y humos nocivos. Kami, Lron, y Karen se le unieron un momento más tarde, al momento en que otro globo estaba comenzando a subir al exterior.

“Qué hedor,” Karen comentó.

Cautelosamente, Jack se extendió para tocar la esfera del tamaño de una pelota de baloncesto. Estaba caliente, pero no peligrosamente caliente; lo que lo sorprendió fue la solidez engañosa de la cosa.

“Jack, no lo hagas,” Karen le advirtió cuando él trató de capturarla.

Pero como tan a menudo ocurría con Jack, la advertencia llegó demasiado tarde: apenas él había asido la esfera ella se lanzó hacia el techo, alzando a Jack del piso. Los brazos extendidos sobre su cabeza, él flotó en ella por unos cuatro metros y medio antes de dejarla ir y aterrizar en el otro lado de la caverna con una hábil caída y rorido que arrojó lejos la luz de minero.

“¡Sí!” él vitoreó, cuando Kami lo ayudó a ponerse de pie. Ello no fue diferente a la caída que él había tenido seis meses atrás en Tiresia, pero esta vez él había aterrizado entre amigos.

Karen haló de él y lo golpeó rápida y ruidosamente en el brazo. “Jack, no puedes sólo—”

“¡Esa cosa despegó como un cohete! Casi me arrancó mis brazos.”

“Sí, nos dimos cuenta, Jack,” Karen dijo, enfadada.

Todos ellos estaban mirando al techo ahora.

Jack observaba a las esferas chocarse unas contra otras. “Casi parece como si estuvieran buscando la manera de salir de aquí, ¿no es así?”

“Sí, tal como nosotros lo estamos haciendo,” Karen y Lron dijeron al mismo tiempo.

En la cámara de comunicaciones de su imperio en forma de

colmena en Optera, el Regente Invid recibía una transmisión del simulagente quien lo estaba representando en Tirol. Parecía que los así llamados humanos ahora ocupando la asolada y desolada luna de los Maestros Robotech habían puesto en escena un verdadero show –con el tipo de pompa y ceremonia que el Regente procuraba imitar. Él casi estaba apenado de no haber ido allí. ¿Qué con la mayoría de su flota restante anclada en el espacio de Fantoma, había realmente algo que temer? Él se preguntó. Sin embargo, el hecho seguía siendo que había demasiadas preguntas por contestar. ¿Qué, después de todo, era lo que quería este presunto comandante de las fuerzas humanas –este General de División Edwards? Él había sido tan rápido en venir a buscar la ayuda del Regente en esa cuestión de la nave de los Sentinels... Pero lo que incomodaba al Regente era que el humano tenía sin embargo que pedir algo a cambio. ¿Él simplemente deseaba sacar provecho de la derrota de los Sentinels para ascender más alto en la cadena de comando, o eran estas maquinaciones parte de algún plan mayor?

En cierto sentido la respuesta era poco importante, el Regente decidía al final –siempre que él pudiera hacer uso de aquel partidarismo que dividía a las fuerzas humanas.

Él observó la imagen en la esfera de comunicaciones, viendo una mirada en los ojos de su doble que lo inquietó. “¿Hay noticias de Tesla?”

“Las hay,” el simulagente dijo. “Parece que Tesla estaba a bordo de la Farrago cuando nuestras fuerzas la destruyeron.”

Tesla, muerto, el Regente pensó. Ello lo tocó de una manera que él nunca lo había creído posible. ¿Pero tal vez ello no era cierto, tal vez había sobrevivientes de esa batalla? Él aún tenía que oírlo de las fuerzas que habían sido enviadas a reasegurar el planeta. “¿Quién parece estar a cargo?” Él preguntó después de un momento.

“Como usted conjeturó,” el simulagente prosiguió, “hay signos de una lucha de poder progresiva, principalmente entre Edwards y un tal Dr. Lang –un científico quien hizo su mejor esfuerzo para congraciarse durante las sesiones introductorias.”

“¿Es Lang el débil, entonces?”

“No...no, no es lo que creo. El científico en realidad parece tener

el apoyo del consejo de los humanos –una asamblea que funciona como un cuerpo de gobierno.”

El Regente encontró la idea curiosa –al igual que a la gerontocracia enigmática que los Maestros Robotech habían favorecido. Él no podía entender cómo doce mentes podían convenir en algo, cuando él y su reina –meramente dos mentes– habían peleado sobre cada decisión.

“Entonces, debes trabajar en Edwards,” el Regente dijo. “Promete tu continuo apoyo en su insignificante lucha si llega a ser eso. Dile que uniremos fuerzas. ¡Pero asegúrate de enterarte del paradero de su mundo hogar! y cómo llegaron a poseer la Protocultura. Puede ser que sepan más que nosotros sobre la matriz de Zor o del destino de los Maestros.”

“¿No debo hacer ninguna demanda a Edwards a cambio de nuestra ayuda, Su Alteza? Apenas parece un movimiento sabio.”

El Regente miró con fijeza a la imagen de la esfera con incredulidad. ¿Era este algún espejo maligno dentro del cual él estaba mirando ahora? “¿Qué quieres que demande?” él preguntó, ardiendo de ira bajo la moderación que él mantenía en su voz.

“El cerebro, en primer lugar. Junto con su promesa de mantenerse fuera de los sectores que nosotros aún controlamos.”

El Regente hizo un gesto de desprecio hacia la esfera. “Estas cosas son obvias, sirviente. ¿Qué más tienes en tu mente?”

“Minmei,” el simulagente dijo sin explicación.

El Regente hizo un sonido de irritación y frunció el entrecejo. “¿Qué es una Minmei?”

“La hembra humana que cantó en mi honor.”

El Regente se contuvo de tambalearse retirándose de la esfera. Él tenía sólo la comprensión vaga de esta cosa llamada canto, pero la implicación era bastante clara: el simulagente fue estropeado del mismo modo en que la Regis lo fue. ¡Ella se había permitido a sí misma ser seducida por Zor, y ahora esta criatura patética que el Regente había enviado a Tirol estaba cayendo víctima del mismo impulso perverso! ¡No había fin para estas injusticias!

“Escúchame, gusano,” el Regente expresó entre gruñidos, la capucha hinchada como un saco de veneno. “Mi alcance es bastante extenso para terminar con tu vida donde estés. Cumple mi mandato,

o siente el poder de mi cólera.”

El simulagente hizo una genuflexión por el ojo remoto de la esfera. “Mi Señor.”

“Ahora y siempre,” el Regente dijo, apagando el dispositivo.

Rick había pasado la mejor parte del día Praxiano dentro de la GMU, devanándose los sesos con Vince y Wolff sobre posibles vías para hacer contacto con el módulo de propulsión Spherisiano en órbita. Las computadoras de a bordo habían calculado el período del curso excéntrico del módulo, y proyectado cuánto combustible de Sekiton la cosa contenía, cuán lejos se podía esperar que el módulo transposicionara, y cuando su órbita recientemente lograda alrededor de Praxis podría decaer. Pero aún no había ninguna solución a las principales preguntas de cómo alcanzar el módulo o bajarlo.

Rick dejó la base justo antes de la puesta del sol, como se había convertido en su hábito este pasado mes, y se unió al grupo central en su campamento temporal en los alrededores de la ciudad tierra adentro Praxiana. Él no estaba encariñado con la escena, la cual le recordaba más a un campo recreativo que al alojamiento que se suponía debía ser. Las cosas no estaban precisamente relajadas, sino flojas, como si todos excepto él hubiesen venido a aceptar la situación. Había una lógica para ello, por supuesto; no tenía sentido caminar por ahí enmarañado en dificultades. Pero sin embargo, Rick no podía aguantar la complacencia, y él silenciosamente esperaba que una idea viniera a ellos una noche mientras estaban sentados alrededor de estos fuegos de campamento comparando notas culturales. Así que él hizo cola con el resto de ellos ahora, humanos y XTs por igual, y se sirvió el avenate Praxiano que el personal encargado de la comida estaba preparando para complementar las comidas reconstituidas y las pastillas nutrientes tomadas de los almacenes menguantes de la base. Además, estas juntas eran las únicas horas de vigilia que él tenía para pasar con Lisa –la nueva Lisa, es decir, la Lisa liberada.

Mientras que Gnea y Bela aún eran implacables con el pasado Zentraedi de Miriya Sterling, ellas habían abrazado a Lisa como si fuera un miembro perdido por mucho tiempo de la Hermandad. Al principio Rick no era totalmente infeliz con ello, pero de repente Lisa parecía una persona diferente de la que había argumentado tan fuertemente en contra de la unión de él a los Sentinels en primer lugar. Y mientras que era cierto que lo que era bueno para Lisa era bueno para el grupo, Rick no pudo menos que sentirse un poco, bueno, celoso de la sociedad que Gnea y Lisa habían formado. La Praxiana parecía provocar este tipo de reacción en todas partes que ella fuera. Rick sabía que Karen estaba teniendo problemas con ella, y él supuso que hasta Bela debía estar albergando algunos sentimientos ambivalentes sobre la repentina preocupación de su amiga con Lisa.

Con Gnea eran las destrezas marciales lo que más importaba; pero más allá de la velocidad y la fortaleza, Lisa había descubierto algo más: una independencia y dogmatismo a los que se estaba acostumbrando.

Rick tenía estos pensamientos en mente cuando ella se acercó para sentarse a su lado a la luz del hogar, todavía enrojecida y regocijada por su última sesión de entrenamiento de armas. Ella habló sobre la sensación de la alabarda en sus manos, del poder del naginata; ella fue prácticamente poética al describir la ballesta y la corta espada para dos manos de Gnea. Rick lo aceptó todo, forzando una sonrisa y ofreciendo todo lo que él pudo al modo de inclinaciones de la cabeza y pronunciaciones apropiadas; pero detrás de la sonrisa su mente estaba haciendo saltos hacia el pasado. ¿Y luego qué? Él se preguntó. ¿Saldría él aquí afuera una tarde para encontrarla exhibiéndose por ahí en algún escaso traje de lucha, ¿cómo los arneses de cuerpo decorados y anillados en D de Bela? ¿Desearía ella ponerse repentinamente botas de bucanero, algún casco coronado con un tótem, dagas de largas hojas y cuchillos de lanzamiento? Rick se estremeció con la idea, agradecido por el hecho de que ese maldito Robocorcel, Halidarre, estaba temporalmente en tierra. Desafortunadamente, sin embargo, la malthi Praxiana de ojos de suave brillo, Hagane, no lo estaba, y la peste alada casi separó el cabello de Rick cuando llegó volando

rápidamente para posarse en la vaina del antebrazo voluminoso de Bela.

Rick murmuró una maldición y observó a su esposa. “Me alegro de oír cuán bien está yendo,” él le dijo. “Y estoy seguro de que todo esto vendrá bien para el próximo decatlón de Tirol.”

Ella lo miró de reojo y tomó un tenedor lleno de alimento de su plato. “¿Algo te molesta, Rick?”

“No, no, quiero decir, es bueno verte manteniéndote ocupada, Lisa.”

“¿Es eso lo que crees que estoy haciendo –‘manteniéndome ocupada’?”

Rick inclinó su cabeza, los ojos entrecerrados. “Es lo que todos estamos haciendo, ¿no es así? ¿Qué se supone que haga: escupir en mi palma y ofrecer mi lealtad a alguien? ‘¡Por Ella la Eterna y la gloria de Haydon!’” Rick remedó.

“Rick–”

“No, en realidad. Quizá todos deberíamos estar practicando esgrima y técnica de ballesta, cabriolas y saltos en alto. Entonces uno de nosotros quizá será capaz de alcanzar ese módulo en lugar de consumirse aquí abajo.”

Casi todos en el círculo captaron un rumor de las palabras de Rick, y la charla usual de la tarde abruptamente cesó. Los fuegos chisporrotearon, y cuatro Hovercycles pudieron ser oídos acercándose al perímetro. Lisa y Rick parecían estar trabados en una disputa de ojo a ojo cuando Jack, Karen, Kami, y Lron entraron al campamento. Jack dio una larga ojeada a su alrededor, abstraído del silencio incómodo que su entrada fanfarroneante había dispersado, y anunció alegremente: “Esperen a oír lo que encontramos.”

“Ellos han acordado en ayudarnos,” Veidt dijo luego, revoloteando en la caverna donde Rick y varios de los otros Sentinels quedaron perplejos por las horribles pinturas rupestres que Karen había señalado. “Si “acordar” es la palabra apropiada.”

Karen notó que había menos globos de los que había habido aquella tarde; varios habían encontrado aparentemente la forma de salir, como evidenciaba el hecho de que unos cuantos habían sido encontrados rebotando contra el techo cerca de la boca de la cueva.

“¿Entonces ellos son formas de vida?” Rick dijo.

“Oh, muy seguramente.”

Rick oyó a Bela bufarse detrás de él. Después de que Jack les había contado del hallazgo, las mujeres Praxianas afirmaron haber oído relatos de estas criaturas esfera de Arla-Non, el jefe de la Hermandad. Pero se creía que las cosas se habían extinguido, al igual que los cuadrúpedos retratados en las paredes de la cueva lo estaban –o así Rick y los otros lo esperaban.

Todos ellos habían tratado de convencer a Rick de que las esferas podían esperar hasta la mañana, pero él había insistido en que Jack les llevase de regreso a las cuevas inmediatamente. Ahora, no a más de cuatro horas desde que Jack había regresado a la base, Rick y media docena más o menos del grupo central estaban de pie en el calor del chorro de luz de la cueva, escuchando los resultados de la prueba telepática de Veidt.

“No registro ninguna sensación de cómo ellos vinieron a parar aquí,” el Haydonita sin boca estaba hablando mentalmente, moviéndose hacia la caverna. “Sólo sé que su destino yace en alguna parte en el espacio. Esta condición de... flotabilidad es sólo una fase transicional en su ciclo de vida. Ellos están conscientes, en lo que se podría llamar un modo primitivo o instintivo. Pero lo importante es que parecen comprender nuestra necesidad de su asistencia –su ayuda, si se me permite jugar un poco con su idioma. De hecho, Sarna y yo detectamos cierta desesperanza hacia su propio vuelo –como si ellos no estuviesen obedeciendo meramente una directiva de comportamiento, pero están, en un sentido bastante real, escapándose.”

Nadie sintió la necesidad de manifestar lo obvio: Praxis era una pesadilla tectónica de la cual todos deseaban despertar. El calor y hedor de la cueva sólo reforzaba ese hecho. Y si la cueva era en realidad un respiradero volcánico de algún tipo, no era de extrañar que las esferas estuvieran ansiosas de irse.

Cabell, su rostro y cabeza calva adornada con gotas de sudor,

estaba mirando a una de las criaturas más pequeñas ahora, cuando se meneaba de arriba abajo en su camino hacia la entrada. Él no pudo más que acordarse de las esferas antigraavedad de Tiresia, y comenzó a inquirir si no había alguna conexión misteriosa aquí.

Rick estaba observando la misma esfera; pero él se estaba preguntando cuántas llevaría elevar a un Alpha hasta el borde de la cubierta Praxiana. “¿Entienden ellos lo que les estamos pidiendo? – los detalles, quiero decir.”

Veidt revoloteó hacia arriba a una posición directamente debajo de un racimo de las criaturas.

“El mecha debería despegar con su propia potencia,” Sarna respondió por él. “Después de eso, Veidt y yo podremos colocar a las esferas en su lugar.”

Excitado, Rick golpeó la palma de su mano. Él giró hacia Jack y Karen. “Contacten a la GMU. Díganle a Vince que reúna al Skull y al Wolff Pack. Tenemos que trabajar rápidamente y reunir un equipo para el módulo.”

“¿Nos dirigiremos de regreso a la base?” Karen pensó preguntar.

Rick sacudió su cabeza. “Denle a Vince nuestra posición. Comuníquenle lo que nos hemos enterado.” Él levantó la vista hacia las esferas, riachuelos de sudor cayendo dentro de sus ojos. “Quiero que la base venga a nosotros.”

Mientras los miembros de los Sentinels se apresuraban para levantar el campamento y alistar a la GMU para ponerla en movimiento, Burak estaba comunicando la noticia a Tesla. El Invid le hizo repetirla varias veces hasta quedar satisfecho al tener todos los detalles.

Desde el principio él se había sentido seguro de que no estaba destinado a terminar sus días en Praxis, y ahora Burak había traído noticias de que Hunter y los otros habían descubierto un modo de alcanzar el módulo de propulsión en órbita. Con muy poco y preciado tiempo para derrochar, Tesla pensaba cuando él y Burak empacaban apresuradamente las pocas pertenencias que el Invid

tenía en su celda.

Desde su ingestión más temprana de los frutos mutados, su mente había estado dando vueltas, encerrada en un tipo de estado revelador, donde las respuestas venían a él en forma completamente abierta, como explosiones de breve vida de entendimiento. Él se había estado preguntando por qué la Regis había venido a Praxis en primer lugar; era una pregunta que lo había estado atormentando a intervalos durante meses.

Fue antes del motín a bordo de la Farrago que ellos se habían encontrado, cuando Tesla había desembarcado en Praxis para escoger especímenes para el zoológico del Regente. La Regis le había dado una vaga explicación entonces, y a él no se le ocurrió hasta mucho después cuestionar sus respuestas. Con los continuos temblores para estimularlo, sin embargo, y la ayuda de los frutos, la respuesta se volvió obvia: ella había venido aquí para conducir experimentos de Posos de Génesis adicionales –parte de su gran plan de transmutar a la raza Invid en algo que el propio Tesla no podía comenzar a imaginar. Optera había sido el sitio de los primeros Posos, donde Tesla y la mayor parte de los otros Invid evolucionados nacieron. Pero el experimento de la Regis allí casi había condenado al planeta; había, de hecho, desencadenado la búsqueda inicial de mundos secundarios que ella podría emplear. Al abandonar Optera y al Regente, ella había venido finalmente a Praxis para excavar nuevos Posos muy dentro del núcleo planetario. Y por supuesto esa fue la causa por la que ella había dejado el lugar –porque su experimento estaba siguiendo el mismo curso que había tomado en Optera.

Partido. ¿Pero hacia dónde? Tesla se preguntó...

Él colocó una mano en el hombro de Burak cuando estaban a punto de dejar la habitación. “¿Tú dijiste que ellos escogerían una tripulación para pilotear el primer Alpha hasta el módulo?”

Burak sintió la fortaleza del asimiento del Invid, y trató de sacudírselo de encima, pero no pudo. “¿Vamos a morir aquí, Tesla?” él preguntó con una voz vacilante. “Peryton, mi gente–”

“¡Tranquilo, tonto!” Tesla pasó por la puerta, echando un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera al alcance del oído, luego dándose vuelta hacia Burak. “Nosotros no moriremos

aquí –no si somos parte de esa tripulación, no moriremos.”

La cara de Burak se retorció. “Pero cómo–”

“Tú déjame a mí. Sólo necesito saber una cosa.” Tesla lo oliscó. “¿Puedes tú pilotear ese módulo Spherisiano?”

“Supongo que sí,” Burak dijo vacilantemente.

Tesla extendió su grueso cuello. “Entonces estamos listos.”

Capítulo 3

En las notas personales del Almirante [Rick] Hunter [registradas en Praxis], nos enteramos de varias discusiones que tuvieron lugar entre Cabell y Bela con respecto al asunto de la maternidad entre las Praxianas. (el mismo Hunter estaba confundido al oír a Bela referirse a Arla-Non como su “madre.”) [Bela] incluso permitió a Cabell recorrer el whaashi –”el centro de nacimiento,” o el jardín de infantes– aunque ella se negó a entrar. Era supuesto que ciertos miembros de la Hermandad eran preseleccionadas para recibir “descendencia” femenina, quienes eran luego criadas como “hijas del Sol.” Las Praxianas tenían poco entendimiento del cortejo, la sexualidad, o el embarazo; el “rito de cópula” era un tipo de caja de misterio que era al mismo tiempo tentador y terrible. Cabell, por supuesto, fue rápido para ver la mano de Haydon en juego.

A. Jow, El Histórico Haydon

De todos los mundos que ella había visitado, este era el más lastimoso, la Regis decidió cuando contemplaba el paisaje urbano de Haydon IV desde la fila de palcos más alta de la sede Invid de allí. Era un mundo pequeño, perfecto en todo respecto, pero con un corazón tan sin vida como los seres sin rostro que revoloteaban a través de su superficie y parecían conocer cada pensamiento de uno. Al Regente le gustaba creer que él había conquistado el lugar a través de engatusar su camino hacia una posición de autoridad absoluta; pero Haydon IV había visto muchos presuntos soberanos

llegar y partir, mientras que él permanecía inalterado, ingobernable, inalcanzable. Era uno de los pocos puertos mercantiles abiertos dejados desde que la guerra de Tirol-Optera se había extendido como algún contagio por el Cuadrante; y como tal Haydon IV disfrutaba una apariencia de paz. Sin embargo, la Regis sentía la presencia de un mal incomprensible aquí, por mucho peor que los horrores vulcanísticos que sus experimentos de Posos de Génesis habían desenterrado en la pobre Praxis.

Ella había venido para ver por sí misma lo que los científicos Invid habían encontrado aquí, y ahora, tan agradecida como lo estaba por los datos que ellos le habían suministrado, ella pudo sentir sólo un tipo de temor vago por el futuro, por el mismo camino en el que ella se había embarcado. Los sofisticados escáneres de Haydon IV habían encontrado un rastro del curso de los Maestros Robotech, y en efecto señalaba un camino hacia la nave de Zor con sus Flores de la Matriz. Pero las muestras privadas de la Regis de las vastas provisiones del conocimiento metafísico del planeta habían revelado algo de una importancia potencialmente mayor –una insinuación de que ella había sido tan ilusa como el Regente lo había sido. Que su naturaleza ostensiblemente evolucionada –junto con sus continuos esfuerzos para encontrar la forma física considerada la más perfecta para dar cuerpo a su intelecto– era sólo un delirio cuidadosamente construido, auto-generado y diseñado para mantenerla alejada de la verdad real. Y sin embargo era una verdad que ella rehusó contemplar, un apareamiento que ella no aceptaría –una que ella no estaba de todas maneras preparada para aceptar.

Llegaría un momento cuando hayan pasado muchos años cuando estas verdades caerían sobre ella como la misma bola de fuego primordial, y la Regis Invid renunciaría voluntariamente a los impedimentos de la condición física y se elevaría; pero en este momento, ella escogió quitar las revelaciones de Haydon IV de sus pensamientos, y volvió su atención a la mujer Praxiana que había pedido audiencia.

“Este mundo es un paraíso,” la Regis dijo, volviéndose de la vista incomparable de la torre, pero señalándola con un ademán sin embargo. “He viajado por todo el cuadrante, y nunca he conocido

un lugar tan exquisito.”

Arla-Non le tiró una mirada despectiva, y sacudió hacia atrás una melena lujuriente de cabello blanqueado por el sol. “Es mejor una cueva en Praxis que un palacio aquí,” ella dijo despectivamente. “Cada nervio en mi cuerpo me grita que me cuide de este lugar, de este planeta. Cada aliento de su viento acarrea una mentira.”

Ella era alta y fuertemente constituida, vestida con tiras de tela llena de colorido y botas de caña larga de cuero suave. Al mirarla, la Regis no pudo sino recordar sus propios intentos fallidos para emular aquella forma racial, para complacer a Zor...

“¿Es eso justo?” la Reina-Madre Invid preguntó, un filo en su voz cuando se acercaba a la Praxiana. “Tú sólo sabías de penurias, y ahora tienes lujo más allá de los sueños de la mayor parte de los seres.”

“Y tú tienes a Praxis,” Arla-Non respondió.

La Regis hizo un gesto impaciente. “Debes aprender a olvidar a Praxis, como yo lo he hecho con Optera. Tu mundo está definitivamente perdido.”

“Así que prosigue diciéndome. Es tu modo de decretar que Praxis se ha convertido en nada más que una tierra de reproducción Invid.”

“¡Praxis engendrará sólo asteroides!” la Regis ardió. “No puedo cambiar el pasado, Praxiana. Haz tu paz con este mundo, o pasa el resto de tus días en el tormento. No te ofrezco otra elección.”

Sin decir una palabra, Arla-Non giró rápidamente y se dirigió hacia la entrada del elevador de la torre; ella se detuvo a poco de la entrada triangular. “Puedo optar por combatirte hasta el fin, Invid.”

La Regis tenía su espalda dada vuelta, pero las palabras de la Praxiana encontraron su objetivo. Ella estaba comenzando a comprender por qué el Regente nunca había tomado en consideración la persuasión como una opción viable donde la fuerza podía ser empleada. La Regis tomó nota de ello, prometiendo la muerte a los próximos seres que intentasen bloquearla.

Praxis, entretanto, estaba comenzando a separarse.

Forzada por ondulaciones del terreno, fisuras, y deslizamientos de rocas a tomar el camino largo para rodear, la GMU llegó a las cuevas preciosas horas antes de su proyectado ETA. Pero con las numerosas cuevas de la región y los pozos para ventilar la presión interna del planeta, a la tierra de aquí se le había perdonado algunos de los alborotos tectónicos que afligían otras áreas. Sin embargo, el aire estaba lleno de carga estática, calor, y hedor, y la cueva que alojaba a las esferas rápidamente se estaba convirtiendo inexplorable. El Skull había llegado horas más temprano, y para cuando Vince y Jean Grant, Janice, Rem, Wolff, Burak, y los otros salieron de la base móvil, el resto de los Sentinels ya estaban bien entrados en la instrucción improvisada de Rick. Varios docenas de esferas de variados tamaños ya habían salido de la cueva, y estaban en camino hacia su enigmático destino en el espacio profundo; pero Veidt y Sarna habían “persuadido” a los rezagados a demorarse por un rato más largo. Kami y Learnna habían reportado el surgimiento de aún más esferas de la chimenea interior de la caverna. Cabell especuló que podría ser posible ensanchar el acceso un poco, y con eso aumentar las oportunidades de las criaturas adicionales de alcanzar la superficie.

El plan requería que las esferas alzasen a un Alpha con una tripulación de cinco a través de la atmósfera repentinamente blanquecina de Praxis. Una vez en el espacio y con su propia potencia, el mecha completaría la reunión con el módulo de propulsión. Cuando eso fuera llevado a cabo, la tripulación dejaría caer el módulo en una órbita inferior mientras que las esferas continuarían levantando tripulaciones de cinco personas. Era concebible que la GMU tendría que ser abandonada, pero al menos los VTs y los Hovertanks sobrevivirían. Aunque sonaba loco el plan era suficientemente franco; restaban, sin embargo, varias variables con las cuales tratar. En primer lugar, los Sentinels no tenían idea de cuántas esferas serían requeridas para alzar un VT, o con qué rapidez serían capaces de levantar al VT la distancia requerida. Una suposición incorrecta podía dejar al mecha flotando en el espacio esperando al módulo para que complete otra órbita, ó, peor aún, perder la cosa en conjunto. En segundo lugar, e igualmente

problemático, la tripulación inicial tendría que estar compuesta de personal capaz de pilotear el módulo en una órbita inferior, y posiblemente –debido a que las esferas por alguna razón debieran retirar su apoyo– a través de una transposición hacia Karbarra, o hacia la equidistante Fantoma. Tercero, alguien iba a tener que quedarse en contacto con las esferas.

Este último punto se había decidido cuando el contingente de la GMU se unió a los otros cerca de la entrada de la cueva. Sarna iba a estar a cargo de reunir e instruir a las criaturas en su tarea. Veidt simplemente había dicho, “Sarna lo hará,” y nadie argumentó el punto. Ahora Rick tenía al módulo en mente.

La mayoría de los alienígenas XT estaban fuera de carrera para este punto, excepto Veidt –quien era necesitado abajo para el enlace mental con las esferas– y Lron. Rick tenía dudas de que el corpulento Karbarriano pudiera pilotear con éxito la nave a través de un salto; y aunque el módulo era Spherisiano en el diseño, ni Teal ni Baldan estaban calificados para manejarlo. Vince era necesitado para la GMU. Eso sólo dejaba a Lisa, a menos que...

“¿Janice,” Rick dijo repentinamente, “puedes manejarlo?”

Burak casi se ofreció voluntariamente, pero Tesla lo sujetó al último momento, señalándole con un ademán que haga silencio mientras la atención de todos se enfocaba en la ex socia de Minmei.

Ella asintió con la cabeza, sin decir nada. Si ello llegaba a una transposición hacia Tirol, Lang estaría encantado de encontrarla a bordo. Ella sintió a Lisa mirándola, y le dio una mirada reservada pero comprensiva.

“¿Lisa?” Rick dijo, figurándose que él estaría más a salvo con una multitud alrededor de él.

“Estoy de acuerdo con su elección, Comandante,” ella le dijo tranquilamente. “¿Pero a quién tiene en mente para pilotear el Alpha?”

Rick miró a su alrededor incómodamente. “Bien, pienso que soy el más calif–”

Media docena de voces lo interrumpieron a la vez.

“Es demasiado arriesgado,” Max dijo, hablando por todos ellos. “Yo iré.”

“Tu lugar es con el Skull,” Rick indicó firmemente, y todos

refunfuñaron en coincidencia. Varios del escuadrón de Max se ofrecieron voluntariamente, incluyendo a Miriya, pero Rick rechazó a todos ellos por una razón u otra. Entonces Jonathan Wolff dio un paso hacia delante.

“Yo soy la elección lógica,” él dijo, dirigiéndose al círculo. “Con Vince y Max, aún tendremos a nuestras fuerzas de aire y terrestres intactas en caso de un ataque consecutivo. Un tanquero menos no influirá en las cosas de un modo u otro.”

Rick tuvo que sonreír al intento de Wolff de humildad; pero el razonamiento de Wolff era sano. “Muy bien,” él dijo por último, “lo ha conseguido.”

Precisamente entonces Tesla comenzó a abrirse paso hacia el centro del círculo. “Comandante, a mí, también, me gustaría ofrecer voluntariamente mis servicios.” Él se volvió hacia los Sentinels, algunos de los cuales estaban ridiculizándolo.

“Todos han visto como me pueden hacer cooperar. Pero ahora no deseo nada más que demostrar mi buena voluntad para cooperar. Estos cuatro meses me han enseñado mucho sobre la libertad y la autodeterminación, y e instaría a todos a comenzar a aceptarme como un miembro de su grupo, antes que un prisionero. En el caso de que las tropas del Regente se aparezcan en el espacio de Praxis, yo estaré allí para contrarrestarlos, como lo hice en Tracialle.”

Rick miró al Invid, recordando lo que Lisa le había dicho del ataque de la Farrago en la ciudad Karbarriana, y se preguntó si Tesla estaba siendo franco o simplemente traba de salvar su propia piel verde. Rick le preguntó si no se estaba cansado de su papel –si él no tenía algunas reservaciones sobre traicionar la causa Invid.

“Ello parece ser mi parte en la vida,” Tesla dijo de una manera teatral. “Además, deseo que esta misión tenga éxito tanto como el resto de ustedes.”

Rick dejó salir una risa corta. “Apreciamos eso, Tesla. Pero dejando las intenciones de lado, creo que usted puede ser muy... uh, grande para el mecha.”

“¡Demasiado grande!” Tesla dijo como si insolentado. “Colóquenme en la sección de carga del Beta, entonces.” Él succionó su aliento, como para estrechar su tamaño, y esperó,

haciendo un esfuerzo para inducir las palabras correctas en la mente del Humano.

“¿Piensa que podemos acomodar a Burak y a Tesla allí atrás?” Rick preguntó a Wolff con vacilación.

Wolff valuó el tamaño del Invid y del cornudo Perytoniano, quien estaba luciendo algo demacrado. “Irán un poco apretados, pero pienso que los podemos manejar.”

“Entonces manos a la obra,” Rick dijo concluyentemente.

Tesla y Burak se demoraron un momento en el centro de la repentina actividad. El Invid se dio vuelta parcialmente hacia su cómplice y habló con una voz acallada.

“Asegúrate de traer suficiente fruto a bordo, mi joven amigo. El destino nos llama a ambos.”

En Tirol, también, las cosas se fueron a un inicio tembloroso. Durante la primera sesión de las negociaciones de tregua, el Regente había arrojado cierto berrinche de temple, el cual sólo Edwards reconoció que era tan falso como el Invid mismo. Él tenía una comprensión perfecta del objetivo del impostor, y así fue que apenas se sorprendió al enterarse después que el XT había informado al Dr. Lang y al consejo que él se reuniría de aquí en adelante sólo con Edwards. El Regente había explicado cuán difícil y extraño era para él discutir términos con un cuerpo de representantes –especialmente cuando uno de esos doce era un Zentraedi, con quién el Invid nunca haría las paces. Una vez más Lang había tratado de establecerse como mediador, y una vez más el Regente lo había rechazado fuera de control. Edwards era el humano con el que el Regente hablaría, y ningún otro. Lang dejó saber al consejo que él estaba en contra de cualquier arreglo uno a uno e insistió en que sus argumentos fueran agregados al acta. Pero Edwards estuvo encantado de oír que el consejo había anulado las objeciones del científico y que Longchamps y los otros contaban con él para ver que las conversaciones llegasen a su terminación.

Ahora el simulagente y el traidor estaban sentados uno frente al

otro en la espaciosa habitación de Edwards a bordo de la SDF-3. Los dos ya habían puesto en escena un verdadero show en el anfiteatro de la fortaleza, pero aquí estaban a salvo de los ojos fisgones del consejo y libres para decir lo que pensaban. Edwards había decidido simular la verdad, y felicitó al Invid por su actuación.

“¿Por qué, sea lo que sea que quiera decir, General?” el falso Regente dijo después de un breve silencio.

Había bastante vacilación en la reacción del Invid para dar seguridad a Edwards de que él estaba tratando con un impostor, pero ello le beneficiaba para seguir fingiendo. “Sus palabras para los escáneres del consejo,” Edwards le dijo. “Todo esa conversación sobre como hay más que suficiente espacio en el Cuadrante para ambas de nuestras razas.”

“Somos un pueblo razonable,” el falso Regente replicó, sorbiendo la preparación verde que había traído con él.

“Sí, por supuesto, que ustedes lo son. Estoy animado por el mismo hecho de que usted haya venido a Tirol. Hay algunos que no creyeron que lo haría.”

“¿Y usted?”

“Oh, yo creo que usted es capaz de casi cualquier cosa, Su Alteza.”

El Invid puso a un lado su copa y miró a través del escritorio a Edwards. “Habla valientemente para alguien de su tamaño, humano. ¿Son todos los de su mundo tan valientes?”

Edwards se recostó en su silla y sonrió falsamente. “Todos sin excepción.”

“Y sus armas hablan con igual poder... Pero lo que me intriga es: ¿cómo exactamente obtuvieron sus sistemas de Protocultura?”

“Se las quitamos a los Zentraedi,” Edwards dijo, inclinándose sobre el escritorio. “Nos estaban molestando.”

El simulagente examinó sus manos de cuatro dedos. “¿Y ustedes vinieron aquí en busca de sus Maestros?”

“Vinimos aquí para terminar el trabajo, si quiere la verdad. Las informaciones decían que ellos iban a aparecerse en nuestra vecindad, así que decidimos traer la pelea hasta ellos. Salvar a nuestro planeta de la incomodidad de una guerra en el patio trasero.”

“Sí, pero parecen haberlos perdido.”

“Los atraparemos.” Edwards se encogió de hombros. “Primero tenemos que encargarnos de un pequeño negocio aquí.”

El Invid ignoró la observación. “¿Dónde queda precisamente su ‘vecindario,’ General?”

Edwards tocó su placa de recubrimiento craneal. “A gran distancia de Tirol.”

“¿Sí, pero dónde?”

“Al oeste de la Luna, al este del Sol.”

“Usted juega conmigo,” el XT dijo amenazantemente.

Edwards hizo algo estúpido y peligroso y colocó ambas palmas de las manos sobre el escritorio. “¡Y usted derrocha mi tiempo! ¿Qué es lo que busca?”

El Invid encontró su mirada feroz. “El regreso del cerebro.”

“¿A cambio de qué?”

“Sus vidas,” el Regente pronunció siseando.

Edwards rió y se alejó caminando del escritorio, sólo para darse vuelta rápidamente y decir, “Usted necesitó mi ayuda para eliminar a una simple nave Karbarriana. Y sé que su flota está tan diseminada que apenas puede proteger los mundos que ha conquistado. ¿Así que qué le hace pensar que me puede intimidar ahora?”

El Regente, también, estaba de pie, llenando la mitad de la habitación. “Pensé por un momento que estábamos del mismo lado, General. Pero tal vez estaba equivocado.”

“Usted ya me ha ayudado más de lo que cree,” Edwards le dijo. “Pero el cerebro se queda hasta que usted tenga algo mejor para ofrecerme que amenazas.”

“Su egotismo lo matará,” el Regente dijo desde la puerta.

Edwards sonrió cuando la puerta se cerró deslizándose. Todo lo que él dijo había sido calculado para provocar al Regente real; la conversación era inútil hasta entonces. Pero él tenía fe en que su maniobra daría resultado. Finalmente el Regente se mostraría –en persona o como antes en la esfera– y cuando ese día llegase, habría mucho para discutir.

Increíble como parecía, el Alpha blindado efectivamente estaba siendo levantado por tal vez tres docenas de esferas de tamaños varios, agrupadas como uvas debajo de las alas en flecha del mecha y el fuselaje alargado del Beta. Festejar parecía algo prematuro, pero ese no detuvo a ninguno de los aún en tierra Sentinels de enviar exclamaciones de aliento.

La hazaña había requerido más esferas de las que nadie supuso – más de un cuarto del número que quedaba en la cueva, en la última cuenta– pero Veidt, como prometió, había sido capaz de reunir las debajo del flotante VT sin mucha dificultad. Varias de las criaturas no comprendieron las instrucciones telepáticas del Haydonita o cambiaron de idea al último momento y optaron por vuelos solitarios a través de los cielos nublados y manchados con humo de Praxis. Las otras, sin embargo, se elevaron rápidamente para la tarea, menos como esferas más livianas que el aire que balas de cañón anti-Galileanas. Cabell calculó que si la tasa actual de ascenso permanecía inalterada, el mecha llegaría al límite de Roche con tiempo de sobra para reunirse con el módulo de propulsión. En ese punto, Sarna, copiloteando el Alpha junto con Jonathan Wolff, diría a las esferas lo que sería igual a un “gracias y hasta luego,” y el VT utilizaría su computadora de a bordo e impulsores para los ajustes de guía. Janice, Burak, y Tesla estaban estrujados juntos en las rabadas del Beta del mecha.

Rick arrojó un par de gritos entusiastas al Alpha antes de alejarse corriendo rápidamente para unirse a Vince y algunos de los otros, quienes ya estaban en el centro de comando de la GMU monitoreando el progreso del mecha y suministrando a sus sistemas de telemetría con actualizaciones recogidas desde las unidades principales de datos y escáneres de la base.

Wolff estaba en la red cuando Rick entró al centro de comando. “Todo verifica bien hasta ahora,” él estaba diciendo a Vince. “Se parece a un paseo de ascensor hacia las estrellas.” La red estaba relativamente clara, excepto por estallidos ocasionales de estática.

“Pregúntale si Sarna prevé cualesquiera problemas de separación,” Rick dijo a Vince.

“Uh, ningún problema,” Wolff reportó un momento más tarde.

Rick se inclinó hacia uno de los micrófonos de la consola. “¿Y Janice?”

“Aquí, Rick. Nos las estamos arreglando bien.” Ruidos enormes podían oírse en el fondo. “Sólo está un poco apretado para ser cómodo.”

Rick hizo una nota mental para decirle a Janice cuánto él la admiraba. “No se muevan, Janice. Casi están allí.”

Wolff y Janice agradecieron y cortaron la comunicación. Rick se encontró cruzando sus dedos, algo que él no había hecho en años. Él rió de un modo burlón para sí mismo, optimista pero extrañamente inquieto al mismo tiempo.

Afuera de la base, miembros del escuadrón Skull y del Wolff Pack estaban comenzando a preparar un segundo mecha para elevarlo. Éste iba a incluir a Lisa, Miriya, Cabell, Lron, y Crysta. El aire estaba lleno de destellos de relámpagos y casi constantes estruendos de truenos. Praxis temblaba bajo los pies como la SDF-3 durante maniobras de transposición. Incluso Cabell se negó a especular sobre cuánto tiempo le quedaba al planeta, pero para unos cuantos de los Sentinels cada minuto se sentía como algo por lo que estar agradecido.

Kami y Lerna aún tenían que emerger de la caverna de esferas en lo profundo de la cueva central ahora iluminada de la región. La temperatura había caído considerablemente durante la media hora pasada, y el aire era respirable otra vez. Baldan y Teal se habían unido a los Garudianos para ayudar a llevar la cuenta de las esferas, y con el primer Alpha en camino, Jack, Karen, Rem, y Gnea aparecieron en la escena.

Todos vieron cuando dos esferas del tamaño de una pelota de golf salieron volando del pozo para unirse a sus hermanas, las que estaban agrupadas en varias localizaciones a lo largo del techo abovedado. Un desfile verdadero de esferas sobre las cabezas se extendía desde aquí por todo el camino hasta la boca de la cueva. Jack dirigió su lámpara hacia abajo dentro del pozo y pidió a Karen y a Gnea hacer lo mismo. Él había discernido cierto tipo de movimiento tal vez a dos metros y cuarenta centímetros hacia abajo del pozo; una de las criaturas más grandes estaba luchando por

amoldarse a través del estrecho pasadizo. Cada vez que la cosa retrocedía, dos o tres esferas más pequeños se meneaban hacia arriba y fuera del pozo. Los Sentinels habían discutido varias vías para agrandar la apertura, pero Rick desconfió de emplear explosivos o rayos láseres por temor a que las esferas mal interpretasen sus intenciones. Jack no podía ver, sin embargo, ningún daño en bajar para explorar la cueva para una observación más cercana.

Mientras que Gnea y Rem regresaron corriendo a la GMU por cuerdas y cualquier cosa que pudieran encontrar del tipo de aparejos y arneses, Baldan y Teal estaban alejados hacia un rincón de la caverna explorando una vía diferente para bajar. Se le había ocurrido al macho Spherisiano –más temprano, cuando él había unido su mano con la pared de la cueva– que allí había fuerzas peculiares trabajando en las profundidades de Praxis, y Teal, los brazos de ella enterrados hasta el codillo en la roca, estaba afirmando eso ahora.

“El contenido mineral es de lo más inusual,” ella reportó analíticamente. “Nada como lo que hemos experimentado en otra parte de Praxis. Parece más parte del pasado del planeta que de su presente.”

“Yo percibí la misma cosa,” Baldan le dijo, señalando con un ademán hacia los afloramientos y formaciones de la caverna. “Estos depósitos han sido exhumados de algún lugar del núcleo, pero de algún modo antinatural. No son tanto el resultado del vulcanismo del planeta como lo son la causa de ello.” Una vez más, Baldan empujó su brazo en lo profundo de las paredes. “Tal vez yo pueda viajar por las Autopistas Cristalinas aquí como lo hacemos en Spheris, y pueda comunicarme con los substratos torturados de este mundo.”

“Es peligroso,” Teal dijo, tirando de una de las manos de Baldan de la pared. “Praxis está desestabiliza. Podrías no ser capaz de volver a tomar formar de nuevo...”

Baldan registró sorpresa por la preocupación de ella por el bienestar de él; no era característico de ella. “Entonces mantén agarrada mi mano,” él dijo cuando comenzó a unir el resto de su ser cristalino con la roca reluciente que formaba la pared de la cueva. Teal pudo ver una porción de la pared asumir las características de Baldan en bajorrelieve; él parecía sonreír, luego desaparecido totalmente.

“Buena suerte,” ella susurró, aún asiendo la mano incorpórea de su amigo.

En otra parte de la caverna, Rem, Gnea, y Karen oyeron a Jack decir, “¡Hay miles de esferas aquí abajo! ¡Suficientes para levantar toda la maldita base!” Su voz ascendió por el pozo como la de un oráculo. “¡Son enormes! ¡Tenemos que darles una salida! Díganle a Hunter—”

Justo entonces un temblor violento golpeó la cueva, borrando las palabras de Jack y produciendo una lluvia de rocas y suciedad desde el techo de la gruta. Las esferas comenzaron un baile excitado cuando el temblor pasó, apresurándose hacia la entrada en lo que parecía una estampida de un cojinete de bolas invertido. Karen estaba inclinada en el pozo gritando el nombre de Jack.

“Estoy bien,” él dijo a gritos en respuesta finalmente. “Sólo di un tumbo lejos de la cuerda. Estoy en una saliente o algo por el estilo. Parece haber algún tipo de cavidades aquí abajo... Sería mejor que uno de ustedes baje –y traiga más luz.”

Teal había acabado sobre sus rodillas por la fuerza del estremecimiento, pero ella se las había arreglado para mantener agarrada la mano y el antebrazo de Baldan. Ella giró a tiempo para ver a Kami y a Lerna levantarse del piso. Luego vio la cara de Baldan manifestarse en la pared: él lucía aterrorizado.

“¿Qué? ¿Qué ocurre, Baldan?”

Su boca pétrea formó la palabra Invid. “Ellos han llevado a cabo un experimento horrible aquí, trayendo de regreso a criaturas del pasado del planeta –como estas esferas, pero también otras terribles. Debes apresurarte y advertir a los otros. Estas criaturas–”

“¡Pero no puedes esperar que te deje aquí!” Teal estaba horrorizada.

“Estoy atrapado,” él le dijo. “Es inútil.”

Teal tiró del brazo de él. “No–” Luego ella miró hacia abajo y notó una fisura en la pared que no había estado allí antes del temblor.

“Baldan...”

“Apresúrate,” él insistió.

De mala gana, ella soltó el brazo de él. Y cuando ella se volvió para marcharse, oyó a Karen gritar a través de la caverna moribunda.

“¡Son Jack y Rem!” una Karen con los ojos muy abiertos estaba diciendo cuando Teal se acercó a ella. Kami, Learn, y Gnea estaban tratando de calmarla. “¡Algo los ha agarrado!”

Capítulo 4

Constance Wildman [La psichistoriadora] nos quiere hacer creer que las Guerras Robotech fueron nada más que una serie de luchas incestuosas y rivalidades freudianas –los Maestros y sus “niños,” los Zentraedi; las varias intrigas que florecieron alrededor de la “diosa primitiva” Lynn-Minmei; la Flor como la leche nutritiva de la madre... Y ella aduce el triángulo Regis-Tesla-Regente para fortalecer su caso; dónde más “¿encontramos una representación arquetípica más perfecta del hijo rebelde que desea matar al padre y poseer a la madre?” A lo que uno podría estar tentado a responder: en la relación entre Zor y Haydon.

*Nota al pie de página en Jinetes en la Tempestad de
Reedy Kahhn: Los Invid del Regente*

“¿Y tú en realidad amenazaste a Edwards?” la voz del Regente gritó a través del comunicador. “¡Tonto! Se suponía que debías seducirlo, no alejarlo de mi alcance.”

En su habitación en la nave insignia de la flota, el simulagente Invid engulló y encontró palabras. “Sólo estaba tratando de sacarle información –como usted mismo solicitó. Pero él no revelaría nada sobre su mundo hogar. Y peor aún, él no pareció creerme cuando le hablé del poder de nuestro imperio.”

El Regente hizo una expresión agria. “¿Bueno, cómo podría él, viniendo de alguien como tú? ¿No sabes nada de la sutileza? ¿Has olvidado todo lo que el cerebro te enseñó sobre la recolección de información? Es como si te hubieras decidido a negociar con los humanos a tu propio modo chapucero, cuando tu misión era ser mis

ojos y oídos. ¡No mi boca!”

El simulagente se encogió, y se dio vuelta para ver si alguno de los soldados estaba riendo a sus espaldas. Cómo podía él empezar a explicar por lo que él estaba pasando –cómo la sensación de poder había obrado su propia magia en su mente, una magia que pesaba más que cualesquiera intereses por la diplomacia o “la sutileza.” Pero él mantuvo estas cosas ocultas del ser hacia quien él nació para responder, y en cambio pensó dirigirse al Regente como uno podría esperar que se comportase un sirviente.

“Me disculpo, Su Alteza. Son estos humanos... me confunden.”

“Sí,” el Regente le dijo, ablandando su tono un poco, “lo puedo entender. Pero comienzo a preguntarme sobre este Edwards. Se me ocurre que tal vez él ha entrevistado mi artificio –no gracias a ti.”

El simulagente bajó su hocico hacia el remoto del comunicador. “Dígame cómo puedo compensarme. No soy más que su servidor.”

El regente meneó un dedo. “Y te sería de utilidad que lo tengas presente.” Él mostró en la esfera las palmas de sus manos. “¿Por qué todos sienten que pueden pensar por sí mismos? Primero mi esposa, ahora tú... Sólo Tesla me sirve bien.” Él movió de un lado a otro sus manos en el aire. “Arg, todo este asunto es mi culpa de cualquier modo, enviando a un sirviente a hacer el trabajo de un conquistador.” El Regente se acomodó sus mantos. “Quiero que regreses a Optera. No hay nada más que puedas hacer en Tirol, y si te permito permanecer más tiempo, es probable que arruines algo.”

“Pero, Su Alte–”

“¡No discutas conmigo! Podemos prescindir del cerebro capturado por algún tiempo más, y hay otras vías para extraer la información que deseamos sobre los Maestros, la Matriz, y el mundo hogar de los humanos. Es mejor dejar a la situación en Tirol deteriorarse espontáneamente. Luego Edwards y yo hablaremos.” Los ojos del Regente miraron fijamente hacia fuera a través de la esfera, mirando fríamente a su simulagente. “Tú puedes tener mi apariencia” –él suspiró– “pero ciertamente careces de mis talentos.”

Rick dejó caer con estrépito su mano sobre el interruptor del micrófono de la consola y gritó la señal de llamada para Wolff en el fonocaptor. Un minuto Jonathan había estado comunicando que todas las señales estaban listas para la separación, y lo siguiente que supieron fue que él estaba diciendo algo sobre que el Beta se había separado del VT. Y ahora la GMU parecía haber perdido contacto con ambos componentes.

“Estrella Ascendente, responda,” Rick urgió. “¡Wolff! Responda. ¿Qué está sucediendo allí arriba?” Él se dio vuelta hacia Jean y Vince, quienes estaban ocupados en las consolas adyacentes. “¿Hay algo?”

Jean giró para mirarlo de frente. “Una cubierta de nubes demasiado gruesa para una visual del Beta, pero los escáneres lo muestran en un curso acelerado hacia el módulo de propulsión. El Alpha está fuera de la marca. Deberíamos recibir algunos datos pronto.”

“¿Fueron las esferas?”

“No lo puedo decir, Rick,” Vince dijo sin darse vuelta.

Precisamente entonces la voz de Wolff chisporroteó a la vida por los altavoces de la habitación. “-xactamente seguro de lo que sucedió. Sarna estaba pasando instrucciones a las esferas, luego de repente el Beta se separó. Estamos fuera de curso. ¿Nos pueden dar un nuevo rumbo?”

“En camino,” Rick le respondió. “¿Tienes algún tráfico de Janice?”

“Negativo, Rick. Ni siquiera puedo determinar la posición de la nave.”

“Ella se está acercando al módulo, Jonathan,” Vince dijo. “¿Alguna suposición?”

“No en este momento.”

Rick estaba a punto de añadir algo cuando la escotilla siseó abriéndose. “Tenemos problemas, señor,” un piloto del Skull anunció.

“Estamos conscientes de ello,” Rick dijo, más ásperamente de lo que era necesario.

El capitán dio una mirada confusa a su alrededor. “No, señor, en las cuevas. Estamos bajo ataque.”

“¿Ataque? ¿De quién?” Rick notó por primera vez que la mujer estaba cubierta de tierra. Su cara estaba manchada con un tipo de fluido negro indefinible o grasa.

“Uh,” la piloto tartamudeó, “usted tendrá que decidir por sí mismo, señor.”

Rick y la piloto dejaron la base corriendo. Afuera, Rick vio grandes números de esferas fluyendo de la boca de la cueva. Veidt y un puñado de Praxianas y pilotos de mecha estaban haciendo lo mejor que podían para calmar a las criaturas, pero Max y Miriya, junto con la mitad del Wolff Pack, no estaban a la vista.

“¡Aquí adentro, señor!” la piloto estaba voceando, indicando con un gesto hacia la entrada cavernosa.

El piso de la cueva estaba temblando, y Rick oyó sonidos retumbantes graves, los que él inicialmente atribuyó a temblores tectónicos; luego se dio cuenta que estaba oyendo explosiones. Éstas se hacían más agitadas cuando él se acercaba a la caverna.

El lugar estaba en un estado casi de pandemonio, docenas de esferas meneándose conjuntamente, iluminadas desde abajo por destellos intensos de luz explosiva que estaba vertiéndose al exterior desde agujeros y pozos en el piso; voces estridentes sobresalían entre el estruendo del fuego de las armas; y algo más –un tipo de chillido, un ruido corto, tan misterioso como fuerte.

Rick dio un vistazo a su alrededor, tratando de explicarse las cosas. Karen Penn estaba alejada en un rincón, aterrorizada, aunque Kami y Lerna estaban a su lado. Teal estaba de pie a cierta distancia de ellos, sola cerca de lo que parecía ser una extremidad de roca. Gnea y Bela estaban llevando trozos enrollados de cuerda hacia la boca de un pozo; por allí cerca estaba un par de Perytonianos y unos cuantos hombres del equipo de Wolff, poniéndose máscaras antigás y sujetándose encima parques de munición con arneses de tejido.

Sin advertencia alguien metió un Wolverine en sus manos.

“¡Max!” Rick dijo, girando rápidamente. “¿Qué está–”

“Cúbrete,” Max lo interrumpió. Él arrojó a Rick una máscara y se alejó trotando hacia el pozo, meciendo un revólver de masas Owens Mark IX. “Jack y Rem están atrapados allí abajo,” él gritó por sobre su hombro. “¡Ya hemos matado a un montón de ellos,

pero continúan viniendo!”

“¿Mataron un montón de qué? ¿Quién sigue viniendo?”

En la abertura, Max bajó su respirador y se enganchó a una de las cuerdas que había sido bajada en el pozo. “¿Listo?” él gritó sobre el estrépito que provenía de abajo. Jadeante, Rick siguió su guía, y ambos se pusieron los aparejos.

Un momento más tarde, en el piso de una enorme habitación de subnivel, Rick estaba seguro de que ellos habían excedido su objetivo y aterrizaron en el infierno. En la luz estroboscópica él pudo ver que ellos estaban parados en el borde de un gigantesco poso que parecía caer directamente hasta el núcleo fundido del planeta. Aquí, también, el techo estaba cubierto con las esferas –la mayoría de ellas de mayor tamaño que cualquiera que él había visto en la superficie; pero fue ver a las criaturas que se arrastraban subiendo fuera de aquel poso lo que lo había dejado sin habla. Ellas podrían haber sido arañas del tamaño de un Hovortank, si no fuera por sus pedúnculos movibles que sostenían los ojos, sus cuerpos segmentados en doble hilera, y bocas al frente. Y si ellas no eran la creación propia del diablo, Rick decidió, entonces él no deseaba encontrarse alguna vez con su hacedor. Ningún dios habría amado una bestia tan horrible y de apariencia diabólica.

Lo hizo estremecerse el darse cuenta de que la pegajosidad negra que revestía el piso de la caverna era la sangre de estas cosas, pero aún eso no fue suficiente para lavar el miedo fuera de él. Él recordó haber leído en alguna parte que existía una hormona del miedo endógena real que ciertas criaturas activaban en el cuerpo humano; y efectivamente él parecía recordarlas en alguna esquina primitiva de su mente. Pero entonces él repentinamente recordó dónde las había visto en realidad: ¡eran las criaturas que una antigua y desconocida mano Praxiana había retratado en las paredes de la cueva!

Tesla estaba asombrado por la fortaleza de la hembra humana. Él finalmente había tenido éxito en halarla con dificultad hacia atrás

al espacio de carga del Beta y ahora tenía ambas muñecas aparentemente frágiles de Janice firmemente apretadas en sus propias manos, pero ello había sido una lucha durante todo el camino. Burak, entretanto, se había deslizado dentro del asiento de la cabina del piloto para manejar los controles. El módulo de propulsión estaba apareciendo en vista por la cubierta de la cabina del VT, justo en horario, y los suyos hacia la captura.

“Bienvenida a nuestra tripulación,” Tesla estaba diciendo a la mujer aún indomada. “Me alegra tenerla a bordo.” la voz apremiante de Jonathan Wolff podía oírse por la red de comunicaciones abierta.

Janice se dio vuelta repentinamente, casi liberándose del asidero de él, y lo miró con ira. “¿Es este el modo de tratar a un huésped?”

“¿Si la dejo libre, prometerá comportarse?”

Janice dio a su cabeza una sacudida desafiante. “Pruébeme.”

Tesla alivió su asimiento, y el androide que todos pensaban era una mujer se lanzó por el cuello de Burak. Tesla sujetó firmemente los brazos de ella y la arrojó rudamente contra el mamparo trasero; él estaba complacido en ver alguna belicosidad salir de ella.

“Burak,” Janice dijo débilmente, una mano en la cabeza de ella. “¿Cuál es tu parte en esto? No puedo creer que vayas a dejar a tus amigos morir allí abajo.”

Burak le mostró a ella su perfil, cuernos aterciopelados y cejas pesadamente gruesas acentuadas con color ámbar en las luces de la pantalla. “Es la única manera en que puedo ayudar a liberar a mi planeta,” él ofreció. “Tú no puedes entender—”

“Suficiente,” Tesla interrumpió, inventariando las heridas que las uñas de Janice habían abierto en sus brazos. “Presta atención a lo que estás haciendo. Y cierra el comunicador,” él añadió, gesticulando hacia el interruptor de la red.

El módulo Spherisiano de forma cristalina llenaba su vista ahora, eclipsando las estrellas. Burak igualó el curso del Beta al del módulo aparentemente en movimiento lento, y comenzó a maniobrar el mecha a lo largo del casco chamuscado y muy maltratado del propulsor. Él utilizó la computadora de a bordo para comunicarse con la del módulo, y en minutos la escotilla de la bahía de acoplamiento se abrió; el Beta había logrado su meta.

Cuando la bahía se había vuelto a presurizar, el trío descendió de la cabina del Beta y finalmente encontraron su camino hacia el puente. Tesla cargó a Janice todo el camino, abrazada como un oso a su enorme pecho como algún tipo de juguete relleno sin el cual él no podía vivir. Burak llevaba arrastrando los frutos mutados que él había contrabandeado a bordo del VT antes del despegue.

El Invid se estaba sintiendo omnipotente –no sólo porque él había engañado tan fácilmente a los Sentinels, sino porque pronto estaría en camino hacia Optera para el encuentro cara a cara con el Regente que él había imaginado tan a menudo estos tiempos pasados. Los frutos provenientes de Karbarra y Praxis lo habían, así él creía, vuelto superior al monarca al que él otrora había servido como soldado y presunto hijo. Y ahora era hora de que el Regente se hiciese a un lado y le cediese su posición merecida como el líder de la raza Invid. Tesla había venido a comprender que requería más que simple fortaleza el liderar; hizo una introspección, y estos talentos eran de él en abundancia.

Pero cuando ellos llegaron a la sala de control del propulsor, algunos problemas muy reales surgieron, erosionando las fantasías de Tesla y convocando una ira desde su interior.

“¡Pero tú me dijiste que podías navegar esta nave!”

Con un gesto de desamparo, Burak se dio vuelta desde los mapas estelares y cartas de transposición espacial que él había convocado en los monitores de guía Spherisianos. “Pensé que podía, pero ahora...”

Tesla se precipitó sobre él y comenzó a explorar las pantallas, buscando solución a los datos mostrados. Él apuntó un dedo grueso a una de ellas. “Aquí. Aquí está Optera.”

Los ojos de Burak se abrieron de par en par. “¡Optera! Pero, Tesla –Peryton, estamos yendo a Peryton.”

Tesla lo empujó hacia un lado. “A su debido tiempo,” él dijo ausente. “Primero hay algo que debo atender.”

Burak se acercó. “Entonces atiéndelo sin mi ayuda.”

Tesla hizo un movimiento violento con sus manos, pero se detuvo cerca del cuello del Perytoniano, tomándolo en cambio por los hombros, fraternalmente. “Por supuesto, mi querido. A Peryton, entonces.” Las manos de Tesla apresuraron a Burak a sentarse en

uno de los asientos de aceleración. “Ahora, porque no tratamos de resolver esto juntos, paso a paso. Sólo digamos por puro ejemplo que queríamos transponernos al espacio de Optera... Ahora, ¿cómo haríamos eso, mi amigo...?”

Janice mientras tanto observaba desde el otro lado de la habitación. Los dos amotinados casi se habían olvidado de ella, así que fue bastante fácil conectarse a los sistemas de la unidad propulsora mientras la atención de ellos estaba enfocada en otra parte. En un breve tiempo ella había completado su bocadito de magia cibernética. No importaba lo que ellos alimentasen en las computadoras navegaciones de la nave ahora, el módulo estaba bloqueado en curso hacia el sistema del espacio de Fantoma.

Janice sonrió para sí, preguntándose cómo Tesla tomaría la sorpresa.

Al principio se creyó que Baker y Rem habían sido capturados o comidos por las monstruosidades reptantes de ocho patas entregadas por el mundo interior Praxiano; pero posteriormente los Sentinels hallaron que sus dos compañeros de equipo simplemente estaban detenidos –la palabra que alguien del Wolff Pack había usado. Jack y Rem habían sido sondeados y maltratados, pero aparentemente estaban a salvo. Parecía que los arácnidos –Gnea y Bela tenían un nombre para ellos que nadie podía pronunciar– no tenían gusto por la carne. Además, las criaturas no estaban en un frenesí de alimentación en absoluto –ni, en cuanto a eso, estaban interesadas en contraatacar a los seres que estaban ocupados lanceándolas con rayos láseres y proyectiles. Al igual que las esferas, estos anacronismos vivientes –no vistos en Praxis por milenios– estaban intentando huir de las tempestades que ardían en el corazón transformado del planeta.

Rick había dejado lejos su susto inicial, pero el sabor agrio del miedo permanecía en su boca. Lo afectó que mientras que en sus días él había combatido a gigantes de quince metros y a babosas andantes, ido a batalla al lado de clones humanoides, guerreros

ursinos, y amazonas en Robocorces, él podía experimentar tal terror total al ver arañas gigantesas. Quizá, él había decidido, era la misma insensatez de las criaturas; después de todo, hasta los Invid no eran monstruos, ¿lo eran? Las mujeres Praxianas habían sido igualmente asustadas, y Rick procuró imaginar que ello sería como ir contra, digamos, los dinosaurios.

Pero si las criaturas no se hubieran en realidad añadido a la situación de los Sentinels, ellos no habrían hecho nada para mejorar las cosas. Innumerables esferas habían salido de la cueva, y ahora quedaba una desagradable tarea de acabar con los restos de los enemigos allí abajo mientras el resto de las esferas eran reunidas para asistencia de elevación adicional. ¡Para empeorar las cosas, aún no había noticias del Beta, y uno de los Spherisianos había ido y conseguido quedar atrapado en una roca!

Pronto, Rick y alguno de los otros se agruparon alrededor de Teal y la mano que otrora había pertenecido a su amigo. Baldan estaba combinado con la pared –del modo en que un bajorrelieve Mesoamericano podría decirse para ser combinado con una estela. Su perfil estaba congelado pero claramente visible, y había una masa cristalina sobresaliendo de la sección de roca donde su pecho habría estado. El cristal crecía frente a los ojos atónitos del grupo congregado.

“¡No, no puedes, Baldan –por favor detén esto!” Teal estaba gritando a la pared. Ella volteó hacia Rick. “Él está intentando transferir su esencia. Pero esto nunca ha sido llevado a cabo en ningún mundo excepto en Spheris.” Ella miró hacia atrás al atiborrado crecimiento. “¡Y no quiero levantarlo!”

De nuevo el cristal se agrandó. Teal colocó sus manos en su cabeza en un gesto aterrado y suplicó a Baldan detenerse. Pero finalmente sus manos se extendieron para recoger la cosa facetada y comenzó a tirar de ella.

“Es inútil, Baldan,” ella gritó. “¡Morirá!”

Rick se aproximó para darle una mano, y con cierto esfuerzo ambos se las arreglaron para tirar del cristal suelto. El estallido hueco envió un escalofrío a la espalda de Rick. El perfil de Baldan se retiró dentro de la pared y desapareció. Teal dejó caer el cristal de sus manos temblorosas y lo observó.

“La criatura está sin vida... muerta.” Ella miró a su alrededor a los otros. “Baldan está perdido para nosotros.”

Sonidos de lloriqueo encontraron su salida por debajo de los conductos de respiración de Kami y Learn. Rick agarró a Teal por los hombros. “¿Qué te dijo él?”

Ella lo miró con fijeza inexpresivamente por un momento, luego dijo, “Los Invid. Ellos deben haber estado usando a Praxis para experimentos de algún tipo. Fueron las cámaras que ellos excavaron las que dieron a luz a esas criaturas. Y estas mismas cámaras han anunciado el fallecimiento del mundo.”

“¿Pero qué tipo de experimentos?” Rick demandó. “¿Qué estaban tratando de crear?”

Teal negó con su cabeza.

Con los labios firmes, Rick la soltó e indicó con un gesto a un radiotécnico que se acercase a él. “¿Alguna noticia del Beta?” él preguntó a Vince cuando la comunicación con la GMU fue establecida.

“Ellos han alcanzado el módulo,” Vince actualizó. “Pero no podemos establecer comunicación con ellos.”

Rick resumió lo que había sucedido abajo en las cavernas. “Quiero hablar con Tesla tan pronto como llamen. Él debe saber algo sobre todo esto –estos posos. ¿Quizá haya un modo de revertirlo?”

“Es improbable,” Vince respondió. “Pero estoy seguro de que Tesla nos dirá lo que sabe. Él es prácticamente uno de nosotros ahora.”

Con un poco de ayuda de las computadoras de la GMU, el Alpha estaba de regreso en rumbo. Wolff y su copiloto Haydonita no sabían como explicar la separación inesperada, pero asumieron que Janice lo había hecho con algún buen propósito en mente, y que su silencio de radio era nada más que un mal funcionamiento en el sistema. No se le ocurrió a ninguno de ellos que había una conspiración en marcha.

Wolff continuó en esta veta esperanzada, aún después de que se había enterado de que el Beta había hecho aparentemente un acoplamiento exitoso con el módulo propulsor. Ese chamuscada pieza de escombros espacial orbitante estaba sobre él ahora, y él estaba obteniendo todo lo que podía del Alpha para compensar el tiempo perdido. Fue sólo cuando sus solicitudes de radio por las coordenadas de acoplamiento fueron ignoradas que él comenzó a sospechar de una traición. El presentimiento se convirtió en un asunto maduro cuando no pudo conseguir que los sistemas de a bordo del Alpha interactuasen con el módulo. Por lo tanto, los escudos de la bahía de acoplamiento permanecieron cerrados, y a menos que algo se hiciera para abrirlos, el Alpha iba a terminar muerto en el espacio.

Aún si eso significase ir extravehicular.

Sarna se hizo cargo de los controles mientras Wolff se colocaba el traje. Praxis giraba debajo de ellos como un ojo con catarata. La telépata sujeta con el cinturón, acercó al Alpha tan cerca como ella pudo al casco lleno de cicatrices del módulo; entonces Wolff voló la cubierta de la cabina. Él flotó hacia arriba y fuera del VT en una línea de trailla, agarró el lado de la nave giratoria, y trató de centrar su atención en el tablero de control externo alienígena. Sarna le habló por los repetidores del casco, evitando la red en favor de frecuencias de una clase cerebral. Wolff oía los pensamientos de ella como palabras habladas cuando manipulaba desmañadamente interruptores Spherisianos diseñados para manos más sensibles que las suyas.

Pero un ratito más tarde la escotilla se estaba deslizándose, abriéndose y guardándose en el casco cristalino. Sarna encendió las toberas de maniobra del Alpha y comenzó a maniobrar la nave hacia la seguridad.

El Beta estaba en el interior, vacío; y afortunadamente, Wolff decidió, no había una cuadrilla de bienvenida allí para saludarles. Ahora, abajo sobre el piso de la bodega él se armó con un rifle y dos armas de mano; Sarna tenía un recuerdo perfecto de los esquemas de pasillos y compartimentos del módulo, así que ella guió el camino. Ellos estaban apenas fuera del área de acoplamiento cuando la nave tambaleó.

“Estamos dejando la órbita,” Sarna le dijo.

Wolff sintió el ruido sordo de los propulsores del módulo abrirse camino por sus piernas. Sarna revoloteó por el pasillo con una marcha acelerada, luego abruptamente giró en ángulo recto dentro de una cabina grande y dijo a Wolff que se sujetase a uno de los asientos.

Wolff miró al cubil de aceleración y le dio una mirada inquisitiva.

“Nos estamos preparando para transposicionar,” ella le dijo.

“¡Ellos han hecho, qué!”

“Se transposicionaron,” Vince Grant repitió. “El módulo se ha ido.”

Rick se apoyó contra una de las consolas del centro de mando de la GMU para recobrar el aliento. Él había corrido todo el camino desde la cueva sólo para oír las malas nuevas tan pronto como atravesó la escotilla.

“Pero, pero, ellos—”

“Ni una palabra,” Jean interrumpió. “El último mensaje que recibimos fue de Wolff. Él estaba seguro de que algo le había sucedido a Janice.”

“Tesla,” Rick dijo, mordiendo el nombre al decirlo.

Vince inclinó la cabeza. “Ésa es mi suposición.”

“¿Pero dónde está el Alpha ahora?” Rick añadió, mirando de un lado a otro entre ambos.

Jean se alejó de la consola, sus manos sobre los brazos de la silla. “Esa es la parte extraña. El Alpha está a bordo.”

Rick quedó en silencio; se sintió por un momento como si ellos le estuvieran hablando en una lengua extranjera. Él sacudió su cabeza, esperando que todo se estableciera en algún tipo de orden. “Quizá no fue Tesla. Quizá Janice sabe algo que nosotros no...”

“Muy bien,” Vince dijo.

“Y quizá ella logró hablar con Wolff, pero él no nos pudo alcanzar...”

“Muy bien, de nuevo.”

“Y quizá ellos tuvieron que transposicionarse porque se dieron cuenta que no había modo de sacar a todos del mundo usando los VTs...”

“Uh huh.” Vince cruzó sus brazos. “Así que ellos partieron hacia Karbarra o Tirol, imaginándose de que seremos capaces de aguardar hasta que termine.”

Rick lo dejó por contestar. No había necesidad, de cualquier modo, ahora que los temblores habían vuelto a comenzar. Un rugido atronador y continuo se filtró en la habitación; en alguna parte cercana, cadenas de montañas estaban comenzando a desmoronarse.

Fue un salto corto. Wolff se podía sentir saliendo de los efectos de mareo de la transposición, y estuvo de pie aún antes de que Sarna lo proveyera con una señal de que había pasado el peligro.

Cuando ambos irrumpieron en el puente del módulo, encontraron a Tesla y a Burak sentados a los controles. Janice estaba lejos hacia un lado, dormida, Wolff pensó.

Tesla y Burak ambos giraron cuando oyeron el siseo de la escotilla. El hocico del Invid se abrió de para en par cuando vio a Wolff parado allí armado hasta los dientes, e inmediatamente cayó de espaldas contra su coconspirador, esperando que Wolff lo leyese como que Burak intentaba una captura.

Los dos XTs rodaron a través de una de las banquetas de la consola y cayeron al piso. Tomado completamente desprevenido, Burak no sabía lo que le había golpeado. Pero Tesla se estaba forzando a sí mismo en una posición de subordinado ahora, y ordenando a Burak a asirlo por el cuello.

“¡Lucha, idiota!” Tesla estaba susurrando. “¡Tienes que hacerles creer que no tienes nada que ver con esto!”

Burak finalmente entendió el mensaje y arrojó sus manos alrededor del grueso cuello del Invid. Ambos toparon sus cabezas y se enmarañaron y se maldijeron mutuamente. Burak estaba

introduciendo sus pulgares en el hocico de Tesla cuando Wolff tuvo éxito en separarlos.

“¡Hacia atrás!” Wolff le dijo, blandiendo una de las armas de mano. “¡Tesla, de pie!”

Sarna revoloteó hacia el comunicador.

El Invid levantó sus manos, pero permaneció sobre sus rodillas, suplicando a Wolff que no lo matase, y confesando su intento de capturar la nave.

“Y si no fuera por este loco cornudo yo hubiera—”

“Basta de disparates,” Wolff dijo. Él se dio vuelta hacia Burak, quien estaba haciendo lo posible para parecer inocente, hasta heroico. “Tú eres cómplice de esta babosa.”

“¡No lo soy!” Burak argumentó. “¡Él colocó un hechizo sobre nosotros!”

“¿Un hechizo?” Wolff casi rió. “¿Quieres decir que él te hizo hacerlo?”

Burak señaló a Janice. “Pregúntele a ella si usted no me cree.”

Janice se había reactivado a sí misma. Ella miró a Wolff y dijo, “Ellos estuvieron en esto juntos—”

“¡Mentirosa!” Burak dijo a gritos.

“-pero ellos no parecían poder convenir un destino. Así que yo tomé la decisión por ellos.”

Tesla y Burak intercambiaron miradas.

“¿Dónde estamos?” Wolff dijo, tan confundido como los más.

“Fantoma,” Janice dijo, y Tesla se desmayó.

Capítulo 5

Traición (yo lo busqué): ser entregado a un enemigo por traición o deslealtad; ser desleal; seducir y abandonar... ¿Es esto de lo que soy culpable? ¿Lo he seducido y abandonado? ¿Estoy entregando a Jonathan a un enemigo? ¿He sido desleal? Al repetirme la palabra una y otra vez, empieza a perder todo significado; se convierte en un sonido sin sentido, un balbuceo Tiresiano o Praxiano. Pero entonces empiezo a considerarlo como un tipo de grito de guerra, un sonido que se repite de un lado a otro a través del terreno de mi vida y estos veinte años de derramamiento de sangre. Si soy una traidora, también soy la traicionada. Soy las SDF-1, 2, y 3; soy todos los consejos y todos los generales. Soy la muerte, la Guerra misma.

Un extracto del diario de Lynn-Minmei

Con Rick y Lisa y todos los otros hombres y mujeres que se habían unido a la causa de los Sentinels perdidos y presumidos muertos, había muy pocas personas en quienes el Dr. Lang podía confiar, mucho menos buscar compañía o un anticuado buen consejo. Las cosas no habían sido las mismas entre Lang y Harry Penn desde que Karen partió, y de los miembros Plenipotenciarios, sólo Justine Huxley y Niles Obstat eran todavía receptivos. Edwards había influido en el resto de un modo u otro, excepto por supuesto por Exedore, quien se había convertido en el aliado no oficial y amigo cercano de Lang. Hasta Lynn-Minmei había sido transformada –por algo que, Lang no desearía tratar de imaginar. Lang, sin embargo,

estaba bien acostumbrado al aislamiento; así que aún cuando éste no fue auto impuesto él pudo arreglárselas. Él había estado ingeniándoselas para no perder terreno con el consejo, a pesar de Edwards, y al mismo tiempo estaba inspeccionando ambas cosas, las operaciones mineras en Fantoma y las reparaciones a la SDF-3. Pero la visita del Regente había introducido algo nuevo y amenazante al horizonte: la posibilidad de una asociación entre Edwards y el Invid. Lang había visto a la Protocultura dar forma a eventos extraños estos pasados veinte años, pero ninguno tan potencialmente peligroso –para la misión Expedicionaria, para Tirol, para la Tierra misma.

Algo dentro de él se negó a aceptar la muerte de Hunter; él sabía que no estaba parado aquí solo, pero él sin embargo había sido impotente hasta ahora en persuadir al consejo para lanzar una nave de rescate –aún ahora cuando había varias disponibles con la capacidad para la transposición requerida, algunas funcionando con Sekiton, algunas con los combustibles monopole recientemente minados. Pero fue el comportamiento del Regente en las sesiones introductorias de la cumbre el que finalmente lo convenció de tomar las cosas en sus propias manos. Y fue esa decisión la que lo trajo a Fantoma. Él había permitido a su ahijado y aprendiz, Scott Bernard, acompañarlo, pero dejó a Exedore detrás en la fortaleza para salvaguardar sus intereses mutuos mientras la flota del Regente permanecía anclada en el espacio de Fantoma. La tripulación del acorazado prototipo recientemente estrenado que él había comandado –la sin nombre SDF-7– era una que había sido escogida personalmente para el viaje después de algo de trampa legal hecha por él mismo y el General Reinhardt; ellos eran una partida capaz y leal, comandados por el Mayor John Carpenter, quien estaba siendo considerado como un candidato para encabezar la primera misión de regreso a la Tierra.

Las razones de Lang para escoger Fantoma pueden ser resumidas en una palabra: Breetai. Él estaba consciente de las hostilidades que habían aflorado entre Breetai y Edwards sobre el tema de la llegada del Regente, y él sabía precisamente dónde las lealtades de los Zentraedi yacían. Y donde Breetai fuera, allí sería seguido por sus cientos de fuertes y biogenéticamente diseñados guerreros de

dieciocho metros –una fuerza para ser tenida en cuenta sin importar cuales pudieran ser las decisiones finales del consejo.

Apenas Lang dio un paso fuera del transbordador que había transportado a su equipo a la superficie del gigante anillado fue que Breetai insistió en escoltarlo en un viaje de reconocimiento por el complejo minero. Era obvio que el Zentraedi estaba acogiendo cierto orgullo por sus logros, así que Lang no ofreció ninguna resistencia. Pero la oportunidad para discutir los temas apremiantes que lo habían traído aquí no se presentó hasta mucho después, y para entonces Lang estaba casi febril. Breetai los había llevado a una estructura de estilo Quonset que servía como el centro de comando y control de la colonia –el único edificio en Nueva Zarkopolis diseñado para acomodar a ambos: gigantes y humanos con relativa comodidad. Allí, Lang repasó lo que había sido dicho durante la así llamada plática de tregua, y qué informaciones reportadas se habían intercambiado entre Edwards y el Regente durante las subsecuentes sesiones cara a cara. Breetai dijo poco, prefiriendo en cambio escuchar ó gruñir una exclamación ocasional de ira o sorpresa. Pero cuando Lang terminó –con un suspiro audible– el Zentraedi plegó sus dedos largos y se inclinó hacia delante en su silla, mirando asiduamente en el área del balcón de los humanos.

“Un parte de mí desea culpar al Almirante Hunter por permitir que las cosas lleguen a esto,” él dijo a Lang. “Pero si alguien puede apreciar la naturaleza impredecible de estas cosas, ese soy yo.” Lang no tuvo que ser recordado de los trastornos bizarros que el comandante Zentraedi había testificado y sufrido; y en esto el científico y el guerrero eran hermanos de algún tipo. “Sugiero que tomemos medidas para asegurar nuestra posición contra Edwards.”

“Sí, ¿pero cómo?” Lang preguntó.

“Precisamente como usted ha comenzado,” Breetai dijo, indicando con un gesto hacia donde Carpenter y su segundo comandante estaban sentados. “Y debe tomar medidas para que mecha adicionales sean enviados aquí...”

“Disfrazados como dispositivos mineros tal vez.”

“Exactamente. Tenemos nuestra propia nave, nuestros propios mecha, pero debemos tener nuestras propias armas. Nueva

Zarkopolis podría convertirse en nuestra base de operaciones. Y por supuesto poseemos algo aún más importante que poder de fuego...”

“El mineral,” Lang completó.

Breetai inclinó la cabeza. Él tenía su boca abierta para decir algo más cuando un humano a la consola de comunicaciones lo interrumpió. “Reporte de la fortaleza,” el técnico anunció, esforzándose para oír el comunicado. “Una nave ha entrado al sistema. Se dice que el Coronel Wolff y algunos de los Sentinels están a bordo.”

“Gracias a Dios,” Lang dijo, tirando su cabeza hacia atrás.

Breetai tenía una mirada enigmática. Él tocó su placa de recubrimiento craneal de una manera ausente y se levantó de la silla para elevarse por sobre el balcón “Microniano”.

“La Protocultura está trabajando de nuevo. Nosotros llamamos y ella responde.”

“Sí,” Lang se dirigió hacia arriba hacia él. “Y eso determinaría que siempre podamos predecir su respuesta.”

La noticia del acercamiento del módulo de propulsión se extendió a todas las estaciones y fue retransmitido hacia la superficie de Tirol. En su cantina en Tiresia, Minmei desfalleció al recibir la noticia. Ella había regresado a la superficie sólo horas antes, y ahora trataba de reunir sus pensamientos antes de regresar apresuradamente a la zona de estacionamiento del transbordador de la ciudad.

Al mismo tiempo en su habitación a bordo de la SDF-3, T. R. Edwards estaba en medio de una sesión con el Regente falso.

“Parece que usted fue algo prematuro en reportar la destrucción de la Farrago” él dijo con una sonrisa malévola. Aún los ojos negros e ilegibles del Invid no lograron ocultar un sentimiento de shock; pero el simulagente rápidamente se repuso.

“Y tal vez los datos que usted suministró estaban errados,” él contestó airadamente.

El impostor Invid se había metido a hacer un intento en ganarle a Edwards, a pesar de las ordenes del Regente en contra. Él había

prestado cuidadosa atención a las duras críticas del Regente y estaba convencido de que una discusión consecutiva estaba bien. Él pensaba ahora que tenía una comprensión clara del concepto de subordinación; pero como Tesla él no era grande en las sorpresas, y la aparición repentina del módulo Spherisiano había socavado completamente sus esfuerzos.

Edwards estaba moviendo de un lado a otro un índice hacia él. “Ya, ya, Su Alteza, no hay necesidad de ofensas, ¿no es así? Precisamente cuando nos estábamos llevando tan excelentemente.” Luego la cara de Edwards se puso seria, su único ojo indiferente. “Además, es sólo un par de nuestra gente y uno de los suyos. Estaba destinado a que hubiera sobrevivientes.”

“¿Uno de los míos?” el simulagente preguntó, alarmado.

“Tesla –¿no es ese su nombre? ¿O no sabía usted que él estaba a bordo?”

El Invid rizó uno de sus sensores. “Usted no mencionó eso.”

Edwards se encogió de hombros. “¿Cuál es la diferencia? Él está vivo.” Así como Wolff, Edwards pensó. Él miró a través del escritorio al Invid, comenzando a cansarse del juego. ¿Sería este Tesla capaz de confirmar sus sospechas? Él se preguntó, tomando nota para tener a los recién llegados monitoreados todo el tiempo. “Ahora, ¿qué era lo que estaba diciendo?”

El simulagente se separó de las preocupaciones sobre las posibles consecuencias de encontrar a Tesla. “Yo –yo estaba a punto de hacerle una oferta, creo.”

Edwards esperó que continúe, luego rió. “Bien, continúe –pongamos las cartas sobre la mesa.”

El simulagente levantó una mano. “Tres planetas –a su elección. Libre acceso a todos los otros mundos que yo controlo –una asociación limitada– y por último, mi ayuda para realizar sus, sueños, podríamos decir.”

Edwards tocó su mandíbula. “A cambio del cerebro...”

“Y Tesla...”

“Y Tesla.”

“Y una cosa más.”

La ceja de Edwards se levantó.

“Quiero a Minmei.”

Wolff y compañía caminaron fuera del módulo y sobre la cubierta de la bahía de acoplamiento de la SDF-3 hacia el sonido de los aplausos –unos pocos, de todas maneras, de una sección dirigida por Emil Lang, Lord Exedore, y varios funcionarios del estado mayor. Y fue Lang quien apretó la mano y la muñeca de Wolff, como si él nunca hubiese estado tan contento de ver a alguien. Detrás de él, Janice estaba recibiendo el mismo tratamiento; Sarna, Burak, y Tesla casi fueron ignorados.

“¿Qué rayos está sucediendo?” Wolff preguntó al científico enseguida. “¡Ustedes tienen a la mitad de la flota Invid allí afuera!”

“Hay mucho que discutir,” Lang gritó y los oficiales se empujaron unos a otros para acercarse. “Pero dígame –los otros– Rick y Lisa–”

“Están vivos,” Wolff retornó, abriéndose paso por la multitud. “Pero no lo estarán por mucho más si no enviamos una nave de rescate a Praxis.”

Lang frunció el entrecejo. “Bien, tenemos que ocuparnos de eso.”

“¿A qué se refiere con, ‘ocuparnos de eso’?” Wolff señaló con un ademán hacia el módulo. “No teníamos suficiente combustible para transposicionarnos de regreso, pero Praxis–”

“Las cosas han cambiado,” Lang le dijo, lo bastante alto para ser oído. “Tenemos que hablar.”

Wolff sintió que algo ácido lo lavaba. Todo ese tiempo él había estado respondiendo las preguntas de Lang, sus ojos habían estado recorriendo la bodega, buscando algún signo de Minmei. Ahora, después de ver cien naves Invid ancladas en el espacio de Fantoma, y con los cuchicheos portentosos de Lang en su oído, él la encontró, y la vista sólo sirvió para redoblar su temor. Ella estaba parada al lado de Edwards, entre ese grupo insensible, ofreciéndole una sonrisa débil y patética.

“Venga, Coronel,” Lang estaba diciendo, una mano en el codo de Wolff, “debemos apresurarnos.”

Wolff se apartó y levantó su cuello para atrapar otra vista de Minmei; pero el contingente de Edwards ya estaba dejando la bahía, y ella estaba perdida en la multitud.

“Escuche, Lang, necesito un minuto,” Wolff dijo, en puntillas de pie ahora.

Lang se dio vuelta para seguir la mirada de Wolff, entonces lo agarró más firmemente, más urgentemente. “El consejo está listo para oírlo. Todo depende de esto.”

“Mire, yo sólo quería–”

“Lo sé. Lo comprendo,” Lang agregó después de un momento. “Pero las cosas han cambiado, hombre. ¿No me está escuchando? Piense en sus amigos.”

Wolff comenzó a decir algo imprudente, pero se contuvo, alisando hacia atrás su cabello en un gesto de agotamiento. “Lo siento, Lang.” Él se dio vuelta e indicó con un gesto a Janice y a Sarna que se adelantasen, luego señaló a Burak y a Tesla. “Quiero a estos dos en el calabozo.” Periféricamente, Wolff atrapó la mirada de Lang. “Se lo explicaré,” él le dijo.

Cuando todos empezaron a irse, Lang mencionó que el Regente había venido a Tirol por su propia voluntad; que él estaba en realidad en la fortaleza en ese mismo momento.

Wolff hizo un sonido de sorpresa –pero ni la mitad del que Tesla pronunció al oír por casualidad la declaración. Wolff estaba demasiado absorto en las observaciones subsecuentes de Lang para oírlo, sin embargo; pero si él se hubiera dado vuelta, habría visto la mirada de casi arrobamiento en el rostro afluido del Invid.

El Consejo Plenipotenciario se convocó en sesión extraordinaria para escuchar el reporte del Coronel Wolff y oír sus solicitudes. Porque ambos, Janice y Sarna, eran “civiles” según los principios del consejo, Wolff tuvo que enfrentar a los doce solo. La sesión tuvo lugar en los despachos privados del consejo a bordo de la fortaleza, con los usuales secretarios y oficiales de turno. Representando a la RDF estaban los Generales Reinhardt y Edwards. Wolff aún tenía que informarse de la relación de Edwards con Minmei, pero él aborrecía al hombre no obstante. Lang había instruido a Wolff antes de que la sesión se reuniera para encontrarse con él más tarde en la

habitación del científico. “No importa el resultado,” Lang había dicho. Y esas palabras se repetían ahora cuando Wolff estaba de pie ante el consejo recapitulando los eventos de los pasados cuatro meses.

“...Pero parece que las Praxianas abandonaron su mundo por una buena razón,” Wolff estaba concluyendo poco tiempo después. “Praxis es inestable. El Almirante Hunter—”

“Le advierto Sr. Wolff de usar cualquier tratamiento honorífico,” uno de los miembros del consejo dijo. “El consejo ya no los reconoce como miembros de la Fuerza de Defensa Robotech.”

“Algunos del consejo,” Niles Obstat objetó.

“La mayoría de nosotros.”

Wolff miró con severidad a la mujer. “¿Entonces por qué no están Janice y Sarna aquí, si todos somos civiles?”

“Sr. Wolff,” el Senador Longchamps interrumpió, “sólo estamos tratando de poner las cosas en orden para el registro. Usted y los Hunter, los Sterling, y los Grant se entiende que son una parte de la misión Expedicionaria. Los Sentinels extraterrestres son otro asunto. Y en cuanto a la Srta. Em, ella nunca ha estado afiliada a la RDF —o a la misión, en cuanto a eso, si es que no estoy siendo demasiado claro al respecto.”

Wolff reprimió un impulso explosivo de desgarrar la garganta del hombre. “Me disculpó con el consejo si parezco impaciente,” él continuó más calmo, “¡pero ello es que nuestros amigos están allí afuera, abandonados en un planeta que por lo que sé ahora es sólo un recuerdo! Todo lo que les estoy pidiendo es una nave con una tripulación mínima.”

“¿Para hacer qué, Sr. Wolff?” Thurgood Stinson preguntó. “Para rescatar a sus amigos, sin duda. ¿Y luego qué —continuar en su campaña, o regresar a Tirol?”

Wolff apretó sus labios. “No creo estar calificado para responder a eso, Senador.”

“Y no estamos seguros de que podamos prescindir de una nave en este momento, Sr. Wolff.”

Justine Huxley rompió el incómodo silencio. “Creo que estamos perdiendo el punto aquí.” Ella indicó con un gesto hacia Wolff. “Amigos, es el término que el coronel empleó. Les pido a todos que

pasemos por alto por un momento los eventos de los pasados cuatro meses, y recordemos nuestro primer encuentro con los Sentinels, especialmente los compromisos que fueron intercambiados entonces.”

Cuando los miembros del consejo expresaron entre gruñidos su acuerdo a sus maneras individuales, Wolff pilló a Exedore y a Lang enviando miradas esperanzadas en su dirección.

Luego Edwards se puso de pie para dirigirse a los doce.

“Yo debería ser el primero en admitir que los Sentinels son ambos, nuestros amigos y aliados,” él empezó, “pero hay una asunto importante aquí que está siendo descuidado –los Invid. La posición del Regente es muy clara: cualquier asistencia que prestemos será considerada un nuevo acto de guerra. Y él no hace distinción entre humanos y XTs en este asunto.”

El corazón de Wolff se fue a pique.

Edwards esperó a que la habitación quedara en silencio. “No pienso que sea necesario que le recuerde al consejo de la presencia de la flota Invid. No estoy diciendo que si ello llega a un combate con ellos no podremos salir victoriosos, pero los resultados de un combate en todo caso tendrán efectos desastrosos en nuestra meta a largo plazo –reparar nuestra nave y regresar a la Tierra. Estoy seguro que el General Reinhardt y el Almirante Forsythe concuerdan en este punto.”

De mala gana, Reinhardt inclinó su cabeza, desviando la mirada de Wolff. Edwards, sin embargo, estaba observando fijamente a Wolff.

“El momento no podría ser peor, Wolff. Lo siento. Tal vez si esperamos hasta que la tregua sea firmada –digamos, seis meses más o menos–”

“¡Ellos no tienen seis meses!” Wolff gritó. Él miró al consejo. “¡Una nave! Una maldita–”

“El consejo tomará estas cuestiones en consideración y emitirá su fallo en unos cuantos días, Sr. Wolff,” el senador metió un bocado, su cara enrojecida.

“Pero–”

“En unos cuantos días, Wolff.”

El martillo del senador bajó.

“¡El destino está obrando!” Tesla rugió jubilosamente. “¿Lo ves, Burak –acaso se te escapa cómo llegamos a estar aquí, cómo estábamos destinados a estar aquí?”

Burak torció su cara de diablo y señaló con un ademán a sus alrededores. “¿Aquí? ¿Destinados a estar aquí?”

Tesla hizo un gesto de rechazo. “En esta nave en este momento en particular,” él enfatizó. “Con el Regente lo bastante cerca para tocarlo.” Sus manos se doblaron alrededor de una garganta invisible.

Los dos conspiradores estaban confinados en el área de reclusión de la fortaleza, enfrentados uno al otro en celdas separadas enrejadas con rayos láser. Burak estaba con cara de malhumor, situado en el borde de una litera de estructura de aluminio estudiando sus manos, mientras que al otro lado del pasillo Tesla se paseaba de un lado a otro.

“Debemos encontrar la manera de salir de aquí,” el Invid dijo, deteniéndose. “Debo... hablar con él, convencerlo–” Él giró rápidamente para mirar de frente a Burak. “Tú no piensas que ellos mantendrán mi presencia en secreto para él, ¿ó sí?”

Burak se encogió de hombros.

“No puedo correr el riego,” él murmuró, de nuevo en movimiento. “Burak, ¿aún deseas ver a tu planeta libre de su maldición?”

“Sabes que sí, Tesla. ¿Pero cómo puedo ayudarte ahora? Ellos hasta han sacado tus frutos de mi cuidado.”

“No importan los frutos.” Tesla cautamente empujó su mano dentro del campo de láseres, y se sobresaltó por la quemadura resultante. “Sólo has lo que te pido cuando llegue el momento. No hemos llegado hasta aquí para ser estafados de nuestra victoria.”

Traición de una clase diferente tenía a Minmei en lágrimas en la habitación de Edwards. El general estaba en la cama, su espalda

contra la cabecera, las manos agarradas detrás de su cabeza. Minmei estaba al alcance de la mano en una silla al lado de la cama, pero en otro sentido distante. Él la había encontrado esperándolo a su regreso de la cámara del consejo, todavía desordenada por su vuelo impulsivo a la fortaleza, sus ojos de bordes rojos e hinchados. Él no necesitó preguntar; así que en cambio, él se había preparado un trago, dejó caer sus botas sacudiendo sus pies, y se colocó en la cama mientras ella lloraba.

“Él está vivo,” Edwards dijo ahora, estirándose para alcanzar el trago. “¿No es eso lo que cuenta?”

Ella levantó su cara de sus manos para mirarlo con fijeza. “Ése es el problema.”

“Oh, tú deseas que él hubiera muerto.”

Minmei sollozó y sacudió su cabeza. “Bastardo,” ella le dijo.

Edwards rió burlonamente y bebió un largo trago del vaso, determinado a no entregárselo a ella. “¿Qué quieres de mí, Minmei?”

Ella enjugó sus ojos y lo miró con ira. “¿Es demasiado esperar algo de apoyo?”

“Tú no necesitas mi apoyo. Te sientes culpable porque Wolff fue lo bastante estúpido para pensar que tú te sentarías a esperar y suspirar por él. Y supongo que yo ya no cuento –yo sólo fui un hombro sobre el cual llorar.”

“Detente, T.R. –por favor.” Minmei se arrodilló al lado de la cama, descansando su mejilla en el muslo de él. “¿Qué le voy a decir a él?”

Edwards hizo un sonido áspero y se apartó de ella abruptamente. Él se levantó del lado opuesto de la cama y caminó hacia el centro de la habitación, volviéndose hacia ella. “No tengo tiempo para este tipo de disparate. Dile lo que quieras. Sólo deja de gimotear sobre ello.”

Él mantuvo su espalda hacia ella mientras refrescaba su trago; pero la pudo oír poniéndose sus zapatos y caminar hacia la puerta. “Y dile que le digo ‘Hola,’” él alcanzó a decir antes de que la puerta se cerrara.

La mano de él estaba temblando cuando bajó el segundo trago; él estaba a punto de dirigirse hacia la ducha cuando el tono de su

comunicador sonó. Era el Mayor Benson.

“Una conversación interesante abajo en la prisión,” el ayudante de Edwards reportó. “Parece que no hay agrado entre Tesla y el Regente. Él está bastante ansioso de hablar con su comandante en jefe, pero me suena como que él tiene asesinato en su mente.”

La cabeza de Edwards fue hacia atrás en sorpresa. “Un suceso inesperado.”

“Él tiene algún tipo de acuerdo en marcha con ese otro alienígena. No le puedo encontrar mucho sentido. Algún tipo de pago de deuda después de que Tesla se erija como el número uno.”

Mientras Benson continuaba para completar con detalles escasos, Edwards concluyó que un asesinato podría resultar un evento ventajoso. Él no creía que la flota Invid iría a las armas por la muerte de un impostor –había simplemente demasiado en juego– y permitiendo el asesinato, Edwards estaría enviando un mensaje claro al Regente real. Más que eso, Edwards podía hacer caer la culpa por un fracaso diplomático completo en Wolff, y por extensión, al resto de los Sentinels.

“¿Algo más de otras habitaciones?” Él oyó a Benson reír brevemente.

“Le encantará esto. Creo que Lang va a ofrecer a Wolff la SDF-7. Por supuesto que Wolff tendría que hacerlo parecer como que él robó la cosa...”

Edwards meditó sobre ello. Un asesinato, el hurto de una nave, un escape... y la aprobación del consejo para capturar a los asesinos –una oportunidad para terminar el trabajo que el Invid había empezado.

Edwards sonrió al intercomunicador. “Lo llamaré más tarde,” él dijo a Benson.

Capítulo 6

En algún lugar a lo largo de la línea, todos parecieron perder de vista el hecho de que el amor había ganado la Primer Guerra Robotech. Ahora reducido a conteo de naves y cuerpos; ya no era una lucha por la supervivencia sino una guerra por la supremacía, un juego salvaje.

Selig Kahler, La Campaña Tiroliana

El amor es un campo de batalla.

Letra de una canción de fines del siglo XX

“Malas noticias, Coronel,” el Dr. Lang dijo a Wolff dos horas después de que el consejo había terminado la sesión.

Ellos estaban en la habitación de Lang ahora, junto con Exedore, Janice, y el XT, Sarna. Wolff había pasado el tiempo intermedio recorriendo los pasillos de la fortaleza como un padre que espera por su bebe. Él había tratado de localizar a Minmei, pero nadie parecía saber a dónde había ido después de dejar la bahía de acoplamiento con Edwards y sus oficiales.

“El consejo va a fallar en contra tuya,” Lang continuó, pasando tragos a todos excepto Sarna. “Huxley y Obstat están de nuestro lado, posiblemente el voto de Stinson, y Reinhardt cuentan para algo, pero no tenemos suficiente para ganarnos al resto.”

Wolff frunció el entrecejo y sorbió de su copa. “¿Saben lo que es gracioso? De un modo loco puedo ver su punto. Ustedes nos ayudan, y adiós cualquier esperanza de una tregua.”

“Está en lo correcto, Coronel,” Exedore afirmó. “El destino de los

Sentinels era ser nuestros aliados, pero en cambio se han convertido en nuestra responsabilidad. Y como ustedes mismos comprenden, la seguridad de la Tierra sigue siendo la preocupación primaria del consejo. Una guerra extensa con el Invid sólo disminuirá nuestras oportunidades de interceptar a los Maestros Robotech.”

Wolff intercambió miradas con Sarna y Janice; ambas mujeres parecían curiosamente apartadas de la escena, casi como si sirviesen a una causa mayor y desconocida. “Miren,” él dijo, bajando su bebida en un gesto de finalidad, “ahora que todos comprendemos los ángulos diplomáticos de esta cosa, ¿cómo diablos vamos a ayudarles?” Él dijo algo estúpido y problemático. “¿Ustedes creen que yo puedo sentarme aquí, sabiendo por lo que ellos están pasando? Ellos están varados allí afuera.”

“Tal vez haya una manera,” Lang dijo después de un breve silencio. Él sacudió su cabeza de un lado a otro. “Podría tener consecuencias desastrosas, Coronel, desastrosas. Y usted tendrá que prepararse para penurias de un orden enteramente nuevo...”

Prisión, Wolff pensó. Como un apaciguamiento al Regente después del rescate. ¿Lo aceptaría Rick, él se preguntó, u optarían por morir en la degradada Praxis? “Una nave,” Lang estaba diciendo cuando Wolff levantó la vista –¡una nave! Él trató de seguir los movimientos nerviosos del doctor cuando continuó para explicar.

“Es una de nuestros prototipos –no grande, y no especialmente bien armada. Pero es capaz de operaciones locales de transposición, Wolff, y hay una tripulación mínima aguardando –voluntarios, cada uno de ellos leal a los almirantes.”

La boca de Wolff quedó abierta; hasta Janice y Sarna quedaron aturridas por la revelación del doctor. “¿Pero cuándo podríamos tenerla?” él preguntó.

Exedore giró hacia él. “En primer lugar, Coronel, se requerirá que usted la robe.”

Precisamente entonces el timbre de la puerta de la habitación de Lang sonó. Lang miró a su alrededor inquietamente, luego se levantó para responder. Un momento más tarde, él estaba mostrando a Lynn-Minmei en el medio de todos.

“Janice,” Minmei dijo, acercándose a su ex socia.

Janice evadió el abrazo de Minmei, e inclinó la cabeza indiferentemente.

“Lynn.”

La cantante comenzó a mirar alrededor de la habitación. Lang aclaró su garganta significativa. “Creo que debemos dar a Minmei y al coronel algo de intimidad,” él dijo, ya escoltando a Exedore, Janice, y Sarna fuera de la habitación.

Cuando la puerta se cerró un momento más tarde, fue Minmei quien esquivó el abrazo de Jonathan. “¿Lynn, qué ocurre?” él dijo, quedándose parado allí con sus brazos abiertos.

Ella manoseó torpemente el dobladillo de su chaqueta y forzó una sonrisa. “Coronel, no puedo decirle cuán conten-”

“¿’Coronel’? Lynn, dime qué está sucediendo. Te vi con el General Edwards esta mañana y ahora me estás llamando coronel después de que no te he visto en seis meses...” Él trató de abrazarla otra vez, pero ella diestramente tomó la mano de él entre la suyas y lo llevó hacia el sofá.

“Jonathan,” ella comenzó con vacilación, “Sé que esperas que retomemos en donde nos quedamos, pero las cosas han cambiado.”

“Por lo que sigo escuchando.”

Wolff estuvo repentinamente a la defensiva, y ella notó su tono. “Tienes que recordar, sólo estuvimos unos cuantos días juntos. Y hasta ayer pensaba...”

“Tú pensabas que yo estaba muerto.”

Minmei inclinó la cabeza. “Yo no sabía qué hacer. Estaba prácticamente loca por la pena y la ira.” Ella encontró la mirada de él y la sostuvo. “Te odiaba, Jonathan –te odiaba por haberme dejado, te odiaba por... tantas cosas.”

Wolff consideró sus palabras, luego sonrió en una comprensión repentina. “Y tú encontraste a alguien para llenar todas esas horas solitarias.”

Los ojos de Minmei destellaron. “¿Por qué no me dijiste que estabas casado?”

Wolff trató de abstenerse de registrar sorpresa en su rostro. “Estamos separados,” él dijo. “Además, eso nunca surgió. Iba a decírtelo. Es sólo que todas las cosas se volvieron confusas.”

“Échale la culpa al Invid,” Minmei dijo, casi rompiendo en una

sonrisa. La frase se hacía convertido en algo como una excusa adquirida en Tiresia. Wolff estaba sonrojado. “Escucha,” ella le dijo, “Ya no estoy enojada. Sólo estoy... contenta de que todos ustedes estén vivos. ¿Cómo están Rick y Lisa? Y Max–”

“¿Así que cuándo comenzaste a ver a Edwards?”

Minmei se puso de pie y se alejó del sofá, retorciendo sus manos. “Ya te lo dije: tú no estabas allí para mí, Jonathan. Necesitaba a alguien a quien recurrir.”

“¡Y escogiste a Edwards!” Wolff sacudió su cabeza en sorpresa. “¿No te das cuenta de que él está en contra de todo lo que representamos? Él sólo se sirve a sí mismo, es un maniático egotista.”

“¡No te dejaré que hables así de él!” Minmei dijo airadamente. “Él me trató con bondad y respeto, y lo que es más, él es el único interesado en hacer la paz con el Invid y poner un alto a toda esta locura. ¡No como tú y el resto de éstos... Sentinels, viajando apresuradamente por el espacio agitando las cosas, no importándoles un demonio lo que ocurre aquí!”

Wolff estaba demasiado pasmado para responder. Edwards, él pensó, era como una astilla tóxica, contaminando todo lo que tocaba. Minmei tenía sus brazos cruzados por su pecho, como si ella estuviese tratando de mantenerse unida; su pie estaba golpeteando el piso. Wolff se extendió para alcanzar su bebida y vació el vaso.

“Bueno, supongo que no hay nada más que decir, ¿no es así?”

Los labios de ella eran una línea delgada, estaban temblando; entonces de repente ella pareció relajarse. “Quiero que seamos amigos, Jonathan. He abierto una especie de cantina en Tiresia, y me gustaría que la vieras. ¿Puedes prometer hacer una visita?”

Él la contempló como uno lo haría con un recuerdo, reflexionando sobre su actuación, la escena que ambos acababan de terminar. “Seguro,” él le dijo ausente, “Haré una visita.”

“Hay mucho que serás capaz de hacer aquí –todo tipo de cosas. Ya verás.” Minmei parecía excitada, como si ella hubiese ganado un caso en la corte o algo por el estilo. Ella le sonrió a él desde la puerta. “¿Te veo luego, está bien?”

Wolff forzó una sonrisa y levantó su vaso vacío hacia ella. “Por la amistad,” él ofreció.

Ella le arrojó un guiño y se marchó.
Aplauso, Wolff se dijo para sus adentros.

Mientras Wolff y Minmei estaban teniendo su intimidad y Exedore y Sarna estaban en alguna parte discutiendo la curiosa historia de Haydon IV, Lang llevó su creación de IA a su oficina y vació la memoria de Janice en uno de los bancos de datos del laboratorio. Él exploró las grabaciones del androide, brevemente revisó los eventos de las campañas Karbarriana y Praxiana, pero enfocándose en las evaluaciones y seguimientos de Janice del personal de los Sentinels. Allí había datos sobre Veidt y Sarna, los seres de Haydon IV, que justificaban análisis adicionales, y algunas anomalías concernientes al Tiresiano Rem; pero por el momento las preocupaciones principales de Lang eran Burak y Tesla. Él había hallado las bio lecturas del Invid desconcertantes, muy diferentes de aquellas de los así llamados científicos, y ¡superiores en ciertos respetos al propio Regente! Además, los datos proveídos sugerían que Tesla estaba en busca de no menos que el trono del Regente. Y aparentemente el Perytoniano, Burak, había estado auxiliándolo de un modo no especificado. Lang se recordó de alertar a Wolff de estas cuestiones.

Minmei se había ido para cuando Lang y los otros regresaron a la habitación del científico, y Wolff lucía malhumorado, justo como Lang había previsto. Allí había una botella de brandy casi vacía en la mesa ratona delante del sofá.

“Quiero hablar sobre esa nave, Lang,” el coronel dijo sin preámbulo. “¿Cuándo la podemos conseguir? –robarla, quiero decir.”

“Cuanto antes mejor.”

Wolff entrecerró sus ojos. “¿Qué significará para la cumbre?”

Lang dejó salir su aliento e intercambió miradas con Exedore. Si

Wolff no quería mencionar a Minmei, estaba bien para él.

“Ya hemos discutido posibles argumentos con Reinhardt y Forsythe. Podría atrasar las cosas un poco, por supuesto, pero mientras podamos hacer creer al Regente de que actuaste por tu cuenta, no creo que estaremos arriesgando la tregua.”

Exedore concordó. “Además, pensamos que es mejor si llevas a Janice, Sarna, y Burak contigo. Es imposible decir lo que se podría esperar del Regente al modo de represalias por nuestro... descuido.”

“No lo permitiríamos de otro modo,” Janice hizo oír su voz, aparentemente ignorante de las brechas en su pasado reciente.

“¿Qué hay de Tesla?” Sarna pensó preguntar.

Lang acarició su barbilla. “Nos hemos estado preguntando sobre eso. Él podría representar un tanto bien venido en nuestra mesa de negociación. Pero como yo lo entiendo, esa ha sido su función primaria desde el principio.”

Wolff bufó. “No estoy diciendo que no podamos tener éxito sin él, pero él nos ha sido útil.”

“No si el Regente comienza a considerarlo como un traidor,” Exedore tuvo a bien señalar.

Lang pensó sobre los datos que él había ocultado, y las ambiciones de Tesla. “Llévenselo,” él decidió finalmente. “Pienso que él continuará sirviéndoles. De hecho, por lo que Janice me dijo del motín, nuestro Tesla parece tener sus intereses puestos en el liderazgo de los Invid. Debes ser capaz de alentar eso un poco, Wolff.”

Wolff puso sus manos violentamente sobre sus muslos y se puso de pie. “¿Qué estamos esperando? ¿Qué hay sobre las armas y un transbordador para alcanzar la nave?”

“Todo eso ha sido arreglado,” Exedore le dijo.

“¿Qué ocurrirá si Edwards decide perseguirnos?”

“De algún modo pienso que no lo hará,” Lang especuló. “Pero serán cazados. Tendrán que dejar Praxis y permanecer incomunicados por un tiempo.”

Repentinamente Wolff comenzó a sentir la inmensidad de todo ello. “¿Puede sacar a Burak y a Tesla fuera de la prisión sin levantar sospecha?”

“Creo que sí,” Lang le respondió desde el comunicador.

Wolff lo oyó decir a los guardias en el área de confinamiento que trajeran a los dos XTs al laboratorio para examinarlos. Luego vio la cara de Lang palidecer.

“¿Qué es?”

“Ellos ya han sido liberados,” Lang dijo. “Al pedido del Coronel Wolff.”

En otra parte en la fortaleza, Burak y Tesla se estaban moviendo cautamente a lo largo de un pasillo vacío, acercándose a un área que había sido designada para el Regente y su comitiva. Sólo minutos antes, ellos habían subyugado a sus escoltas armados; había resultado un asunto tan simple como lo había sido extraer información por engaño concerniente a la localización de la habitación de huésped del Regente. Tesla estaba susurrando alabanzas auto congratatorias para sus adentros ahora, mientras Burak permanecía en la sombra más grande del ser, con miedo de ser descubierto por personal humano.

“¿De qué estás tiritando?” Tesla dijo, cambiando de dirección, arrojado y molesto. Él indicó con un gesto ampliamente hacia el pasillo. “El destino ha despejado un camino para nosotros.”

Burak tuvo que admitir que ese parecía ser el caso. Ellos no habían visto a nadie desde que dejaron la prisión; de hecho, era casi como si alguien estuviese corriendo delante de ellos, limpiando el lugar. Pero de lo que Tesla no se dio cuenta fue que Burak estaba tan asustado del destino como lo estaba de cualquier otra cosa. Era el destino el que mantenía a su planeta encerrado en el pasado recurrente; el destino que lo había metido en este embrollo en primer lugar...

“Puedo sentir su presencia,” Tesla anunció, deteniéndose bruscamente. Burak se tropezó de cara con él y dio un paso hacia atrás. Tesla parecía estar haciéndose más grande al acercarse a su presa. “Pronto, mi amigo, pronto.”

Burak comenzó a darse cuenta de que el Invid tenía algo más en su mente que hablar, y no quería ser parte de un asesinato. Él dijo a

Tesla cuando se acercaban a una intersección a medio camino por el pasillo. “Yo –yo te esperaré aquí –tú sabes, pa-para vigilar.”

Tesla miró hacia abajo hacia él. “Bien. Has eso,” él dijo despectivamente, y se alejó por el pasillo perpendicular.

A una distancia corta de la intersección Tesla se encontró con la primera línea de guardias Invid. Al reconocer al científico principal del Regente, ellos inmediatamente hicieron una genuflexión y ofrecieron su saludo. Luego cuatro de los soldados de élite del Regente se presentaron para escoltar a Tesla dentro del despacho privado del Regente.

“¡Tesla!” el simulagente jadeó, dejando caer una haldada de frutos al piso cuando él se puso de pie. “¿Te han liberado?” Su hocico se levantó en una aproximación a una risa. “¡Sabía que yo podía hacerlo!”

Tesla observó el gesto con indiferencia, demasiado sorprendido en el momento para darse cuenta de con quién y con qué estaba tratando.

“Tengo cosas que discutir con usted, Majestad,” él dijo, dando un paso amenazante hacia delante.

“¡Sí, estoy seguro de que las tienes! Tesla, Estoy contento de verte.”

“Lo veremos,” Tesla le dijo. “Pero tal vez usted deba reservar su opinión hasta que me haya oído.”

La ceja alargada del simulagente se frunció. Había algo en el tono de Tesla... Sus ojos negros comenzaron a recorrer la habitación. Los guardias, él recordó, e hizo un movimiento hacia la puerta.

“Ni siquiera lo piense,” Tesla dijo, caminando en su trayectoria. Él extendió con fuerza un dedo poderoso en el pecho del simulagente y levantó su otra mano para una inspección. “Cinco dedos, Regente. ¡Cinco! Hubo un tiempo cuando su esposa tenía cinco dedos. ¿No le dice eso algo sobre mí?”

Por el empujón de Tesla, el Regente cayó hacia atrás sobre una mesa que de algún modo logró soportar su masa. “¡Tesla, estás loco! ¿Qué tratas de hacer?”

“¿Loco? ¡En lo absoluto estoy loco, Su Alteza! He estado ingiriendo los frutos de los otros mundos, mientras usted ha estado

jugando estúpidos juegos de guerra con estos humanos. Y como resultado se ha abierto mi ojo interior hacia las realidades sobresalientes, mientras usted ha puesto su mirada en conquistas sin sentido. He estado evolucionando, mientras que usted se ha hundido hasta el cuello de vuelta en el légamo que nos dio nacimiento. Los frutos estaban destinados a usted, pero es Tesla quien ha cosechado sus místicos beneficios. Usted acostumbraba ridiculizar mis exploraciones de tales cosas, pero obsérveme ahora: Estoy vivo, Regente,” Tesla entonó, levantando sus brazos sobre su cabeza, “¡y usted morirá a menos que abdique por mí!”

El simulagente abrió su boca para pedir socorro, pero nada emergió.

“¡Arrodílese ante mí!” Tesla demandó, gesticulando hacia el piso.

Paralizado por el miedo, el simulagente engulló y dijo. “Tesla, escúchame: tú no entiendes. Yo—”

“¡Arrodílese ante mí!”

“Yo—”

Tesla asió al falso Regente por la cabeza y lo hizo arrodillarse. “Gobernaré en su lugar. Lideraré a nuestra raza desde este momento en adelante. ¿Está usted de acuerdo?”

“Tesla,” el simulagente suplicó. “No puedo estar de acuerdo—”

“¡Tonto! ¡Me forzaré a matarlo!” Sus manos estaban apretadas alrededor del grueso cuello del simulagente ahora.

“—”

“¡Abdique!”

“—”

“¡Ríndase a mí!”

“—”

Las manos de cuatro dedos del simulagente separaron desesperadamente las de Tesla, pero no pudo oponerse al vigor descomunal que las había provisto. Los pulgares poderosos de Tesla encontraron lugares blandos y vulnerables cuando él continuó exprimiendo la vida de su presunto enemigo. Los ojos negros abultados y un horrible estertor agónico comenzó a emerger de la garganta quebrada del simulagente. Luego había terminado.

Él retiró sus manos y retrocedió, como si despertando de una

experiencia sonámbula. El cuerpo del Regente estaba tendido en el piso debajo de él, ya drenado de los colores vernales de vida. Este ser, que había sido como un padre para él... Y repentinamente Tesla conoció un temor que le retorció violentamente las tripas –un miedo suficientemente intenso para sumir toda la ira y el odio y los impulsos maníacos que él había dejado salir sólo un momento antes. Él se volvió hacia la puerta, agachado en una inclinación hacia delante de un fugitivo, fluidos corriendo salvajemente dentro de él. ¡Él se había engañado! ¡Él no podía tomar el lugar del Regente! La Regis lo asesinaría para su traición. Él sería involucionado a la forma de vida más inferior, un mero troglodita, desterrado de su propia raza. ¿Y qué haría ahora?...

Él recordó a los Sentinels. Seguramente Wolff regresaría a Praxis, él pensó. Él persuadiría a Wolff y a los otros para que lo llevaran con ellos, permanecería con ellos hasta que todo esto pasase. La Regis podría gobernar durante un tiempo, pero tarde o temprano él asumiría su legítimo lugar y gobernaría al lado de ella –¡los Sentinels lo alentarían a hacerlo así!

Tesla echó un vistazo final al cuerpo. Él comenzó a tranquilizarse para los guardias, entonces se dio cuenta que tal charada no era necesaria. Con el Regente muerto, ellos eran poco más que dispositivos estúpidos; era posible que ellos ni siquiera recordarían la visita de Tesla.

Con estas cosas en mente, él abrió la puerta.

Lang, Wolff, y los otros se habían separado para registrar la fortaleza en busca de Burak y Tesla, después de convenir en un tiempo para reunirse en la bahía de lanzamiento del transbordador. Con una tripulación totalmente humana a bordo –a excepción del Regente y su comitiva– no había muchas esperanzas de que los XTs escapasen a la detección; pero uno nunca sabía qué esperar de Tesla. No había tiempo para investigar la orden de liberación que los había liberado, tampoco, pero Lang prometió investigar el asunto luego.

Fue Exedore quien descubrió a Burak acechando en uno de los pasillos cerca del sector Invid designado de la nave. Se le ocurrió a él que la fortaleza parecía inusualmente desierta, pero apenas lo pensó dos veces. Él estaba explicando la necesidad de la urgencia al Perytoniano cuando Tesla apareció apresuradamente, luciendo como si acabase de ver el rostro del creador.

“¿Dónde ha estado?” Exedore dijo, cara a cara con el altísimo Invid.

Tesla comenzó a tartamudear una respuesta, entonces hizo memoria y dijo, “No tengo que responderle a un clon Zentraedi.”

Exedore se encrespó por el comentario, pero decidió en contra de trabarse en lo que sería una discusión inútil. En cambio, él sacó un arma de mano, informó a los dos de los planes de partida de Wolff, y los llevó deprisa a la bodega. Wolff, Janice, y Sarna ya estaban allí, ansiosos de ponerse en marcha. Los guardias –algunos de los cuales eran parte del plan– ya habían sido despachados, así que era seguro por el momento para ambos, Lang y Exedore, estar presentes.

“Supongo que esto es un adiós por algún tiempo,” Wolff estaba diciendo mientras Sarna y una Janice armada escoltaban a Burak y a Tesla a bordo. “No sé qué decir, Lang.”

“Sólo ruegue que no estemos demasiado retrasados,” Lang dijo serenamente. Él ofreció a Wolff su mano. “Buen viaje, Coronel.”

Wolff dio un paso hacia atrás y saludó a Lang y a Exedore, dio una última mirada alrededor de la bahía, y se apresuró a subir la rampa.

Lang dijo, “¿Hemos hecho lo correcto, Exedore?”

“Hacemos lo que podemos,” el Zentraedi le dijo.

Ellos no esperaron allí para mirar el lanzamiento.

“Están en camino, General,” el Coronel Adams reportó a Edwards poco tiempo después. “¿Sus órdenes?”

“Sus hombres han de dar persecución, pero dígales que tengan a raya su entusiasmo. Sólo asegúrense de que luzca bien, y estén

seguros de que la nave sea permitida transposicionarse. No quiero ningún descuido ahora.”

“Entendido, señor,” Adams dijo, y cortó la comunicación.

Edwards se postró en su cama, cansado por la monta de la coreografía que el plan había ocasionado. Liberar a los alienígenas, proveerlos de lo que necesitan saber, mantener los pasillos despejados, instruir a los guardias en la prisión y en la bahía del transbordador cómo comportarse... Fue más de lo que la mayoría de los hombres habrían podido manejar. Pero entonces de nuevo, Edwards se recordó, él no era como la mayoría de los hombres.

Y tan lejos las cosas habían ido sin una arruga; la impostor Invid estaba seguramente muerto, y Wolff era un criminal. El consejo no podía sino ver las cosas al modo de él de ahora en adelante, y la amenaza de una guerra acelerada con el Invid daría por resultado la construcción de la flota que él necesitaba para llevar a cabo su más importante plan: la conquista final de la Tierra.

Capítulo 7

El rescate del cristalito Spherisiano de Miriya Parino Sterling [sic] fue un acto de proeza meritorio de estar al lado del infame “cambio de estilo” que le había hecho merecer a su esposo tantos aplausos durante las etapas tempranas de la Primer Guerra Robotech.

LeRoy La Paz, Los Sentinels

“Quiero que alguien despeje las cuevas,” Rick dijo en el fonocaptor de su casco. “¡Luego nos marchamos de aquí!”

Bela se ofreció como voluntaria. Rick miró a su alrededor y la divisó abajo, saludándolo desde el área que la GMU había ocupado antes de que el plan desesperado de Cabell hubiera sido puesto en marcha. Rick apretó de nuevo con la barbilla el interruptor del casco y dijo a Bela que lo hiciera rápido. Él la vio a ella, a Kami, y a Learna escurrirse hacia la boca de la cueva y desaparecer dentro. Rick llamó a una pantalla en el visor del casco; entonces, satisfecho porque tenía suficiente oxígeno restante, trepó una pendiente empinada hacia el vehículo reubicado.

La atmósfera de Praxis se había recalentado y vuelto irrespirable, forzando a todos excepto a Veidt y a Teal a colocarse cascos y trajes de medio ambiente. Desde las tierras altas sobre las cavernas, donde la GMU estaba manteniendo su precaria posición en ángulo, Rick avistó hacia abajo el terreno arrugado. Erupciones de luz volcánica podían ser vistas a través del velo denso que se extendía desde las colinas por todo el camino hasta la base de un acantilado distante. Y fuera de esta tempestad llegaban dos solitarios Veritech, regresando de un vuelo de reconocimiento final. Rick sintonizó la frecuencia de comando, sólo para que le

confirmasen sus peores miedos: no se encontraba una región segura en ninguna parte del planeta.

Los Alphas pasaron como una exhalación por arriba, se reconfiguraron, y maniobraron para introducirse en las fauces abiertas de la bahía de artillería de la GMU. Los Hovertanks y los VTs del Skull ya estaban a bordo; sólo dos mecha permanecían en el exterior –los VTs que Rick y Max pilotearían una vez que Vince Grant diese la señal de partida.

Rick clavó sus puntas de los pies en el suelo y completó el ascenso, sin aliento cuando alcanzó el borde del sumidero que los Sentinels habían abierto con una explosión en el techo de la cueva. El extremo delantero de la GMU pendía sobre el borde, elevado ahora por los centenares de esferas que habían manado de la cueva después de que el sumidero había sido abierto. Fue la idea de Cabell, y los talentos peculiares de Veidt, los que hicieron que el plano resultase.

Como último recurso los Sentinels habían decidido agrandar el diámetro de los pasadizos internos de la cueva para acomodar a las enormes criaturas atascadas por la falta de una salida propia para su tamaño. De esa manera, Cabell razonó, ellos al menos podrían levantar unos cuantos Alphas más antes de que el planeta volase en añicos –por supuesto siempre que a las esferas se le pudiese hacer comprender que los Sentinels no estaban tratando de destruirlas, como lo estaban haciendo con esas monstruosidades semejantes a arañas. Y asumiendo por lo pronto que Wolff y Janice, o alguien, estaría viniendo a su rescate.

Rick no pudo recordar quién había señalado que algunas de las esferas más grandes todavía iban a enfrentar dificultades en alcanzar la entrada; pero fue Veidt quien propuso horadar una chimenea artificial a través del techo de la cueva. Adicionalmente, el Haydonita sostenía, que los Sentinels estaban derrochando su tiempo aerotransportando a los mecha individualmente, cuando el aprovisionamiento aumentado de seres esferas permitiría levantar a la GMU entera –si la base móvil pudiese ser situada de tal modo que las esferas pudieran meterse debajo. (Aún con sus neumáticos de treinta metros de diámetro, la cosa aún era demasiado baja para acomodar a las más grandes de las esferas.) Vince, Rick, Lisa, y

algunos de los otros habían determinado que la GMU podía mantenerse a sí misma en órbita por un tiempo limitado, gracias a las modificaciones que la oruga de tracción había sufrido durante su tarea con la Farrago. Ello significaría una existencia peligrosamente incómoda mientras Praxis se mantuviese unida; pero aún la ingravidez y la privación eran preferibles a la muerte a la que ellos estaban destinados a sufrir en la superficie.

Así que después de que Veidt había retransmitido los detalles del plan a las esferas (quienes estaban en sus palabras “agradecidas” y más que dispuestas a corresponder), y el poder de fuego había abierto el sumidero, la GMU fue reubicada en el borde de la apertura para atrapar a las criaturas cuando se elevaban y flotaban desde la cueva.

Ahora cuando Rick observaba el casi flotante vehículo, él decidió que era la vista más rara que él alguna vez había visto: la GMU parecía como si estuviese descansando encima de una montaña de burbujas que no explotaban. Veidt estaba revoloteando cerca dirigiendo el flujo. Y a pesar de la escala y del tamaño increíble de algunas de las esferas, el resultado final de la asociación de los Sentinels con las criaturas había convertido a la GMU casi como en un juego en apariencia.

Rick continuó observando con sorpresa como más y más esferas se unían al racimo. Las ruedas masivas de la GMU estaban enteramente levantadas de la tierra ahora, y Rick estaba previendo las palabras de Vince Grant aún antes de que ellos transmitiesen por los altavoces del casco.

“El viaje ha comenzado, Rick. Es mejor que eleves los Alphas.” el tono de Grant era uno de excitada incredulidad.

Rick giró a tiempo para ver a Veidt darle una señal de conocimiento con la cabeza, comunicando que él había “escuchado” el mensaje de Grant. Cuando el Haydonita empezó a partir con rumbo al Alpha de Max, elevándose un poco al revolotear a lo largo del borde del sumidero, Rick abrió con la barbilla la frecuencia de Bela.

“Un momento más,” la Praxiana le dijo. “Teal está con nosotros.”

“¿Qué está haciendo ella allí abajo?” Rick preguntó,

sorprendido. “Se suponía que todos deberían estar a bordo ahora.”

“Lo oirá de su propia boca,” Bela le dijo brevemente.

Rick entendió que tenía algo que ver con la muerte de Baldan, y cambió de idea acerca de insistir en detalles. “Correcto,” él dijo. “Dígale a Kami y a Learna que ellos viajarán con Max y Veidt. Usted y Teal subirán conmigo.”

Bela confirmó, y Rick se apresuró hacia el Alpha en modo Guardián, el cual estaba posado al filo de la montaña de burbujas de la GMU como un ave de presa diminuta. Él se arrojó dentro de la cabina y trajo a los motores del mecha a la vida. Cerca de él la montaña estaba ascendiendo, mientras que Praxis continuaba gruñendo sus ominosos adioses.

En el espacio de Fantoma, entretanto, el transbordador robado que llevaba a Wolff y compañía desde la SDF-3 se estaba acercando rápidamente al acorazado anclado que Lang había sido hábil en adquirir.

“Nos están advirtiéndolo para virar y regresar a la fortaleza,” Janice dijo a Wolff desde la silla de comando. “Los escáneres muestran dos naves de escaramuza siguiéndonos.”

Wolff se inclinó hacia delante para estudiar un monitor, estirándose en contra de los arneses de la silla. En otra parte en la pequeña cabina de comando, Sarna y Burak estaban similarmente atados. Demasiado grande para cualquiera de los dos cubiles de aceleración del transbordador, Tesla estaba en el compartimento de carga, esposado pero flotando libremente.

“¿Alguna noticia del crucero?” Wolff preguntó con una voz determinada.

“Negativo. No están respondiendo al puente de la SDF-3.”

“Bien. Ahora si sólo pudiéramos llegar allí a tiempo...”

Un sonido estridente comenzó a aullar por los altavoces externos de la estación de mando, y Janice giró hacia una consola adyacente. “Estamos siendo fijados como objetivo.”

“Ignórelo,” Wolff dijo bruscamente. “El primero será un disparo

de advertencia. Con un poco de suerte estaremos demasiado cerca del crucero para que ellos arriesguen un segundo disparo.”

“Sujétense...” Janice advirtió, y una fracción de segundo más tarde un rayo de luz furiosa flasheó dentro de la cabina a través de los puertos de observación delanteros. Un segundo estallido siguió, chamuscando el radomo del transbordador. Displays y monitores centellearon apagándose, luego revivieron.

Wolff mostró a los otros una sonrisa pícara. “Ahora no podemos responderles aunque quisiésemos.”

“La bahía de acoplamiento del crucero se está abriendo. El puente se está enlazando con nuestro sistema de guía. La SDF-3 cree que ellos están tomando parte en nuestra captura.”

“Déjenlos llevarnos adentro,” Wolff ordenó. Él giró su cabeza para dar un vistazo final a la SDF-3, reprimiendo un deseo de ver a la fortaleza agujereada y abandonada.

Janice se enderezó en su silla para obstruir la vista de él. “La fortaleza está repitiendo la advertencia. El Almirante Forsythe—”

“Al diablo con ellos,” Wolff ladró.

Cuatro miembros de la tripulación fueron dispuestos para recibir al transbordador en la bahía de acoplamiento. “Estamos adjuntos al comando del Mayor Carpenter,” uno de los jóvenes funcionarios explicó cuando Wolff salió. “Bienvenido a bordo, señor.”

Sarna revoloteaba al lado de Wolff; Janice fue la última en salir, manteniendo un ojo en Burak y Tesla.

Wolff aceptó las manos ofrecidas. “¿Carpenter, huh? Buen hombre. Lástima que no pueda estar con nosotros.”

“El Dr. Lang tiene otros planes para él, señor,” un alférez proporcionó.

“Así lo entiendo,” Wolff dijo. Luego, como si recordando: “Escuche, tenemos que hacer algo sobre esas armas—”

“Nos hemos hecho cargo de todo, señor. Pusimos unos cuantos disparos a través de su proa y ellos mostraron sus barrigas.”

Wolff regresó una débil sonrisa. “Usted sabe lo que eso significa, Capitán —usted está condenado.”

“Todos lo estamos. Ahora podemos actuar sobre ello.”

“Muy bien,” Wolff dijo, inclinando la cabeza, su sonrisa ensanchándose. “Pongámonos en marcha.”

Cuando dejaban la bahía, el alférez añadió, “El curso está fijado hacia Praxis.”

“¿Cuál es nuestro ETA?” Janice quiso saber.

“Dos días relativos.” El capitán vio su sorpresa. “Hemos hecho ciertos mejoramientos desde que ustedes se fueron.”

“Supongo que lo han hecho,” Wolff se entusiasmó. Y él comenzó a pensar sobre esos mejoramientos cuando el capitán lo apresuró hacia el puente. Carpenter era un alma afortunada, teniendo suerte al retornar a la Tierra. Wolff nunca habría creído que él podía ser envidioso de tal oportunidad, pero los eventos de las pasadas treinta y seis horas habían encontrado una gran cantidad de errores en su antiguo parecer. Las cosas han cambiado, él parecía oír a ambos, a Lang y a Minmei decir; y de hecho ellos lo hicieron. Él sería el próximo en retornar al espacio terrestre, él decidió. De una manera o de otra. Y por primera vez en un año él pensó en la familia que había dejado detrás, y en el amor que él trataría de volver a despertar.

Las esferas habían levantado a la GMU hasta una altura de casi treinta y dos kilómetros para cuando Rick y Max trajeron a sus Alphas a bordo. Debajo, oculto debajo de un turbulento y agitado manto de nubes, Praxis estaba fracturada más allá del reconocimiento, la materia fundida de su núcleo brotando a la superficie y consumiendo la frágil atmósfera y los océanos del planeta. Microclimas y tormentas ciclónicas se agregaban a la furia, desencadenando relámpagos cegadores y torrentes de lluvia negra, mientras que los volcanes respondían a los cielos con descargas atronadoras de su propia elaboración. Praxis bramaba y rugía como un animal torturado, traqueteando a la GMU con sus gritos clamorosos.

En el compartimento presurizado de artillería de la base, Rick y los otros comenzaron a preguntarse si lo lograrían después de todo. Veidt les había dicho que las esferas sólo podrían permanecer agrupadas por poco tiempo una vez que ellos alcanzasen el borde

exterior de la envoltante del planeta; pero con Praxis aparentemente entrando en su fase final, la base necesitaría estar a cientos de miles de kilómetros de distancia –a menos tan lejos como el satélite primario del planeta. Del modo en que Cabell lo veía, los Sentinels tenían un recurso: usar los VTs y Logans I que tuviesen la mayor cantidad de combustible para alcanzar el lado más lejano de la luna. Una cuenta preliminar de los mecha disponibles, sin embargo, ya había puesto de relieve la verdad cruel que la mitad de los Sentinels tendría que afrontar; y aún así, ¿qué habría logrado el resto excepto prolongar lo inevitable? ¿Iban ellos a juntarse en un vivac en la superficie helada de la luna, o simplemente vagabundear por los yermos como una multitud extraviada hasta que el poder y los sistemas de soporte de vida de los mechas fallasen?

En otra parte del compartimento, Gnea y Bela estaban preguntando a Teal por qué ella había regresado a la cueva. Ninguna de las Praxianas conocía mucho sobre Spheris o los comportamientos de sus formas de vida cristalinas, pero las mujeres supusieron que Teal habría estado muy contenta de haber permanecido en Praxis con su camarada muerto.

“Pero todos hemos sufrido pérdidas y penurias,” Bela le estaba diciendo, tratando de ser útil. “Recuerda cómo Lron y Crysta sufrieron cuando la Farrago encontró su final, y cómo Gnea y yo nos lamentamos por nuestra Hermandad. Ahora nuestro propio mundo...”

Lron, quien estaba al alcance del oído, hizo un gruñido de dolor. “La muerte es la costumbre de moda,” él murmuró del modo usual Karbarriano. “Nosotros no lloramos la pérdida de nuestros amigos; estamos resignados a tales cosas.”

“Yo no estoy llorando por Baldan,” Teal dijo, mirándolo a él y a Crysta. “Estoy enojada por el niño.”

“El niño muerto,” Gnea comenzó a decir.

“No está muerto,” Teal dijo ásperamente, poniéndose de pie y alejándose de ellos.

“¿Está vivo?” Bela dijo, agarrándola y haciéndola girar por el brazo. “¿Y tú lo abandonarás deliberadamente?”

“Déjala en paz, Bela,” Lron interrumpió. “Tú no sabes nada de sus costumbres.”

“Sé lo que significa dejar a un ser morir,” ella le respondió. “¿Por qué, Teal?” ella preguntó.

La Spherisiana la miró fija y fríamente. “Porque tendré que hacerme cargo del menor. Ésa es nuestra costumbre.”

Teal arrebató su brazo rápidamente y lo alejó y Bela echó hacia atrás sus anchos hombros. “Yo regresaré por el niño. Lo criaré, si tú no lo harás.”

Teal giró rápidamente hacia ella, apuntando una mano acusadamente. “¿Qué saben las Praxianas de maternidad? ¡Te lo prohíbo!”

Hasta Gnea había tenido dudas sobre la idea, y arriesgado un paso en el camino de Bela. “Piénsalo dos veces, Hermana. Además, es demasiado tarde –Halidarre descansa y nuestra Praxis está fuera de alcance.”

“Yo te llevaré,” una voz femenina se levantó desde el grupo de pilotos de mecha que se había agrupado alrededor. Miriya Sterling pasó lentamente a través del grupo, hasta que estuvo cara a cara con la amazona. “Yo te llevaré,” ella repitió.

“¿Una Praxiana y una Zentraedi compartiendo el mismo espacio pequeño?” Gnea se mofó. “Aún tal misión de misericordia–”

“No importa lo qué puedas pensar de mi,” la ex as Quadrono respondió, “Sé tanto sobre la santidad de la vida como cualquiera de ustedes. Inténtalo, Bela –por el bien del menor.” Ella empujó un casco en las manos de Bela.

Bela sostuvo la cosa por un momento, luego se lo puso, y corrió deprisa con Miriya hacia uno de los VTs de color rojo del Skull.

Rick ni siquiera consideró tratar de detenerlas –ni Bela o Miriya le habrían escuchado en todo caso. Él había notado cierta xenofobia latente emerger entre los Sentinels –algo de tensión había salido a relucir– y razonó que una misión de rescate podría proveer el punto de unión que todos necesitaban.

Bela y Miriya estaban ataviadas para cuando Rick se acercó para desearles suerte; y minutos más tarde el compartimento había sido despejado para el lanzamiento del VT. Miriya ingresó los datos del rumbo cuando el mecha cayó a lo largo del racimo de esferas sustancialmente reducido de la GMU y dentro de la noche oscura del alma del planeta.

Una vez pasado el recubrimiento, las dos mujeres testimoniaron por sí mismas el final, momentos tormentosos de la muerte estructural de Praxis. Ríos grandes y furiosos de materia fundida corrían a través de la superficie del planeta ahora, enterrando bosques y aldeas en fuego líquido. Acá y allá, donde los ríos eran abruptamente represados por ondulaciones del terreno, se daban lagos de lava del tamaño de un cráter, sacudiendo zarcillos de calor blanco en un cielo igualmente infernal. Praxis parecía estar expandiéndose mientras ellas miraban, reventando sus estratos geológicos.

Milagrosamente, la región alrededor de las cuevas estaba prácticamente inalterada, a excepción de un flujo de lava que se expandía y que había sellado la entrada a la caverna central. El sumidero artificial, sin embargo, permanecía abierto y accesible.

“Tendremos que ingresar por la cima,” Miriya voceó, esforzándose por mantener al VT estabilizado en presencia de corrientes ascendentes intensas provenientes del piso del valle licuado.

Miriya imaginó al VT pasando a modo Guardián y dejó caer al mecha en una caída controlada a través de la ancha chimenea que los Sentinels habían abierto detonando explosivos a través de quince metros de roca porosa. Con temperaturas externas registrándose en el rojo, no había manera de dejar el Veritech para un rescate personal; pero años de experiencia en el manejo del mecha permitieron a Miriya realizar algo aún más extraordinario: los impulsores de los pies sosteniendo al mecha inmóvil sólo a centímetros sobre una piscina de lava que se había colado por la boca de la cueva, ella utilizó el radomo para rastrillar el cristal pulsante alejado de la pared donde Teal lo había dejado caer. Entonces, cuando el menor Spherisiano estuvo al alcance de la mano, ella lo tomó cuidadosamente con la mano metálica del VT, aumentó los impulsores, y elevó al Guardián por la chimenea, en un tipo de inversión de cigüeña.

Todo ese tiempo, Bela estuvo ofreciendo palabras de aliento, y libres del sumidero ahora, ella se extendió hacia delante para dar a Miriya un apretón afectuoso en el hombro.

Praxis hizo todo lo que pudo para poner en tierra a la pequeña

nave, lanzando lenguas de fuego a su cola y persiguiéndola hasta el filo del espacio con puñaladas salvajes de relámpagos; pero eso no detendría a Miriya, no había manera de que ella permitiese al planeta reclamar al niño que ellas habían rescatado de su maldad desenfrenada.

Otra vez a través de la cubierta nubosa, el VT alcanzó la seguridad engañosa de la estratosfera del planeta. Enlazadas a la frecuencia de la GMU ahora, Miriya y Bela comenzaron a relajarse un poco; pero al acercarse al carretón de batalla de diez ruedas y a su racimo de soporte, ellas vieron algo que las llevó al borde del pánico: ambas puertas de la bahía de lanzamiento del vehículo estaban abiertas de par en par, y el espacio local estaba esparcido con VTs y Logans, hasta media docena de Hovortanks reconfigurados. Miriya y Bela pensaron por un momento que las cosas habían alcanzado un nivel desesperado, y alguien había dado la orden de abandonar la nave, un imprudente y último jadeo hasta la luna...

Entonces ellas avistaron el acorazado, la mancha brillante de Wolff en la galaxia –la nave de rescate SDF-7.

Un día Rick y Lisa compararían el rescate de los Sentinels con el rescate de la SDF-1 de Macross del círculo exterior del infierno helado del Sistema Solar; allí existió el mismo sentido de urgencia, los mismos problemas logísticos y sacrificios –y primero entre éstos estaría la GMU misma. Con las esferas huyendo velozmente a la seguridad del espacio interestelar, los Sentinels no tuvieron manera de guiar a la base a bordo, y allí no había ninguna bahía de acoplamiento en la SDF-7 lo suficientemente grande para contenerla aún si pudieran. Pero ahora, para todos excepto para Vince Grant, la GMU era un asunto secundario. La distancia era la cuestión crucial inmediata –cuánto podría ser puesto entre el crucero y Praxis, y cuán rápidamente.

Ellos estaban cerca de un millón seiscientos mil kilómetros de distancia cuando el planeta se partió, con bastante fuerza para

destruir la luna –el lugar que Rick había visto recientemente como su posible salvación. Bela y Gnea estaban en el puente para atestiguar la breve bola de fuego que llameaba donde un mundo había girado una vez.

“Ya no tenemos hogar,” Bela lloró.

Pero por lo que Rick y los otros estaban comenzando a entender, las Praxianas no eran las únicas. De nuevo una comparación con la SDF-1 se presentaría, el recuerdo del mandato de un consejo que prohibía a la fortaleza permanecer en el espacio terrestre, un mandato que efectivamente traicionó a la Fuerza de Defensa Robotech. Y tales traiciones, Rick recordó para sí, tenían un modo cruel de equilibrarse...

Los propulsores Reflex Superluminales mantuvieron a la fortaleza muy adelante de los escombros Praxianos, y durante esa breve carrera hacia los límites exteriores del sistema planetario, Wolff relató a sus aturridos camaradas el relato sobrio de su breve estadía a bordo de la SDF-3. Wolff no sabía nada del asesinato del simulagente, y Tesla no estaba hablando ciertamente; pero aún sin esa trama secundaria, había más que suficiente para dejar a los humanos enmudecidos.

Al ellos continuar rearguyendo los detalles, una comprensión curiosa de la decisión del consejo comenzó a socavar su indignación inicial. Pero que Wolff debiera robar una nave, y que los Sentinels serían vistos en consecuencia como proscritos... estas cosas no eran tan fácilmente comprendidas. Para los Sentinels XT, las revelaciones sólo significaban que ellos habían ganado un segundo enemigo en lugar de un aliado mucho más necesario. Entre el grupo, sin embargo, se dio el comienzo de una renovada cohesión.

Rick pensó que detectó algo inquietante en Wolff, pero él lo desechó, especulando que él podría haber retornado probablemente en un estado aún peor.

“¿Regresamos a Tirol, o continuamos como lo planeado?” Rick preguntó a todos. “Si optamos por regresar, ello podría significar la prisión para la mayoría de nosotros, la muerte para algunos,” él añadió, echando una mirada a Wolff. “Por otra parte, ello nos podría dar la oportunidad de explicar nuestras acciones al consejo e impedir que Edwards gane alguna influencia adicional.”

“¿Qué nos importa su General Edwards?” Lron voceó, buscando recibir apoyo de los otros XTs. “El Invid es nuestro enemigo. Y si sus fuerzas deciden aliarse con ellos en contra nuestra, que así sea.”

Kami, Learn, Crysta, Bela, y Gnea expresaron su apoyo a la posición de Lron. Cabell, Rem, Janice, Sarna, y Veidt estaban curiosamente calmados.

Rick los hizo callar y dirigió la pregunta al contingente de la RDF. Lisa se puso de pie para responderle.

“Comprendo la necesidad de contener la influencia de Edwards,” ella dijo de una manera que estaba dirigida a Rick, “pero tenemos que considerar todo el panorama. Nuestro regreso podría poner al consejo en una posición embarazosa con respecto a negociaciones ulteriores.”

“Lograremos lo mismo con actos continuos de agresión dirigidos en contra de planetas tomados por el Invid,” alguien del Wolff Pack señaló. “¿Qué sucederá cuando Edwards venga a perseguirnos – ¿combatiremos a nuestras propias fuerzas?”

Vince Grant se molestó y giró hacia el piloto, aún cuando Jean estaba tratando de calmarlo. “¡El consejo nunca cedería a las demandas del Regente de que seamos cazados! Ellos romperían la tregua antes de hacer eso—”

“¡No si Edwards está manejando el consejo!”

“¡Destruyámoslos!” dijo un piloto del Skull. “¡Ellos estaban listos para dejarnos morir en Praxis! ¡Yo digo que hagamos lo que queramos!”

XTs y humanos alentaron. Rick se encontró pensando sobre piratas, y notó por casualidad que Jack Baker daba palmadas a Lron en la espalda, mientras Karen levantaba sus ojos en un gesto implorante.

“Pongámoslo a votación,” Max sugirió.

Rick exploró la multitud y recibió inclinaciones de cabeza en acuerdo de Lisa, Wolff, Miriya, Vince, y Cabell. “¿Será Garuda, entonces, o regresar a Tirol?” él preguntó con voz suficientemente alta para ser oída sobre el tumulto.

“¡Garuda!” llegó la respuesta abrumadora.

“Entonces está acordado,” él dijo, consciente otra vez de cómo él se había hecho cargo sin que se le hubiese pedido. Y desde el otro

lado de la habitación, los ojos de Lisa ardían dentro de los suyos.

Capítulo 8

Estoy esperando con interés a Garuda de una manera que no tiene nada que ver con lo que sentí hacia Karbarra ó Praxis. Todas las cosas apuntan a la posibilidad de que seamos capaces de reagruparnos y refortalecernos allí, aún si tendremos que ataviarnos para la visita. Sabe Dios que Lisa y yo necesitamos algún tiempo ininterrumpido juntos. Hablamos de los sueños anoche, e hicimos el amor como si no lo hubiésemos hecho en demasiado tiempo. Ello llegó a descender hasta los sueños finalmente –manteniéndose firme en ellos no importando qué más sea arrojado en tu camino. Quiero regresar a ese lugar en mi vida, y Garuda suena como si fuera hecha a la medida.

De los diarios completos del Almirante Rick Hunter

Una vez más el Consejo Plenipotenciario de la Misión Expedicionaria se encontró en sesión extraordinaria, la tercera veces en el mismo número de días. El ex coronel Jonathan Wolff y su pequeña banda de rebeldes habían robado una nave de guerra prototipo y se habían transposicionado desde el sistema Valivarre, después de asesinar al Regente Invid. El cuerpo del soberano había sido llevado de regreso a la nave insignia por su comitiva de científicos y soldados, quienes prometían una respuesta rápida y violenta a la traición de los humanos. Las naves bajo el mando del General Edwards habían perseguido al crucero robado, pero se detuvieron en seco de seguirlo en el hiperespacio. Era creído, aunque con poca seguridad en este punto, que Wolff estaba regresando a Praxis; pero el próximo destino de los Sentinels era

una suposición. Y si sus movimientos estaban abiertos a interrogantes, sus móviles eran positivamente desconcertantes. Edwards estaba argumentando este mismísimo punto en la cámara del consejo ahora, moviéndose por la habitación como un abogado litigante, su discurso colérico y apasionado, su razonamiento casi inexpugnable.

“Además,” él dijo, un índice levantado, “es mi creencia que la historia de Wolff fue un artificio. Los Sentinels enviaron a Wolff aquí para matar al Regente. Toda la su conversación sobre la destrucción de la Farrago y de la misión de rescate a Praxis fue diseñada como una diversión.”

“Esa es la suma idiotéz,” Lang objetó, poniéndose de pie y dándose vuelta para mirar de frente al resto de su grupo. “Fue el Regente quien primero nos informó de la destrucción de la nave—”

“Ellos permitieron a sus tropas destruir la nave,” Edwards interrumpió, pero Thurgood Stinson rápidamente le hizo señas de que haga silencio.

“Lo que es más,” Lang dijo después de posar su mirada en Edwards, “los Sentinels no tenían modo de saber que la flota del Regente estaba aquí.”

Edwards rió. “¿Necesito señalar que ellos podían haber estado monitoreando nuestras transmisiones, aún mientras permanecían incomunicados?”

“¿Pero con qué propósito, General?” Lang preguntó. “¿Por qué sabotearían deliberadamente las negociaciones? Realmente, esto no tiene sentido alguno, y advierto al consejo de que comprenda que el General Edwards nos está ofreciendo nada más que una interpretación de los hechos.”

“Los hechos, Doctor, son que el Regente está muerto y una de nuestras naves ha sido robada. ¿Qué más quiere?”

Con los labios firmes, Lang tomó asiento. El Senador Longchamps aclaró su garganta significativamente. “El consejo aprecia la advertencia del Dr. Lang, pero a mí por lo menos me gustaría oír la evaluación del general sobre los móviles de los Sentinels.”

Edwards se sentó en silencio por un momento, luego se puso de pie y dijo, “Ellos se han convertido en un ejército privado. Han

liberado a Karbarra –a Praxis, por lo que sabemos– y su plan es continuar en esta vena hasta que el grupo local entero sea suyo para mandar. Entretanto, nuestros esfuerzos aquí habrán sido socavados hábilmente. El Invid retornará en gran número y a la larga serán los Sentinels quienes nos rescatarán.”

“Esto es demasiado,” Justine Huxley interpuso. “El Almirante Hunter nunca podría inclinarse a tales medidas.”

“¿Entonces por qué él renunció a su mando?” Edwards le contestó a ella. “Y por qué es que el aparato entero de la RDF decidió seguir su liderazgo.” Edwards enumeró con sus dedos: “El Skull, el Wolff Pack, Vince y Jean Grant, hasta el Tiresiano, Cabell. A Hunter no le gustaba la idea de responder a las demandas del consejo, y ahora él está a las tuyas.”

Edwards regresó a su silla, dejando a los miembros del consejo argumentar entre sí. En el asiento adyacente, el General Reinhardt lucía una mirada de completa repugnancia.

Después de unos cuantos minutos de deliberación, Longchamps anunció, “El consejo aún no está completamente convencido de la trama que usted detalla, General Edwards, ni de sus interpretaciones del ‘plan maestro’ de los Sentinels, si usted desea.”

Edwards frunció el entrecejo, esperando a que el senador continuase.

“Sin embargo, el hecho sigue siendo que las acciones del ex Coronel Wolff, cualquiera sea su motivación, nos ha puesto en un apuro serio. El consejo desea saber si los comandantes Invid le han indicado a usted de algún paso que pueda ser tomado para compensar esta injusticia.”

Edwards se puso de pie, suprimiendo una sonrisa de auto satisfacción. “En este momento ellos parecen dispuestos a aceptar los hechos de la manera en que se los hemos presentado: Wolff actuó por cuenta propia. Pero debo incluir esta advertencia: éstos son personal de categoría relativamente baja con los que estamos tratando, y estoy seguro que una vez que la Regis oiga hablar de esto, veremos una lucha renovada –tal vez en una escala más recordativa de la Guerra Robotech que de algo que hayamos experimentado aquí.”

Él esperó a que esto calara antes de continuar. “En cuanto a lo

que podemos hacer, yo sugeriría que dejando de lado un ataque preventivo contra sus fuerzas en este momento, o la captura de los Sentinels, dediquemos todos nuestros esfuerzos a la construcción de una flota de naves para competir con la suya.”

De nuevo, hubo argumentos y objeciones de varios miembros del consejo, pero Longchamps acalló estos con su mazo. “¿Estaría usted dispuesto a dirigir este proyecto, General, si el consejo así lo vota?”

Edwards inclinó su cabeza ligeramente. “Me sentiría honrado, Senador. Por supuesto, yo requeriría la cooperación total de los equipos Robotech del Dr. Lang y el control de las operaciones mineras en Fantoma.”

“Naturalmente,” Longchamps dijo. “Aplazaremos la sesión para considerar nuestra decisión.”

Edwards sonrió falsamente a pesar de sí mismo. Él cambió su mirada ligeramente para mostrar a Lang la fría hostilidad en su ojo. Lang trató de devolvérselo, pero no pudo.

El round había sido para Edwards.

En su complejo colmena en Optera, el Regente Invid estaba sentado solo con sus dos Hellcats mascotas, demasiado aturdido por los reportes del asesinato de su simulagente para hablar. Él sostenía su cabeza de apariencia de caracol en sus manos, sumido profundamente en un sentimiento de desesperación que era totalmente nuevo para él. Una vez en el pasado él había experimentado tal tormento: cuando su esposa le había confesado a él su amor por Zor. Traición, él pensó, en el suave resplandor de la esfera de comunicación de la habitación.

“Su Alteza, ¿debería dar la orden de atacar?” un lugarteniente repitió cautamente.

El Regente miró fijamente la imagen del soldado en la esfera y suspiró pesadamente. “No,” él respondió tranquilamente. “Regrese la flota a Optera, y no le diga a nadie que estoy vivo. Me puede beneficiar el permanecer oculto por algún tiempo más.”

“¿Pero, Su Alteza, quedarán los humanos impunes? ¿Y qué de Tesla?”

El Regente pudo sentir la ira del lugarteniente, y fue suficiente para refrescarlo momentáneamente. Él no había sido abandonado completamente, entonces; la lealtad todavía vivía.

“Por el momento no haga más que dejar hacer conocer nuestras intenciones. Informe al alto mando humano que los hacemos responsables por la... la muerte del Regente, y esos términos para un alto al fuego no se discutirán hasta que los Sentinels hayan sido capturados.”

“Mi señor,” el lugarteniente retornó con una nota de renuencia. Él ofreció un saludo y cortó el enlace.

El Regente colocó una mano en el hombro de uno de los Inorgánicos domesticados, sobre sus cuartos traseros al lado de su silla. “Mi mascota,” él dijo en voz alta, “¿tú, también, me traicionarás algún día?”

Tesla había cometido asesinato.

Él lo encontró casi inconcebible. ¿Lo habían puesto los Sentinels allí de algún modo, o, peor aún, lo había hecho la Regis? Era sabido que ellos se habían visto en Praxis... ¿Le había prometido ella algo entonces, el hijo predilecto de ella? Ciertamente Tesla había sufrido algún tipo de cambio, si es que él creía las palabras de los guardias del simulagente. Tal vez él y la Regis habían hecho un pacto para gobernar en su lugar, y como un signo de buena fe ella lo había evolucionado un poco. ¿En Praxis? Él se preguntó. ¿Había ella ido allí para continuar con sus peligrosos experimentos de los Posos de Génesis? Él lo sabría muy pronto, si las naves de ella repentinamente apareciesen en el espacio de Optera.

Pero entretanto el Regente pensó que era mejor permitir a los humanos seguir pensando que uno de ellos había asesinado al simulagente. Si, como ellos mantenían, el grupo había actuado solo, ello mostraba un claro descuido por parte del consejo. Pero si este Edwards había permitido que ello sucediera –hasta lo había diseñado, como el Regente estaba inclinado a creer– entonces el asesinato tenía implicaciones más siniestras, era como si Edwards supiese desde el principio que el Regente había enviado a un impostor en su lugar, y el asesinato fue el modo del Humano de

responder a la substitución.

Él tomó nota para tratar a Edwards en forma diferente la próxima vez.

El simulagente no había sido capaz de enterarse de nada sobre el destino de los Maestros, o la localización de la Tierra de los humanos; pero era posible que su muerte tuviese un efecto secundario positivo. Obviamente los humanos estaban ansiosos por rogar por la paz, y aunque él no les podía otorgar esta aún, ese hecho aliviaba su preocupación sobre su presencia en el Cuadrante. Y ahora era probable que otros además de Edwards estuviesen dispuestos a volverse en contra de los Sentinels.

El Regente solicitó un mapa estelar en la esfera y se inclinó hacia delante para estudiarlo. “Garuda,” él decidió después de un momento, allí es donde ellos se dirigirían. Un mundo miserable si es que alguna vez fue uno, un mundo que tenía su propio modo de lidiar con los intrusos... El Regente había hecho volver a todas sus naves de guerra desde el planeta para fortalecer la flota que él había enviado a Optera; pero allí aún había una pequeña guarnición de soldados y científicos atendiendo los huertos y las granjas y supervisando el transporte del alimento nutritivo. Suficientemente advertidos, ellos deberían ser capaces de tener éxito donde fuerzas más grandes habían fallado.

El Regente frotó sus manos juntas en un gesto de excitación renovada. Él gruñó a las bestias que flanqueaban su silla. Tal vez no era tan malo estar muerto después de todo.

Cuando la noticia de la decisión del Consejo Plenipotenciario fue conocida, la misión Expedicionaria se encontró más dividida que nunca. Todos en la Base Tirol y a bordo de la SDF-3 ahora se sentían obligados a tomar una posición. El consejo, por mayoría sino por fallo unánime, había declarado efectivamente a los ex almirantes Hunter y Hayes, junto con el resto de los Sentinels humanos y XTs, proscritos. A su debido tiempo una nave sería asignada a su captura, pero por lo pronto ellos no iban a recibir

ninguna ayuda del personal de la RDF, y si alguien era encontrado ayudando o apoyando la causa de los Sentinels sería sometido a enjuiciamiento con todo el peso de la ley. Además, el General Edwards estaba siendo puesto por completo al mando de la RDF; él estaría a cargo de ambas las operaciones mineras y los proyectos de construcción, y su personal estaría supervisando todos los aspectos de la defensa civil, incluyendo las acciones policiales menores.

Lang, Exedore, Huxley, Obstat, Reinhardt y unos cuantos otros se habían convertido en una camarilla de la noche a la mañana, y Lang se dio cuenta que no pasaría mucho antes de que los Ghost Riders de Edwards estuviesen vigilando cada movimiento de ellos – si en realidad éste ya no era el caso. Había suficientes preguntas sin respuestas sobre el asesinato del Regente para convencer a Lang de que Edwards había tenido que ver en el asunto. Él conjeturó, también, que Edwards estaba consciente de la asistencia que Lang le había prestado a Wolff; pero si él tenía alguna prueba, probablemente la estaba guardando para la próxima ocasión en que los dos hombres se encontrasen cara a cara. Lang sólo podía esperar que Wolff haya alcanzado Praxis a tiempo para rescatar a los Sentinels, porque de otro modo, el plan había hecho más daño que bien. Sin embargo, tomando tal postura de línea dura, el consejo había debilitado inadvertidamente a Edwards –tal vez no ahora, pero a la larga, cuando aquellos leales a Hunter diesen un paso hacia delante en una exhibición de fortaleza.

Lang estaba en su habitación, compilando una lista mental de los hombres y mujeres con quienes se podría contar, cuando el tono de la puerta sonó y Lynn-Minmei rogó para ingresar. Ella era la última persona que Lang quería ver, pero cuando él pensó en ella un plan vino a la mente. Él la había persuadido una vez en aceptar a Janice como su socia; ahora tal vez él la podía persuadir de asumir el papel del androide como una espía.

“Dr. Lang, espero no molestarlo,” ella dijo, pasando por la puerta. “es que tengo que hablar con alguien.”

Él pudo ver que ella estaba frenética. “No seas tonta, querida mía. Siéntate. ¿Puedo servirte algo?”

“No,” ella dijo ausente. “No, gracias. Sólo necesito saber si es verdad, Dr. Lang –lo que están diciendo sobre Jonathan y Rick.”

Lang se sentó, aunque Minmei permaneció de pie. “¿Qué piensas tú, Minmei?”

Ella tiró sus manos hacia arriba en un gesto nervioso. “¡No sé qué pensar! El General Edwards dice una cosa, usted dice otra...” Ella lo miró directamente. “La mayoría de mis viejos amigos no me hablarán nunca más. Y el modo en que Janice actuó...”

Él le ofreció una inclinación de cabeza comprensiva. “Bueno, quizás tú acabaste del lado equivocado de algún modo. Y todos están esperando que regreses.”

Ella se sentó, frente a él. “Eso es lo que deseo saber: ¿estoy del lado equivocado? Las personas están diciendo las cosas más horribles sobre el General Edwards. Pero yo lo conozco, sé qué tipo de hombre es él.”

“Tú puedes pensar que lo conoces, Minmei, pero te aseguro, que no lo conoces. Es...” Lang buscó torpemente las palabras, “es como si él tuviese algún tipo de vendetta personal contra Rick. Ni siquiera puedo comenzar a entenderlo. Sólo sé que él ha vuelto al consejo en contra de tus amigos, y sé que ellos estarían anonadados de saber que tú no los estás apoyando.”

Minmei mordió su labio. “Y eso es precisamente lo que Jonathan les dirá, también.”

Lang pensó que él detectó un destello de ira detrás de las palabras; él comenzó a contestar, pero ella lo interrumpió, la ira visible ahora.

“¡Esa serpiente! ¿Quién es él para insultar a las personas? ¡Él es un mentiroso!”

“Minmei—”

“Sr. Encanto,” ella dijo, levantándose del sofá. “Él debería hablar sobre lealtad. ¡Ha! ¿Qué sabe él sobre nada?” Ella echó a Lang una mirada. “¿Qué sabe cualquiera de ustedes?”

Lang nunca fue bueno tratando con representaciones teatrales; él sabía esto sobre sí mismo y se quedó inmóvil.

“Mentirosos, asesinos, proscritos,” Minmei estaba diciendo. “Las cosas estaban demasiado pacíficas para ellos en Tirol. Necesitaban encontrarse una guerra para sí mismos.”

“Ese es Edwards hablando,” Lang logró decir.

“¡Esta soy yo hablando!” ella le gritó a él. “¡Lo odio! ¡Los odio a

todos ustedes!”

Ella comenzó a llorar en sus manos. Lang dio un paso hacia ella, pero ella ya se había ido para cuando él alcanzó la puerta.

“Adelante, dilo,” Rick le dijo a Lisa. “Te podía sentir diciéndolo claramente a través del compartimento. Así que aclaremos malentendidos.”

Ella lo miró y frunció el entrecejo. “¿De qué estás hablando? ¿Decir qué?”

Ellos estaban en el pequeño espacio de la cabina que había sido reservada como su habitación a bordo de la SDF-7. El acorazado se estaba acercando a Garuda desde el otro lado del enorme sol del planeta después de un breve período en el hiperespacio.

“Tú quieres decir ‘Te lo dije,’” Rick continuó. “Edwards se está volviendo más fuerte y ahora no estamos en posición para detenerlo. Si hubiésemos permanecido en Tirol, todo esto nunca hubiera sucedido, y probablemente tendríamos una tregua firmada y estaríamos muy avanzados en la reparación de la SDF-3.” Rick bufó. “¿Pasé por alto alguna cosa?”

“No estoy diciendo una palabra, Rick,” ella le dijo. “Tú estás haciendo un trabajo muy bueno sin mí.”

“Muy bien, así que piensas que cometí un gran error, y quizá una parte de mí está de acuerdo contigo. Pero la verdad es que yo me estaría saliendo de mis cabales allí, y al menos ahora siento que estamos haciendo algo –no quizás por nosotros exactamente, pero por Lron y Crysta y Kami y todos. Tú no puedes discutir con eso.”

Lisa se encogió de hombros. “¿Quién está discutiendo?”

“Y otra cosa.” Rick puso sus manos en su cintura. “Tú te imaginas que sólo porque estoy repentinamente entusiasta y asumiendo el mando soy realmente un comandante después de todo. Pero te diré algo: la única razón por la que estoy conforme con el papel es porque no hay ningún maldito consejo diciéndome qué pensar. Tenemos una democracia aquí, no un gobierno portátil de trámites burocráticos, y eso me sienta bien.”

“Bueno, yo—”

“Así que no sigas pensando que voy a pedir ser reintegrado cuando todo esto se olvide.”

“¿Piensas que lo será, Rick?”

Él oyó la desesperación en su entonación y eso le apagó los fuegos. Él se inclinó hacia delante, tomó la mano de ella, y la besó. “Sin duda,” él dijo suavemente. “Y retomaremos el rumbo.”

Ella se extendió para acariciar el brazo de él. “Yo no quiero que nos separemos, Rick, y siento que eso sucede a veces.”

Él estuvo tentado a decir algo sobre el envolvimiento de Lisa con Gnea y Bela, pero contuvo su lengua. “No dejaré que eso suceda.”

Ella suspiró con mal humor. “Acostumbrábamos a tener tantos sueños —¿recuerdas?”

“Por supuesto que recuerdo,” él dijo, tratando de sonar alegre. “Y haremos que cada uno se vuelva realidad.” Él se acuclilló para mirarla de frente. “Mira, sólo veamos lo que sucede en Garuda. Por lo que dice Kami, el Invid en realidad nunca conquistó el lugar. Y por lo que Wolff me dijo, suena a que ellos retiraron a todos sus transportes de tropas. Ellos tienen una pequeña guarnición allí, y eso es todo. Quizá no tenga que haber mucha lucha. Volveremos a tener un poco de TP.”

Ella rió levemente. “Ahora hay un sueño si alguna vez oí uno.”

“Ya lo verás,” él dijo, levantándola en su abrazo.

En la enfermería del crucero, Jean Grant estaba tratando de deducir qué hacer con el cristal ahora liso y del tamaño de una pelota de fútbol que estaba en la camilla —el menor Spherisiano que Miriya y Bela habían traído consigo de Praxis. Las dos mujeres estaban observando cada movimiento de Jean, mientras que Teal estaba sentada quietamente en un rincón de la habitación. Jean hizo girar al cristal con moderación; se sentía fresco al tacto y aparentemente inanimado, pero las exploraciones habían indicado un alto nivel de bioenergía, o al menos una aproximación de eso. ¡Sólo Dios sabía que la cosa estaba creciendo rápidamente! Jean sintió los ojos de

Miriya y Bela sobre ella y dijo, “Bueno, ¿qué esperan ustedes dos que haga con este, este... niño? Ella giró abruptamente hacia Teal. “¡Teal, ven aquí! Al menos dime qué se supone que debo hacer.”

Cansadamente, Teal se puso de pie y se unió a Jean en la camilla. Ella miró hacia abajo al cristal y fijó sus ojos transparentes en las salvadoras del infante. “Tú lo salvaste, Bela. Levántalo tú.”

“¿Es un él?” Jean preguntó, fijando la vista en el cristal como si ella hubiese pasado por alto algo. “¿Cómo sabes eso?”

“Porque es el hijo de Baldan. Él es Baldan.”

Miriya hijo una mueca. “Espera un minuto, aclaremos esto: ¿es Baldan, o es el hijo de Baldan?”

“Es ambos,” Teal le dijo.

“Bueno, realmente no se parece a Baldan,” Jean señaló. “¿Está, er, él en un estado de gestación dentro del cristal? ¿O necesitamos incubarlo? ¡Háblame, niña!”

Teal se volvió de la camilla. “¡No quiero hacerme cargo de él!” Cuando ella las enfrentó de nuevo, era obvio que ella estaba, en un modo Spherisiano, llorando. “Baldan no era mi pareja,” ella explicó. “Fue el Invid Tesla quien nos escogió, fue él quien nos reunió.”

Jean puso una mano en el hombro de Teal. “Pero no entiendo, querida. ¿Qué tiene que ver todo esto con cuidar al niño?”

“A él se le debe dar forma” Teal le respondió. “Y para hacer eso debo entrar en armonía con Baldan –debo convertirme en su pareja.”

Nadie dijo nada por un momento. “¿Y si no hacemos nada?” Bela preguntó.

“Baldan morirá.” Teal continuó llorando, murmurando para sus adentros en su propia lengua –rogando, Jean aventuró. Luego repentinamente ella extrajo un tipo de cuchillo de pelar cristalino del corpiño de su prenda de vestir.

“¡Teal, no!” Jean comenzó a decir, pero antes de que ella pudiera detenerla, Teal había golpeado al menor con el filo de la hoja, como uno aplicaría una herramienta sobre una pieza de mineral. Una astilla saltó del cristal, revelando una faceta deslumbrante. Teal golpeó una y otra vez, cada golpe seguro de su objetivo, cada uno transformando a la cosa inanimada de apariencia de gema. Llorando todo ese tiempo, Teal tomó al menor en sus

manos y comenzó a tallar más de su extraña corteza. Miriya, Bela, y Jean apenas pudieron creer en sus ojos cuando una cara pulida lentamente emergió, luego una especie de torso en miniatura.

Era Baldan.

Si los Sentinels seguían divididos en un tema, ese era qué se iba a hacer con Tesla. Mientras que era cierto que ellos ejercitarían más cautela la próxima vez que el Invid se ofreciera como voluntario para una misión, no ellos hasta ahora no tenían ninguna política bien definida hacia él. ¿Era él un prisionero, un rehén, tal vez un aliado en cierto sentido? Después de la reunión en la que el rumbo de los Sentinels había sido puesto a votación, Tesla y Burak habían tenido una oportunidad para responder los “cargos” que Wolff trajo contra ellos. Ellos eran cómplices, Wolff sostenía, del modo lacónico y cínico que todos los de abordo suponían. (Que Minmei era la causa de la angustia de Wolff no era ningún secreto, pero él guardó para sí el hecho que ella había estado viendo a Edwards.)

Tesla no negó que él había tratado de adueñarse del módulo; sus acciones, sin embargo, no habían sido dirigidas contra los Sentinels. De hecho, muy por el contrario. “Yo soy su camarada en esta guerra de la liberación,” él dijo a la asamblea humana y XT. “Estoy tan deseoso de la paz como el resto de ustedes, y mi objetivo al tomar la nave fue simplemente ir rápidamente a Optera para convencer al Regente del error de sus métodos.”

Burak, sin embargo, era inocente según lo dicho por Tesla, y había sido meramente subyugado, al igual que Janice. Y para la sorpresa de Tesla, Janice respaldó la historia. Pero de lo que Tesla no se dio cuenta fue que Janice había informado a los Sentinels de antemano de la posición que ella tomaría, sugiriendo que ellos permitiesen a Burak y a Tesla su asociación, la cual ella misma monitorearía. Había gato encerrado, ella había explicado; y el arreglo tendría el beneficio añadido de mantener al Perytoniano fuera del camino de todos.

Esta era la voz de la reprogramación de Lang, pero nadie la

reconoció como tal, menos que nadie Janice. Tesla, Lang había establecido, era digno de estudio.

Así que al final fue decidido que las cosas permaneciesen más bien como habían estado antes del intento de motín: Tesla no era ni prisionero ni aliado, pero más en la dirección de un “embajador.” Y Burak seguiría siendo el guardián/ayudante/carcelero del Invid.

Los dos XTs estaban en uno de los compartimentos de carga de la nave ahora, un lugar apropiado al tamaño de Tesla. Sólo unas cuantas pequeñas porciones de frutos quedaban, pero Tesla sabía que habría más disponible para él en Garuda –una cosecha tan diferente de la variedad Praxiana como aquellas lo habían sido de la Karbarriana. Él aún no había superado su caso de los delitos, y tenía miedo del momento en que los Sentinels se enterasen del asesinato del Regente. Con suerte, sin embargo, esas noticias podían llegar en meses. La belleza de ello era que no había nadie que siquiera pudiera ligarlo al hecho –no mientras la SDF-7 permaneciera incomunicada. Aún ese pequeño Zentraedi, Exedore, no tendría ninguna prueba. “Circunstancial” era la palabra humana para tal prueba. Así que a pesar de su ansiedad, sus ánimos habían mejorado.

Los de Burak, sin embargo, no lo habían hecho. Aunque complacido (no obstante desconcertado) porque había sido absuelto de cualquier fechoría, él sentía como si los Sentinels simplemente lo hubiesen descartado y a la causa de Peryton.

“No debes ser tan melancólico sobre ello, mi amigo,” Tesla le dijo, mientras él contemplaba uno de los bocados. “Tu mundo es tan bueno como la libertad.”

“¿Qué te hace estar tan seguro?” Burak preguntó, su cara la máscara de un diablo verdadero ahora.

Tesla reventó el fruto dentro de su boca. “Porque... siento que algo maravilloso está por suceder.”

Burak lo miró con desagrado.

“En verdad,” Tesla continuó. “Debes tener fe si es que vas a asumir tu propio lugar en este mundo. Puede haber una o dos situaciones oscuras en nuestro futuro, pero después...” Tesla ofreció una aproximación de una sonrisa.

“¿Pero qué hay de ahora, Tesla? Todos estos grandiosos eventos

de los que usted habla –siempre están un paso delante de nosotros.”

Tesla echó hacia atrás sus hombros. “No, mi joven amigo, lo ves al revés. Somos nosotros quienes estamos un paso adelante. Pero el cambio está en el aire. Pronto los re-formados nos alcanzarán. Y entonces podemos comenzar a transformar el mundo.”

Capítulo 9

Una nota al pie de página en el trabajo de Kahler (La Campaña Tiroliana, Discos Fantoma, tercera edición, 2083, scr. 1099) remite a aquellos interesados en el psico-ismo Garudiano [sic] a una serie de novelas autobiográficas del siglo XX escritas por un joven antropólogo registrando sus intentos de entrar en varios estados de realidad alterada con la guía de un Yaqui Indian “hombre de poder.” Y mientras que La Pea está dispuesto a conceder que hay cierta justificación para la recomendación de Kahler, él señala que los Garudianos no requerían nada al modo de agentes extrínsecos para lograr “estados no ordinarios.” A menos que, sin embargo, uno considerase la atmósfera del planeta en este respecto. Se espera que las muy esperadas traducciones de los textos de Haydon iluminen esta continua controversia.

*Tomado de la columna “Inmateriales Inminentes” de
Recolecciones Psico-Físicas*

Garuda. Kami y Learna les habían dicho qué esperar. Un mundo principalmente frío y estéril de estepas y tundra, con vastas regiones heladas y cadenas de montañas heladas. Lo poco que había al modo de flora y fauna estaba confinado principalmente a una franja estrecha de tierra boscosa ecuatorial de análogos siempre verdes. Había dos estaciones, húmeda y seca; Garuda estaba en esta última ahora, y eso, Kami explicó, explicaría las diferencias en la coloración del pelaje que los Sentinels notarían entre los miembros de la tribu de Learna y de él. Los Garudianos, que ascendían a

miles, no eran, hablando en forma general, de otro mundo. Algunos, sin embargo, se habían ofrecido como voluntarios para el trabajo minero en las lunas del sistema Rhestad después de la llegada de los Zentraedi generaciones atrás, y luego, de los clones de los Maestros. Pero la mayor parte de los Garudianos tenían la idea de tener que dejar el planeta, y tenían poca tolerancia a los equipos de respiración que la vida en cualquier otra parte exigiría. Su sociedad era simple, organizada en conformidad con los lineamientos de cualquier grupo recolector-cazador; sin embargo, ellos eran todo menos nómadas, y criaban animales domesticados y cultivaban algunas cosechas. La religión era de una variedad decididamente individual, con cada clan respondiendo a un tótem diferente, y cada miembro a su propio chamán. Por raro que parezca, ni Kami ni Lerna tenían el conocimiento más leve de la historia en el sentido que la mayoría de los Sentinels, incluyendo a Burak y a Lron, entendían el término. A diferencia de los Karbarrianos, o Praxianos en cuanto a eso, los Garudianos parecían vivir enteramente en el presente. Esto es por no decir que eran un grupo complaciente – ellos se dedicaban ciertamente a asegurar un futuro libre para su mundo– pero al mismo tiempo, no podían suministrar ninguna respuesta a las preguntas concernientes a su pasado racial.

Este enigma se había convertido en algo como una preocupación para Cabell durante los cuatro meses que los Sentinels habían permanecido asentados en Praxis. Cabell era diferente a los Maestros en esta cuestión. Aquellos que habían suplantado al régimen Tiroliano después de la Gran Transición estaban más interesados en la expansión y la conquista que en la acumulación de conocimiento; para los Ancianos y sus Triunviratos subordinados, el conocimiento del pasado presentaba algo así como un impedimento para cambiar. Ellos tenían su mirada fijada en pasado mañana, en temas de pauta no debatible, máximo poder, e inmortalidad selectiva.

El resto de los Sentinels, sin embargo, veía a Garuda más desde el punto de vista de sus desafíos tangibles, y primero entre éstos estaba su propia atmósfera: aunque parecida a la de la Tierra en la composición, era esencialmente tóxica para todos excepto para las formas de vida nativas del planeta. Había una o dos excepciones a

esto, pero sólo Veidt y Sarna entre los Sentinels calificaban. Las exploraciones de la superficie verificaron la presencia de docenas de variedades de esporas y microorganismos aerotransportados cuya química Jean Grant asemejó a ciertas drogas psicotrópicas producidas en laboratorio. Según Cabell –basado en lo que él había recogido de las notas de Zor– los procesos mentales de los seres vulpinos estaban ligados al propio planeta en un tipo de asociación submolecular. Las formas de vida incapaces de participar de esta simbiosis microcósmica establecida por mucho tiempo no eran, sin embargo, simplemente rechazadas o exoneradas; más bien, eran percibidas como potencialmente perturbadoras para el equilibrio ecológico y por lo tanto contraatacadas por esos mismos microorganismos responsables de los estados psíquicos no ordinarios de los Garudianos.

Había recaído por lo tanto en el grupo médico el equipar al destacamento de desembarco con transpiradores y tubos respiradores. Pero si la logística estaba a punto de estorbar la eficacia de la operación, los Sentinels podían sentir algo de consuelo en el hecho que el Invid también había caído víctima de la naturaleza patentada del planeta. De hecho, su presencia en Garuda estaba esencialmente restringida a las colmenas de forma hemisférica que ellos habían erigido en esas áreas donde las siembras de la Flor de la Vida de Zor habían echado raíz. La cosecha era una mutante pero abundante, y era creído que Garuda proveyó a la extensamente deshojada Optera con mucho de su necesitada provisión de sustancia nutritiva. Con Karbarra liberada, el Regente había perdido sus fábricas de mecha; ahora los Sentinels se proponían golpearlo a la altura de la barriga, destruyendo tantos huertos y “granjas” de Garuda como pudieran.

Rick, Lisa, Cabell, Rem, Jack, Karen, Burak, Kami, Learn, Gnea, Lron, y Crysta conformaron el grupo de descenso, con miembros del Skull y el Wolff Pack escoltando el transbordador hacia abajo. La SDF-7 permanecería en órbita para lidiar con las naves transporte

del Invid, conocidas por hacer frecuentes viajes entre Garuda y Optera. Wolff y Grant compartían el mando de la fortaleza. Janice mantendría un ojo en Tesla. Veidt y Sarna habían elegido quedarse, y Bela estaba aparentemente determinada a ayudar a Teal con el menor Baldan.

El destacamento de desembarco estaba seguro de que la llegada de la SDF-7 al espacio de Garuda no había sido pasado por alto por los Invid; el aterrizaje del transbordador probablemente sería monitoreado también. Así que antes de arriesgarse a un enfrentamiento inmediato u obsequiar a cualquiera de las colmenas con un objetivo fácil, ellos optaron por descender en los sectores tribales relativamente no vigilados, cerca de la aldea de Kami y Lerna. Inesperadamente, ellos sin embargo se encontraron circundados por tropas preparadas para la batalla –aún antes de que el tren de aterrizaje del transbordador hiciera contacto con la superficie.

Kami había olvidado mencionar que algunos de los protectores de Garuda eran Bioroids Tirolianos.

Kami y Lerna por lo tanto se aseguraron de ser los primeros en bajar de la nave, imaginando que su mera apariencia mejoraría la situación. Así lo hizo –y más. En minutos, la mitad de la tribu de Kami había emergido de los árboles para rodear al transbordador y celebrar el regreso de sus amigos. El aire estuvo repentinamente cargado de sonidos alegres –ladridos excitados para los oídos de Rick– y Kami y Lerna fueron abrazados, empujados, y levantados sobre innumerables hombros. Con un ritual elaborado, los dos retornantes se deshicieron de sus equipos de respiración e hicieron cabriolas por ahí, participando en bailes improvisados, pasos chamánicos de poder.

Rick se comunicó por radio con los contingentes Skull y Wolff para que se colocasen a lo largo del perímetro de la franja de tierra accidentada del transbordador, verificó la integridad de su traje de medio ambiente y el transpirador, y siguió a Lisa fuera de la cabina de los pilotos para participar en la fiesta. Una hora más tarde, él y el resto del destacamento de desembarco estaban en la vivienda comunal de madera de la aldea conferenciando con los líderes de la tribu de Kami. Cabezas cortadas de Inorgánicos Hellcats, Scrim, y

Odeon pendían de los tirantes del techo.

También estaban presentes varios clones pilotos de Bioroid – andróginos– parecidos a humanoides de mucho cabello con rasgos acentuados y ojos exóticos. Uno de los clones –estos muchachos Tiresianos olvidados– estaba explicando a Cabell con una voz nasal y casi sintetizada cómo ellos se habían aliado a la causa Garudiana. Ellos no llevaban puesto ningún equipo de respiración, y eran aparentemente inmunes a las esporas.

“Los maestros nos dejaron aquí para vigilar el orden público en este mundo. Pero cuando los Invid llegaron, la comunicación con Tirol y los maestros de los clones se volvió imposible. Nuestras Hoverships destruidas, todo lazo con Tirol cortado, comenzamos a entender el concepto de libertad, la soledad que surgía del abandono...”

“Así que se unieron a los Garudianos en su pelea,” Cabell terminó, asombrado.

“Tenemos sed de libertad, al igual que ellos.”

“Notable,” el anciano dijo en tono meditativo, su propia voz distorsionada por los filtros de la máscara. “Absolutamente notable.” Él no había estado tan pasmado desde que se enteró por Lang que Miriya Parino había dado a luz un niño; y la revelación le dio alguna esperanza de que los clones de los Maestros fueran en realidad capaces de una revuelta.

Rick se aprovechó de un silencio momentáneo para indicar con un gesto hacia las cabezas de trofeo. “¿Cuál es la situación aquí? ¿El Invid dirige patrullas por este sector?”

El jefe tribal le respondió. “Sus Inorgánicos patrullan, pero sólo cuando desean intimidarnos, o recoger trabajadores para las granjas. Ellos parecen no considerarnos una amenaza –aún con el poder de fuego que nuestros camaradas proveen,” él añadió, indicando a los clones, “pero le aseguro que toda Garuda está preparada para la rebelión.”

“¿Usted quiere decir, que ellos están usando a su gente en las granjas?”

“Recientemente, sí. Y en los campos de trabajo forzado cercanos a ellos.”

Lron y Crystal gruñeron, alarmando a algunos de los Garudianos

presentes. Ellos estaban manteniendo un círculo ancho alrededor de los XTs ursinos, y uno aún más ancho alrededor de Burak, cuya máscara sola añadía un aspecto ya demoníaco.

Rick pudo ver que la noticia shockeó a Kami y Lerna también.

“Eso basta en cuanto a ataques quirúrgicos desde la nave,” Max dijo.

Rick miró al jefe por un momento. Él halló que él aún no estaba acostumbrado a ver a los Garudianos sin los respiradores de aquel entonces; ellos podrían ser omnívoros, pero había una ferocidad en sus hocicos con la que él no estaba del todo cómodo. Exteriormente, el jefe se asemejaba a Kami, pero había una solemnidad en su aspecto que estaba ausente en el Garudiano más joven.

“¿Qué hay sobre los mecha?” Lisa quiso saber. “¿Scouts, Shock Troopers?”

“Sólo cuando sus naves de transporte llegan,” el jefe le dijo. “Ellos patrullan cerca de las granjas para proteger el embarque nutritivo mientras es cargado. Raramente se aventuran en los sectores tribales.”

Rick observó al jefe mordiscar un buen pedazo de carne que una de las mujeres le había ofrecido. “¿Hay alguna regularidad en los embarques?”

El jefe intercambió unas cuantas frases con Kami en la lengua Garudiana. El Sentinel tradujo. “Aproximadamente cada tres meses estándares.” Esto se cambiaba una que otra vez en un intento para frustrar lo que era una red subterránea extensiva trabajando en Garuda. Pero el Invid nunca logró mantener algo en secreto por mucho tiempo.

“¿Y cuándo salió el último embarque?”

“Hace un mes.”

Rick sonrió debajo de la máscara de su transpirador. “Eso significa que estamos a salvo por el momento. Aún si ellos ya se han comunicado con su flota, a los refuerzos les podría tomar semanas llegar aquí.”

“La granja más cercana está a alrededor de ciento sesenta kilómetros desde aquí,” Lerna dijo, sin que se le hubiese preguntado. “Kami y yo conocemos bien esa área.”

“Un reconocimiento aéreo,” Max sugirió.

“No,” Rick dijo. “No pienso que debemos mostrarnos todavía. Iremos en los Hovercycles primero. Daremos un vistazo rápido en los alrededores antes de planear un asalto. Sólo porque no se hayan observado mecha no quiere decir que no estén allí dentro.”

“Estoy de acuerdo,” Rick oyó a Jack decir por detrás de él.

Karen codeó ligeramente a Jack por entremeterse. “¿Señor?” ella luego dijo a Lisa, esperando que Jack aprendiera por el ejemplo.

“Adelante, Karen.”

“Sólo me estaba preguntando qué le habrá sucedido exactamente a las primeras tropas Invid que aterrizaron aquí –antes de que las colmenas fueran construidas, quiero decir.”

De nuevo, Kami y el jefe intercambiaron unas cuantas palabras.

“Enloquecieron,” el líder Garudiano dijo tranquilamente. “Luego murieron.”

El equipo de reconocimiento –Rick, Lisa, Jack, Karen, Rem, y Kami como explorador– dejó la aldea poco antes del amanecer, permaneciendo cerca de la periferia norteña del bosque inexplicablemente tranquilo de Garuda. Ellos habían viajado ciento veinte kilómetros para cuando Rhestad se elevó –un enorme campo achatado de color carmesí que hacía poco por calentar la tierra. Las dos aldeas por las que ellos pasaron en el camino ya habían sido informadas de la misión. Preocupado por atraer cualquier atención indebida hacia ellos, Rick había pedido que los Garudianos simplemente atendiesen sus asuntos; pero había obviamente demasiada excitación en el aire para eso. A veces por kilómetros en un tramo, Rick los vería acucillados a lo largo de los caminos que los Hovercycles hacían a través del bosque, silenciosos y salvajes, los ojos vulpinos fulguraban en la misteriosa luz de la mañana.

Al kilómetro ciento treinta y seis el equipo encontró su primera patrulla de Inorgánicos –una banda de una docena de Hellcats, vagando por el bosque como una manada diabólica de dientes de sable. Kami los había avistado y corrió la noticia; los Hovercycles fueron apagados y ocultados. Se entendió ahora que los Inorgánicos

eran más que merodeadores o unidades Robopolicías; ellos funcionaban como los ojos y oídos remotos para las computadoras vivientes Invid, las que a su vez dirigían a los científicos o tropas de comando. El combate, por lo tanto, aún si terminase en victoria, sólo habría servido para alertar a la colmena de la posición del equipo; por lo que ellos permanecieron tan inmóviles como pudieron, apretados cerca de la tierra fría hasta que la banda había pasado.

Rick y Lisa estaban sobre sus estómagos, codo a codo, los trajes de medio ambiente ajustados para imitar los colores y las texturas de las plantas pequeñas parecidas a helechos que cubrían el terreno del área. Rick tenía su brazo extendido como protección sobre la espalda de su esposa, y la estaba mirando a través del visor esférico de su casco. Los ojos de ella regresaron la mirada fruncida que los propios ojos de él estaban tratando de transmitir. Fue la primera vez que él y Lisa habían salido juntos en un largo rato, y si esta no era exactamente la idea de nadie de una cita ideal o de la “proximidad” que Lisa tuvo en mente durante la intimidad más reciente de ellos, al menos ellos estaban juntos. Y de algún modo – aunque Rick no habría sabido cómo explicarlo– él se sentía más seguro con Lisa a su lado. Al mismo tiempo la presencia de ella tenía un tipo de efecto calmante, porque sin importar lo que ellos tuvieran que enfrentar, él estaba libre de tener que preocuparse sobre dónde estaba ella o qué peligros podría, de lo contrario, haber estado enfrentando sola. Aquí, él tenía hasta cierto punto control sobre la situación de ella –la situación de ellos.

Moviéndose más cautamente después de que Kami dio la señal de que el peligro había pasado, el equipo empleó otra hora para cubrir los últimos veinticuatro kilómetros. Ellos tuvieron porciones de la enorme colmena a la vista durante ocho de aquellos kilómetros, pero no tuvieron una vista no obstruida de la cosa hasta que estuvieron casi encima de ella. Estaba situada en el centro de un antiguo cráter de impacto, en un bosque verdadero de árboles de Optera, una estructura de forma de domo con una base de casi dieciséis kilómetros en torno, compuesta totalmente de lo que parecía ser facetas orgánicas o geodesias; de hecho, la colmena tenía la apariencia de algo cultivado antes que erigido. Cuatro

torres de antena de apariencia de espadaña de un kilómetro de alto estaban ubicadas en los puntos cardinales alrededor de la base extrañamente “en forma de burbuja” de la colmena.

A través de gemelos de campaña, Rick pudo discernir a esclavos Garudianos recogiendo frutos mutados de los árboles. Contenedores enormes de éstos estaban siendo transportados hacia la misma colmena por soldados Invid en trajes especialmente equipados, a menudo piloteando aerotransportes de variados diseños. El seguimiento del rastro de los movimientos de los transportes finalmente le permitió a Rick descubrir uno de los pasillos de transporte parecidos a túneles de la colmena.

“¿Qué sucede luego?” Rick susurró a Kami, quien se había encorvado para pedir los binóculos. “¿Son los trabajadores llevados dentro de la colmena?”

“No,” él dijo, acercando su hocico al fonocaptor del casco. “El campo de trabajo está aproximadamente a tres kilómetros de aquí.” Kami señaló la dirección.

“¿Estás seguro de que no hay ningún Garudiano dentro de la colmena?”

Kami sacudió su cabeza. “No muy seguro.” Las colmenas eran los únicos lugares en el planeta impenetrables a las Transmisiones y vuelos extra corporales Garudianos; pero la presencia continua de los Invids en el mundo en general había confundido las cosas. Las nubes y el viento estaban llenos de siniestros murmuraciones.

“Entonces tenemos que averiguarlo,” Rick dijo, dándose vuelta para indicar a los otros que se adelanten.

Jack permaneció atrás como guardia de retaguardia, mientras que el resto del equipo comenzó a abrirse camino por sobre la colina baja que era el borde del cráter y descendió dentro de la misma hoya. Estaba más caliente aquí, Rick se dio cuenta sin tener que verificar los displays sensores del traje; fragante, también, él imaginó, como los bosques de árboles de Optera en Praxis lo habían sido. Ellos se estaban acercando al borde del área de cultivo ahora, y era hora de que Kami lo hiciera solo.

“No tomes ningún riesgo,” Rick le advirtió. Él verificó su cronómetro. “Una hora. Si no estás de regreso para entonces, nos iremos.”

“Haré que la noticia le llegue a usted a través del grupo si algo sucede.”

La organización clandestina, Rick recordó.

“Sólo ve que ello no ocurra,” Rem dijo.

Karen y Lisa desearon a Kami suerte, y él se puso en marcha.

Entonces de repente una pequeña montaña estaba creciendo bajo sus pies. Rick pensó por un momento que este podría ser el modo en que los árboles de Optera de cubierta en forma de bulbo se impelían a sí mismos desde la tierra. Lisa y los otros habían sido tirados al piso, pero él aún estaba montando la elevación hacia arriba, los brazos extendidos como un caminante de cuerda floja. En otra parte él pudo ver dos jorobas más comenzando a formarse. Kami gritó algo incomprensible, precisamente antes de que Rick saltase y atrapase una red de zarcillos parecidos a enredaderas que se encajaban en la cubierta en forma de bulbo del árbol más cercano. Él estaba pendiendo a tres metros sobre el suelo ahora, mirando hacia abajo a sus compañeros de equipo y preguntándose por qué ellos tenían sus armas desenfundadas, cuando un Pincer Scout de tres garras repentinamente embistió el árbol ni a treinta centímetros de su cabeza. La cubierta en forma de bulbo se partió abriéndose como un melón demasiado maduro, regándolo a él con un material verde viscoso y lo que él consideró eran semillas.

Lisa y Karen, entretanto, estaban disparando cargas a la nave-cangrejo, tratando de colocarse en posición apropiada para realizar un disparo certero al escáner del mecha, una boca sobresaliente de color rojo se abrió en la superficie ventral de su cabeza blindada. Pero los Scouts que se habían unido al primero estaban avanzando, y las dos mujeres fueron forzadas a lanzarse fuera de debajo de un par de pies endidos. Un mecha estaba zapateando el suelo, tratando de pulverizarlos, aún mientras Rem y Kami estaban punzando su coraza de forma de mariquita con disparos de Wolverine.

Rick se desenredó antes de que el primer Scout pudiera atacar de nuevo, dejándose caer, doblándose, y rodando para alejarse del camino del mal, y de algún modo logrando aparecer con su arma levantada. Él golpeó a su gigantesco agresor en la articulación de la rodilla y éste cayó en un choque ensordecedor; luego colocó un segundo tiro a través de su escáner, y se agachó para cubrirse

cuando la cosa estalló.

La fuerza de la ráfaga arrojó a uno de los otros Scouts duramente contra los árboles, donde aquel tropezó y cayó después de abrir desgarrando media docena de bulbos. Rem vio que se haga que la nave no se levante, lanceándolo y abriéndolo desde la entrepierna hasta el escáner. Rick había quedado aturdido y temporalmente sordo por la explosión, pero volvió en sí a tiempo para ver al mecha restante levantar su pie izquierdo para destrozarse a Karen y a Lisa, quienes también habían sido derribadas por la ráfaga. Él corrió rápidamente detrás del Scout, como si preparándose para cortarlo detrás de la rodilla, y vació su arma de mano directamente en el lado de abajo del blindaje posterior y cónico de la cabeza de la nave, produciendo una cascada de rayos de energía y un estruendo ensordecedor que decapitó a la nave, arrojando a su piloto Invid al suelo. Kami y Karen agujerearon a la criatura, aunque probablemente ya estaba muerta, y corrieron rápidamente al lado de Lisa. Rick hizo lo mismo, repentinamente afligido de terror. El traje de ella estaba roto; ella estaba ensangrentada e inconsciente.

“¡Tenemos que llevarla de regreso a la nave!” Rick dijo, levantando la vista hacia sus compañeros de equipo. Pero todo lo que obtuvo en respuesta fue una mirada de resignación. Rick vio a Kami y a Karen echar a un lado sus armas. Él se dio vuelta rápidamente, todavía acucillado, a tiempo para ver a más de una docena de soldados Invid emergiendo del huerto para rodear su camino de suelo manchado de verde.

“Tire su arma,” uno de los soldados del tamaño de una Praxiana dijo en Tiresiano, blandiendo un rifle/cañón de apariencia maligna y mirando hacia abajo a Rick a través de un casco alargado.

Rick lo hizo así, al momento que un oficial se acercó abriéndose paso a través del círculo. Aquel miró a Lisa por un momento, luego giró su hocico hacia Rick.

“La colmena lo ha estado esperando,” aquel anunció.

“Nuestro Regente ha dicho que él encuentra a su raza muy curiosa, y ahora comprendo porque. Ustedes son un poco más como gusanos de lo que yo me había imaginado, y en realidad hay hedor de muerte cerca de ustedes.”

El interior de la colmena era un invernáculo caliente, pero la voz del científico era fría y analítica. Rick, Rem, Kami, y Karen habían sido hechos marchar a punta de pistola a través de la misma entrada que Rick había divisado desde el borde del cráter. Allí, sus cascos y transpiradores habían sido quitados. Uno de los soldados había llevado a Lisa sobre su hombro. Ella aún estaba inconsciente, gimiendo una que otra vez en su delirio. Rick estaba siendo mantenido alejado de su lado. Kami, ya sucumbiendo a la atmósfera artificial de la colmena, había sido esposado y arrojado en un rincón.

“Ese olor es el hedor de la sangre de sus propios soldados,” Rick gruñó al científico, señalando con un ademán a su traje manchado de verde.

“El ataque final de la criatura acorralada,” el Invid dijo a su grupo de asistentes descalzos vestidos de blanco, en Tiresiano en consideración a Rick. “El ser usa las palabras como las armas.”

“¿Qué quiere con nosotros? ¿Por qué sus soldados no nos mataron?”

Los sensores del hocico del científico se crisparon, como si él estuviese oliendo el aire. “Tal vez lo hagamos. Pero hay cierta información que necesitamos primero. Nos ahorraría muchas molestias si usted simplemente accediese a responder nuestras preguntas –incluso podría salvar sus vidas.”

Rick bufó. “Sigue soñando, babosa.”

“Como lo pensé,” el científico se dirigió por sobre su hombro. Él estudió a Rick un momento, luego empezó a caminar hacia abajo de la línea, deteniéndose delante de Kami. “Usted era uno de los Garudianos escogidos por Tesla para el zoológico del Regente, ¿no lo era usted?”

Kami se inclinó hacia delante como si fuese a susurrar algo y trató de morder la cara del Invid, fallando por poco. Al momento, un soldado tomó a Kami por la garganta por detrás; en su débil estado, el Garudiano fue fácilmente sometido.

El científico lo echó a un lado con una sacudida y continuó su evaluación del grupo, mirando de reojo, Rick pensó, a Karen, y confundiendo por un momento sobre Rem. “Pues, eres Tiresiano.” Él dijo finalmente, y giró rápidamente en una vuelta excitada para mirar de frente a su grupo. “Tenemos una oportunidad maravillosa aquí para realizar algo invaluable para el reino. Para el registro,” él añadió, mirando a Rick, “¿dónde están los Maestros Robotech?”

Rick apretó sus cejas. “¿Los Maestros?”

“¿Sí. ¿Dónde está la matriz de la Protocultura?”

Rick gruñó. La cosa se había convertido en una espina en el lado de la galaxia. “No sé de lo que está hablando.”

“Esa es apenas la respuesta que necesitamos para justificar prescindir de sus vidas, terrícola. Sea razonable; ustedes tienen naves abastecidas con combustible de Protocultura, armas con base en la Protocultura... ¿Cómo obtuvieron éstas si no por contactarse con los Maestros ó la matriz? A menos que, por supuesto, las Flores de la Vida crezcan en su mundo hogar...”

Rick luchó para evitar denotar su sorpresa. De modo que eso es lo que están buscando, él pensó, y recordó algo que Roy Fokker le había dicho hace casi diez años atrás sobre la advertencia que Lang había inadvertidamente animado en la SDF-1 –¡la advertencia de Zor sobre el Invid! ¡El Tiroliano lo sabía!– él sabía que el Invid finalmente iría en busca de la matriz. Las palabras de Cabell a Lang sonaron en los oídos de Rick: ¡Deben destruir al Invid aquí, destrúyanlos mientras aún pueden!

“Veo algo en sus ojos, humano,” el científico estaba diciendo. “Usted sabe algo.”

Rick apretó sus labios en una línea delgada.

“Entonces tal vez sus sueños nos dirán lo que deseamos saber.” El Invid agitó una mano a los soldados. “Lleven a los humanos afuera.”

“¡Usted no puede!” Kami dijo, su tráquea apretada por el puño del soldado. Otros se habían acercado para agarrar a Rick, Karen, Rem, y a Lisa. “¡Ellos morirán!”

“Sí,” el científico dijo prosaico, “probablemente morirán.”

Capítulo 10

Los psico escáneres que el Invid empleó en Garuda (en Hunter y el resto) fueron modelados según dispositivos similares desarrollados por los Tiresianos. Irónicamente, los Maestros Robotech habían usado los escáneres en Zor poco después de su muerte, (y los volverían a usar para monitorear a Zor Prime después de que el clon había sido insertado en el Decimoquinto ATAC), al igual que el Invid los estaba usando en Rem.

*Historia de la Segunda Guerra Robotech, volumen
XXXI, "Tirol"*

Sueña un pequeño sueño conmigo.

Lírica de una canción de finales del siglo XX

El humano masculino estaba soñando con una persecución. Él estaba siendo perseguido por un tipo de criatura pájaro con una envergadura de alas enorme, y –un científico Invid había notado– un cuerpo de forma curiosamente parecida a aquellas de las aves de rapiña retratadas enfrentadas en la insignia del uniforme humano. El humano estaba corriendo colina abajo, desesperadamente fuera de control, con el ave picoteándolo en el cuello y la espalda, batiendo sus grandes alas todo aquel tiempo. El telón de fondo del sueño era un mundo de paisajes asolados, estéril, extensiones craterizadas de flujo volcánico solidificado. El humano era, y al mismo tiempo no lo era, ambos: el perseguido y el perseguidor. Multitudes de otros humanos parecían estar observando el evento

desde fuera del campo, señalando con ademanes, indicando, aplaudiendo, riendo. Uno vestía la cara de la hembra humana herida la que estaba siendo aterrorizada ahora por sus propios sueños –sin embargo ella estaba favorablemente dispuesta aquí, deseosa de ayudar al hombre que corría, eso parecía.

“No hay nada de utilidad para nosotros en los pensamientos de éste,” el científico principal dijo desechándolo. Desilusionado, él volteó de las imágenes en la esfera instrumental y se dirigió hacia la esfera que sus asistentes habían instalado para monitorear los sueños de la hembra herida.

Lisa, al igual que Rick, Karen, y Rem, estaba sujeta por su espalda a un tipo de camilla, con su cabeza situada debajo de un dispositivo de apariencia gruesa y pesada en forma de anillo que se asemejaba a una versión a menor escala de un escáner MRI. A lo que los científicos Invid llamaban sueños, sin embargo, eran una variedad de los muy alterados estados de consciencia, infernal de una manera general, normalmente mantenidos bloqueados detrás de esas puertas proverbiales de la percepción. Cinco minutos de exposición a la atmósfera contaminada de Canadá habían sido suficientes para producirlos. Los científicos no tenían manera de saber si esta exposición podía llegar a ser una exposición letal –algunos Invid habían durado tanto como media hora sin sufrir efectos irrevocables. Pero estos humanos eran cosas frágiles; físicamente fuertes para su tamaño, eso era verdad, pero con poca tolerancia a aún las más leves agresiones psíquicas. Ellos eran habitantes de los reinos de base, los mundos percibidos por los sentidos en el extremo inferior del espectro, tan insubstanciales como el polvo interestelar, y por lo tanto altamente sacrificables.

El líder del grupo vestido de blanco activó ahora la esfera acoplada al dispositivo sobre la cabeza de Lisa, y aquí, también, los científicos encontraron imágenes de persecución. Kami, abozalado y esposado en un rincón del laboratorio de la colmena, estaba muy sumido en su propio delirio para tomar nota de la consternación de ellos.

“Parece haber algo así como una fijación con ellos,” uno de los asistentes aventuró.

La hembra humana estaba para todos los intentos y propósitos

atrapada en una escalera de caracol que carecía de cualquier término bien definido. Además, lo que sea que la estaba persiguiendo, cazándola, era una cosa demasiado vaga como para ser intraducible por los circuitos de Protocultura de la esfera. Había destellos momentáneos de una criatura felina, sin embargo, que rememoraba los propios Hellcats del Invid. Pero la preocupación central del sueño y del soñador era el aparentemente reducido tamaño de la hembra.

“¿Una referencia a los Zentraedi, tal vez?”

El científico principal hizo un sonido de descontento. “¿Quién puede decirlo con estos seres? Continuemos.”

Ellos se agruparon delante de la esfera de Karen después, los brazos cruzados y las manos cuatro con cuatro dedos metidas en las mangas de sus mantos. El principal entre ellos se había encontrado extrañamente conmovido por esta humana de ojos verde y de cabellos color miel; pero desafortunadamente sus sueños aterradores probaron ser tan ordinarios y no revelantes como los previos. Su mundo al menos estaba poblado con una multitud de otros seres, pero ellos estaban allí principalmente para asegurarse de que Karen se horrorizase convenientemente por la perspectiva de ser enterrada viva.

El jefe expresó su hastío después de mirar por un minuto. “Que raza lastimosa... Uno se pregunta por qué no caminan temerosos de sus propias sombras. Han sido más traumatizados que la propia Optera.”

Ahora ellos habían alcanzado a Rem –el Tiresiano– y para su asombro absoluto, allí en color vívido y de tamaño natural en el centro de la esfera asistente estaba Optera. Esto habría sido explicado y desechado, pero luego ellos se encontraron viendo imágenes de la Regis en su estado pretransformado! Y esta no era la deshojado Optera de su presente voraz, pero el mundo edénico de su pasado racial –un mundo fantástico verdoso, con campos de Flores asoleándose en el calor de los soles gemelos del planeta, extendiéndose tan lejos como el ojo podía ver a través de un paisaje de belleza idílica. Aquí estaba la armonía perdida, el esplendor inocente, la comodidad paradisíaca que ahora ellos podían acceder sólo en los momentos de trance colectivo, o en los impulsos místicos

de la propia Reina-Madre.

Los científicos fueron sometidos al silencio, a lágrimas de una clase etérea.

“Es como si...”

“Dilo,” el jefe demandó.

“...como si éste hubiera conocido a nuestro mundo antes de la llegada de los tecno-viajeros.”

“Éstos son sus pensamientos.”

Con lo que se traduciría como vergüenza, el científico principal desactivó la esfera y guió a su grupo hacia una esfera significativamente más grande que el resto –su instrumental de comunicaciones, dominado por un espécimen relativamente pequeño de un cerebro alojado en una cámara en forma de burbuja.

“Debemos informar al Regente de esto al instante.”

“¿Y decir qué?”

“¡Que hemos encontrado a Zor!”

Le había tomado a Jack toda la fortaleza interior que él pudo reunir el abstenerse de arrojarse en ese huerto de la hoya con armas llameantes... Él había oído la explosión que derribó a la primer nave Scout, y había escarabajado hasta la cima del borde del cráter como una cabra montés que tomó anfetaminas. Fuego de armas, seguido de explosiones... para cuando él llegó allí, Rick y los otros estaban rodeados por soldados Invid. Lisa había caído, Rick inclinado sobre ella. Kami, Rem, Karen! Él había localizado un lugar ventajoso y seguro y observó como sus amigos eran llevados hacia la colmena; entonces poco tiempo más tarde ellos habían reaparecido en la entrada con apariencia de túnel del domo, esta vez despojados de sus transpiradores. Por alguna razón él se había sentido obligado a cronometrar la exposición de ellos, sentado allí impotente y casi enloquecido mientras el display del cronómetro contaba los minutos, ¡cinco minutos con el corazón detenido! Él había corrido hacia el lugar donde ellos habían escondido los Hovercycles, encontrado su camino de regreso hacia los senderos

que ellos habían hecho antes del amanecer, reingresado a la aldea... todo ese tiempo esperando que Shock Troopers emergieran de la tierra, que Hellcats o Robo autómatas saltasen sobre él de las copas de los árboles. Perseguido por pesadillas...

Jack estaba terminando ahora su apresurada y jadeante recapitulación, sentado de piernas cruzadas en la vivienda comunal de la aldea y chupando alimento nutritivo por un tubo mientras el jefe y algunos de los Sentinels lo miraban.

“Tenemos que liberarlos,” él dijo finalmente, su sed aplacada. “Inmediatamente, antes de que sean movidos.”

El jefe habló con un miembro de la tribu; el Garudiano masculino inclinó su cabeza varias veces y se marchó apresuradamente. “Él ha sido instruido para pasar la palabra,” el jefe explicó. “Seremos alertados si y cuando sean movidos.”

Learna estaba fuera de sí, el pelaje de su cuello erizado. Ella había intentado una y otra vez Enviarse a la colmena, pero cada uno de sus intentos había terminado en un fracaso. “Kami morirá dentro de la colmena. Él debe ser regresado al aire de Garuda.”

“Él no fue sacado con el resto de ellos,” Jack le dijo, luego volteó hacia Cabell. “¿Cuánto tiempo es demasiado tiempo?”

El anciano hizo como si fuera a acariciar su barba debajo del traje. “No puedo responderte, Jack. Tirol envió a los Zentraedi aquí, a los clones... Creo que Rem y yo somos los primeros Tiresianos en pisar Garuda desde que el mismo Zor desembarcó aquí.”

“¿Siquiera puedes estimarlo?” Jack lo presionó.

Cabell vio la frustración y la preocupación de Jack. “No considero que algo menor de quince minutos resulte fatal.” Él se alivió al ver a Jack relajarse un poco.

“¿Pero por qué harían eso –por qué no sólo matarlos?” Gnea pensó preguntar.

El jefe encogió sus poderosos hombros. “Para torturarlos, tal vez para ver si podían aprender algo de sus pensamientos.”

“Muy bien,” Max interrumpió, “supongamos que esperamos hasta el crepúsculo. Su gente se estará dirigiendo de regreso a los campamentos para entonces, ¿no es así?”

Learna y el jefe inclinaron la cabeza, inciertos.

“Montamos una incursión de distracción en una de las otras

colmenas. Tratamos de retirar tantos de sus mecha como podamos. Al mismo tiempo, un equipo de rescate ingresa.”

“De acuerdo,” Jack dijo, y algunos de los otros se le unieron en expresar su apoyo.

“No sé,” Cabell objetó cuando todos se habían aquietado. “Es arriesgado. Esas colmenas son mucho más complejas de lo que aparentan.”

“Bueno, por supuesto que es arriesgado,” Jack argumentó, “pero no veo que tengamos elección. ¿Qué se supone que hagamos –ir y tocar a la puerta? Uh, discúlpennos, pero queremos saber si ustedes estarían dispuestos a regresarnos a nuestro compañeros de equipo–”

“Hay una manera más fácil de hacerlos regresar.”

Jack giró para ver quién lo había interrumpido. Cuando vio que era Burak él se calló, junto con casi todos los demás. El Perytoniano se había convertido en un tipo de ser invisible desde el intento de motín, y el oírlo repentinamente hablar, mucho menos ofrecer una opinión, era algo así como un evento.

“Ustedes están olvidando nuestra raza en el agarro,” Burak dijo a la perplejidad colectiva del grupo.

“Querrás decir ‘as de reserva,’” Jack lo corrigió.

“Lo que sea–”

“Tesla,” Cabell exclamó.

El diablo de Peryton asintió con la cabeza.

“¿Un intercambio de rehenes?” Max preguntó.

Burak sonrió falsamente debajo de su máscara. “Algo así.”

En Optera, el sirviente del Regente reportó que sólo esos cinco Sentinels habían sido capturados en Garuda; él no era tan tonto como para adelantarse a los científicos. El Regente se estaba relajando en su baño nutriente estéril cuando el comunicado fue recibido, habiendo descubierto que él podía esencialmente avalar los mensajes meramente por poner el pie en la tina de tamaño olímpico. Ansioso de alguna noticia de Tesla, o de información referente al próximo destino de los Sentinels, él había pasado la

mayor parte de la semana en el baño, esperando. Ahora él prácticamente corrió a la sala del trono, ciñendo su manto al acercarse a la esfera de comunicación.

“Cinco Sentinels,” él dijo sin aliento. “¿Cuáles?” “Un Garudiano, tres humanos, y... un Tiresiano.” El Regente estuvo complacido al enterarse de que él había previsto correctamente el destino de los Sentinels. Él había pasado la palabra a todos sus tenientes de que sus tropas deberían estar en alerta. Pero eran prisioneros en busca de los cuales él estaba esta vez, ningún recuento de cuerpos, y ninguna mención debería hacerse de su supuesto asesinato. Con los prisioneros a su disposición, él esperaba enterarse de si Tesla había actuado solo, o aliado con los rebeldes.

“Un Tiresiano dices.”

“Sí, mi señor. Lo tenemos aquí con nosotros ahora.” El Regente fijó la vista en la cara afligida de terror centrada en la imagen de la esfera, y trajo su mano a su hocico en un gesto de contemplación. “Éste luce... familiar de algún modo.”

“Bueno él debería, Su Alteza,” el científico principal dijo cuando la imagen de Rem desapareció. “Sometimos a los tres humanos y al Tiresiano a la atmósfera de Garuda en un esfuerzo para extraer los datos que usted pidió.”

“¿Y?” el Regente contestó ansiosamente. “Descubrieron la localización del mundo hogar de los humanos –¡la Tierra!”

“No. Sin embargo, podríamos tener una pista en cuanto al paradero de la matriz,” el científico fue rápido en agregar. “Mi señor, permítanos mostrarle en pantalla para su placer los resultados de la exposición del Tiresiano.”

El Regente miró ceñudamente a la esfera. “No me aburran con detalles,” él advirtió.

“Usted encontrará que esto en lo absoluto es aburrido,” el científico le dijo.

El Regente miró la reproducción de la grabación por un momento, luego se tambaleó hacia atrás, postrándose en su trono de respaldo alto. Él se sentó boquiabierto, un esposo vencido mirando videos de su esposa... la seducción, la transgresión, las consecuencias crueles, todo capturado en detalle gráfico. Esa cara, esa cara...

“¿Cómo?” el Regente finalmente logró decir. “¿Cómo es esto posible? Él está muerto.” ¿O es él? el Regente repentinamente se preguntó. Habría estado él engañado todos estos años en pensar que Zor estaba muerto, cuando en realidad... No, él pensó. Zor estaba muerto. ¿Pero cuál era entonces el origen de estas imágenes? Un simulagente, tal vez, como el mismo que él había creado para que tomara su lugar en la cumbre—

“Sabemos que Zor está muerto,” el científico estaba diciendo. “Pero de algún modo sus memorias viven en éste —un clon, sospechamos.”

El Regente se puso de pie de golpe en la silla. “¡La matriz!”

“Precisamente.”

“¡Él debe ser enviado a Optera al instante!”

El científico inclinó su cabeza un poco. “Por supuesto, mi señor. ¿Pero no sería mejor aprovecharse de la proximidad de Garuda a Haydon IV? Puedo recordarle a Su Alteza de los dispositivos de allí, que son por lejos superiores—”

“Sí, sí. Vea que se tomen las medidas. Yo partiré inmediatamente,” el Regente añadió, ya de pie.

“Hay un pequeño detalle, sin embargo...”

“¿Qué?”

“Nos hemos enterado de que la Regis está allí.”

“¡¿En Haydon IV?!”

“Sí, mi señor. ¿Debemos esperar hasta que ella parta antes de transportar al clon?”

El Regente comenzó a coincidir, pero cortó sus palabras. ¿Por qué no dejarla ver al clon? Él se preguntó. ¿Por qué no dejarla ver otra vez la cara de Zor, dentro de sus propios pensamientos y recuerdos? Él soltó una carcajada. Para estar allí, para ver su cara cuando el clon sea presentado...

“No, no deben esperar,” el Regente dijo brevemente. “De echo, simplemente debes decirle que tienes un regalo para ella —un regalo de su afectuoso esposo!”

“Necesito ver a Tesla al instante,” Burak dijo a Janice cuando él salía de la rampa del transbordador en la bahía de acoplamiento de la SDF-7. Gnea y Max habían viajado con él, pero ellos ya se estaban alejando precipitadamente para encontrarse con Wolff y Vince Grant.

Janice pensó oír algo semejante a la arrogancia en la voz del Perytoniano, pero decidió dejarlo indisputable. “Por supuesto, Burak,” ella dijo, haciéndole una seña para que la siguiera.

Ellos no hablaron por la duración del largo paseo hacia el compartimento de carga que se había convertido en la habitación de Tesla; pero cerca de la escotilla cerrada Burak se detuvo y dijo, “Solo.” El Perytoniano se colocó entre Janice y la escotilla.

“¿Hay algo que yo debiera saber?” ella arriesgó.

“Debería saber que a él no le gusta mucho usted,” Burak susurró en respuesta amenazadoramente, señalando con un ademán por sobre un hombro con su mano de dos pulgares.

Janice rió. “Y hacemos tal pareja adorable. ¿Es mi buena apariencia o mi personalidad?”

Burak torció su cara demoníaca en consideración a ella.

“Sigue haciendo eso y tu cara se quedará así,” ella dijo, yéndose.

Burak bufó y entró al compartimento, extrayendo Frutos contrabandeados de su uniforme y moviéndolos casualmente de un lado a otro hacia Tesla, quien estaba sentado en un embalaje de tablas enorme.

“¿Qué es todo esto?” el Invid preguntó quisquillosamente, cuando uno de los Frutos mutantes rebotó de su hocico.

“Tengo buenas noticias,” Burak anunció, asumiendo una postura orgullosa y permitiendo a Tesla mirarlo un momento. “Tú reclamas ser más evolucionado que el Regente. Eso significa que los científicos reconocerían tu grandeza, ¿no es así?”

Tesla agachó repentinamente su hocico, miró alrededor del compartimento como un felón, e hizo una señal a Burak para que mantenga su voz baja. “Sí, ciertamente,” él dijo. “¿Pero qué tiene esto que ver con algo?”

Burak estudió uno de los Frutos. “¿Supón que pudiera arreglar una audiencia con los científicos aquí?”

Tesla se horrorizó por la perspectiva. “Tú debes—”

“Hunter y unos cuantos de los otros fueron capturados,” Burak rápidamente explicó, levantando la vista hacia el Invid. “Yo sugerí que te intercambiásemos por ellos. De esa manera—”

“¿Tú qué?”

“De esa manera tú serás capaz de afirmar tu derecho al trono – precisamente como tú... lo deseabas... ¿Qué ocurre?”

Cansadamente, Tesla se había vuelto a sentar. “Tonto,” él murmuró, sacudiendo sus manos. “Acabas de sellar mi destino.”

“P-pero...”

“Es demasiado pronto, Burak, demasiado pronto. La Regis me enviará a los posos.” Él levantó la vista. “La próxima vez que veas a Tesla él será un gusano.”

Burak hizo un sonido de angustia, viendo que sus propios sueños para Peryton se esfumaban; y precisamente entonces Janice, Vince Grant, Gnea, y Lron irrumpieron en el compartimento. La amazona Praxiana tenía un blaster armado en sus manos.

“¿Todos listos?” Janice dijo brillantemente, mirando atrás y delante entre Burak y Tesla. Cautamente, Lron y Grant se habían acercado para esposar las muñecas del Invid y colocar una pechera de preso alrededor de su cuello.

“Muy bien, Invid, vámonos,” Gnea dijo, blandiendo el arma.

Lron dio a Tesla un suave empujón.

Tesla miró hacia abajo y atrapó la sonrisa de Janice.

“Supongo que este es su día de suerte,” ella le dijo.

Jonathan Wolff estaba sentado en el puente del crucero con sus pies apoyados sobre una de las consolas de las estaciones de trabajo. Él estaba solo para variar, Grant y la mayoría de la tripulación se habían ido apresuradamente hacia el compartimento de artillería. Bien al alcance de la mano, en el piso al lado de la silla de comando, estaba una botella de brandy de las Tierras del Sur. Estaba casi vacía.

“Por el rescate,” Wolff dijo ahora, brindando por Garuda a través del puerto de observación delantero y alzando la botella a sus

labios. Él engulló un centímetro y tembló.

Los Hunter habían ido y fueron capturados, junto con Karen, Rem, y ese Garudiano –Kami. Y Max o alguien se imaginó que ellos podían trocarlos por Tesla, sólo Wolff no apostaba mucho a ello. Por supuesto él no se lo había dicho a ellos –oh no, no debía pinchar el globo a nadie, no desanimar y toda esa estupidez anticuada. Pero eso era lo que él sentía. El Invid traicionaría su palabra, quizá los Sentinels traicionarían la suya, alguien traicionaría al otro... él no necesitaba estar allí para ver hundirse todo.

“Así que aquí hay traiciones,” él dijo, y tomó otro trago. “Minmei, tú... malvada.”

Vuelto rápidamente en risa, Wolff balanceó sus piernas lejos del tablero de control. Sí, ella fue una malvada, al decirle que vaya a dar un paseo, enamorándose de su enemigo. “El enemigo de la Tierra,” Wolff enfatizó. “Hay que ser justo con el hombre.” Él bebió de nuevo, mirando inexpresiva y fijamente a la botella cuando la bajaba, meciéndola de un lado a otro.

Sin advertencia, un tono sonó en el puente y casi lo estremeció. Él se extendió para alcanzar el interruptor del comunicador y dejó caer su puño, errándole, pero dándole en el tercer intento.

“Wolff,” él dijo.

“Una nave pequeña,” uno de los nuevos hombres de la tripulación reportó. “No mucho mayor que un Alpha. Un transporte, quizá.”

“Póngala en pantalla,” Wolff dijo, girando hacia una pantalla.

“Imposible, señor. Demasiado lejos para visuales.”

“¿Está a tiro?”

“Apenas.”

“¿Armada?”

“Negativo, señor. Pero fue lanzada desde el sector donde los Hunter están siendo retenidos.”

Wolff contempló la señal luminosa en la pantalla.

“Déjela ir,” él dijo. “¿Del modo en que están las cosas, qué diferencia hará una pequeña nave?”

Capítulo 11

A diferencia de los Zentraedi, quienes en cierto sentido les habían enseñado todo lo que sabían sobre la guerra, los Invid no eran de la idea de tomar rehenes. La razón para esto puede ser rastreada hasta el período caótico siguiente a la defoliación de Optera por los recientemente creados guerreros clones de los Maestros. El Regente estaba convencido de que Zor había robado las Flores de la Vida sólo para ofrecerlas a cambio de la misma Regis. Emulando al Tiresiano entonces, el Regente había enviado a su nuevo ejército no para matar, sino para capturar a Zor, ¡con la esperanza de tenerlo de rehén para el regreso de las Flores!

Bloom Nesterflg, La Organización Social del Invid

“Sólo creo que deberíamos hablar sobre esto primero, eso es todo,” Tesla dijo a los reunidos Sentinels, pilotos de Bioroid, y miembros mixtos de la tribu de Kami.

Él pudo ver que los Garudianos no estaban exactamente emocionados por tener a un Invid en su medio –particularmente el Invid que había supervisado la misión de especímenes del Regente algún tiempo atrás– y él estaba comenzando a preguntarse si lograría salir de la aldea vivo, menos aún de dentro de una de las colmenas-granja. Sin embargo, él razonó, si él pudiera surgir con un plan mejor que el intercambio de rehenes que los Sentinels parecían estar favoreciendo en ese momento, él podría ser capaz de salvarse de ambos destinos.

“Después de todo,” Tesla prosiguió, denodado, “no me suena

como que ustedes tienen esta cosa totalmente desarrollada. El cuándo, el dónde, el cómo... Y por lo que sé, el Regente puede haber dado ordenes para que se me dispare a primera vista.”

Esto era verdad, y como resultado el grupo cayó en un silencio inquieto. Ellos no podían simplemente llamar a la granja, ni podían ir caminando calmadamente ondeando la bandera blanca proverbial. Pero aquí era donde Tesla debía suministrar respuestas; y en cambio él estaba repentinamente actuando como si él no pudiera admitir separarse de sus apresadores. En privado Janice había dicho a todos que esperasen ese tanto, aunque ella había sido vaga sobre las razones.

“¿Entonces para qué diablos te hemos manteniendo aquí por todo este tiempo?” Jack gritó. “Se supone que debes ser nuestro as de reserva, no algún tipo de trozo grande de peso muerto.”

“Jack, estoy herido, estoy realmente herido,” Tesla replicó, tratando de poner emoción detrás de las palabras.

El transbordador estaba de regreso en la superficie del planeta ahora. Vince Grant estaba aún a bordo de la SDF-7; pero casi todos los demás a excepción de Teal habían bajado en el transbordador. El equipo de Jean estaba en proceso de erigir un módulo médico geodésico de atmósfera controlada en los alrededores de la aldea para alojar a Rick y a los otros una vez fueran liberados. Veidt y Sarna habían afirmado que cinco o aún quince minutos de exposición a la atmósfera de Garuda no resultaría letal; pero al mismo tiempo el peligro para Rick y los otros crecía con cada momento que ellos estaban siendo privados de tratamiento apropiado. Lo que constituía el tratamiento “apropiado” aún tenía que ser determinado; y Veidt se negó a especular hasta que los humanos fueran rescatados y pasados por una serie de pruebas.

Burak estaba arrepentido de haber abierto su boca, pero no había nada que él pudiera hacer para cambiar las cosas. Además, Tesla lo estaba haciendo muy bien y aún podía convencer a los Sentinels de adoptar un curso de acción diferente.

“Oigámoslo, si es que usted tiene un plan mejor,” Miriya Sterling dijo.

Tesla colocó sus manos detrás de su espalda y se paseó de un lado a otro, la cima de su cabeza a centímetros de los pares de la

vivienda comunal. El equipo de respiración que el grupo médico había adaptado para el Invid era un aparejo provisional de máscaras, tanques, y tubos, que le daba a Tesla una apariencia decididamente elefantina.

“¿Qué les parece esto?” él preguntó por último, girando para enfrentar a Jack, Cabell, al jefe, y a unos cuantos otros. “Apartamos la atención lejos de la granja iniciando un ataque inesperado—”

“Estamos un paso delante de usted, Tesla,” Max dijo, interrumpiendo. “Infiltramos una pequeña cuadrilla al mismo tiempo, y terminamos dando a sus tropas más rehenes.”

“No tiene que terminar de esa manera,” Tesla argumentó. “No si yo estoy con el equipo comando.”

Jack gruñó. “¿Qué sabe usted que Rick no sabía? Nosotros entramos tan silenciosos como unos ratones y nos descubrieron.”

“Fueron sus mecha –sus Hovercycles– los que los descubrieron. Las defensas de la granja pueden sentir la actividad de la Protocultura. Así que aunque lograron pasar a los Inorgánicos...”

Tesla dejó la sentencia inconclusa, complacido de ver que los Sentinels estaban ofreciéndose unos a otros miradas de sorpresa.

“No es de extrañar que ellos nos tomaron la delantera,” Jack notó.

“¿Qué hay de las armas, Tesla?” Cabell pensó preguntar.

“Las armas, también,” el Invid le respondió.

Max miró alrededor de la vivienda comunal. “¿Dónde nos deja eso?”

“Espadas, ballestas, lanzas,” Gnea dijo orgullosamente.

Cabell sacudió su cabeza. “Son inútiles contra los Inorgánicos.”

“Granadas, entonces,” Learna hizo oír su voz. “Lanzacohetes—”

“Y éstos,” dijo el jefe, cuando dos de los miembros de su tribu trajeron dentro de la choza un embalaje de tablas de apariencia extraña.

Adentro había una docena de armas de fuego Karbarrianas no diferentes de la propia de pequeño calibre de Lron. Cada rifle moldeado de madera y de metal tenía un accesorio globular grande adelante del guardamonte y la palanca de recámara. “Nosotros recibimos muchos embalajes de este tipo durante los días finales del imperio de los Maestros,” el jefe continuó explicando cuando Lron

levantó una de las armas.

“Sí,” Lron dijo, “Karbarra estaba exportando rebelión entonces.” Él echó un vistazo a Tesla. “Hasta que el Invid apareció.”

Max, también, estaba estudiando al Invid. “Muy bien, Tesla,” él dijo, poniéndose de pie. “Jugaremos esto a su modo. Pero el trato se termina al primer signo de cualquier truco.”

Tesla observó a Max y a los otros a través de su apresuradamente adaptada máscara. “Ahora, ¿por qué querría hacer eso cuando he tenido suficientes problemas tratando de actuar humano?”

Esta vez el equipo era principalmente XT –Lron y Crysta, Gnea y Bela, con Learna como guía. Que Jack los acompañaría había sido dado por sentado; y, después de que al plan de Tesla se le había dado la aprobación, Janice se sumó. Las Praxianas se sentían más cómodas con sus ballestas, escudos, y espadas que con cualquier otra cosa que los Sentinels pudieran ofrecerles a modo de armamento, y Gnea no se separaría de su naginata semejante a una lanza. Pero los otros llevaban rifles de aire comprimido Karbarrianos, bolsos de explosivos de detonación a distancia, granadas de fragmentación convencionales, y lanzacohetes. Poco después de la medianoche de Garuda, el equipo de ocho miembros fue insertado por los Garudianos a treinta y dos kilómetros del cráter, dándoles amplio margen de tiempo para alcanzar la colmena-granja antes de la salida del sol.

Al mismo tiempo, Wolff y los Sterling se reencontraban en el transbordador para coordinar los planes para su incursión distractiva combinada contra dos granjas aledañas. Fue decidido que los Veritechs y los Hovertanks comenzarían sus ataques al amanecer, cuando los esclavos Garudianos aún estuviesen en los campamentos.

“Vamos a concentrar nuestro fuego contra los huertos, aquí y aquí,” Max instruyó a su escuadrón más tarde, señalando a áreas en el mapa que Learna había proveído. Las colmenas mismas –plantas

de procesamiento realmente– estaban casi ciertamente protegidas por escudos de energía como el que el Invid había colocado sobre el Royal Hall de Tiresia durante la batalla por Tirol. Pero ya que el objetivo principal de los Sentinels era atraer lejos a los mecha enemigos, Max no vio ninguna razón de que el poner como objetivo a los preciosos plantíos de árboles de Optera no lograría el mismo resultado.

“Los tanqueros del Coronel Wolff se posicionarán a lo largo de esta línea de colinas y entrarán después de que ustedes hayan completado sus incursiones iniciales. Luego ustedes han de pulverizar esa colmena. Si descargamos lo suficiente en ese escudo seremos capaces de atravesarlo.” Estallidos extremos similares habían funcionado contra las colmenas Karbarrianas. Max exploró su pequeña audiencia. “¿Alguna pregunta?” Cuando todo el sacudimiento de cabezas terminó, él añadió, “Muy bien entonces, ensillemos.”

Fuera del transbordador, él avistó a Miriya, quien había estado instruyendo al contingente Rojo del Skull, y se apresuró hacia ella al momento en que ella estaba corriendo a la cabina del Alpha. Ella había parecido preocupada durante la reunión con Wolff, y ausente aún ahora cuando él le preguntó si todo estaba bien.

“Sí, bien,” ella dijo, ofreciéndole a él una sonrisa débil debajo de su transpirador.

“No luces bien,” él le dijo, tocando su pelo. “Quizá no debieras participar en esta.” Ella se rió de la sugerencia, más por la sorpresa, él sospechó, que cualquier otra cosa. ¿Una ex Quadrono no participando de una pelea?

“Max, sólo estoy un poco cansada.” Ella se colocó el casco pensante, subió la escalera de muesca, y se acomodó en el asiento de la cabina. “Ahora borra esa mirada de preocupación de tu cara,” ella le dijo a él antes de bajar la cubierta de la cabina.

Él forzó una sonrisa hacia ella, reajustó su máscara, y corrió hacia su propio mecha. En cinco minutos ambos equipos de escuadrones estaban en el aire, desgarrando por los cielos carmesíes de Garuda antes del amanecer.

Las granjas que ellos habían escogido para atacar estaban a unos ochenta kilómetros al sudoeste de la granja del cráter, rodeadas por

bosques extensos de árboles de Optera, los cuales desde el punto de vista de Max se asemejaban a plantíos de melones extra grandes; la propia colmena era una toma congelada del casquete de la primera fase de una bomba de hidrógeno.

Él se afianzó a la palanca de mando y ordenó al Skull que lo siguiera allí, desprendiendo una docena de torpedos de napalm de los pilones del chasis del Alpha a la altura de las copas de los árboles. Lenguas furiosas de fuego líquido surgieron sobre la niebla a nivel del terreno detrás de él cuando el VT fue balístico; Max giró para mirar por sobre su hombro cuando el resto del escuadrón se zambulló para sus ejecuciones, cada explosión esparciendo masas de materia ardiente de árbol a árbol. Skull Uno giró sobre sí y se zambulló de nuevo, ahora incinerando un pedazo de bosque al oeste de la colmena, mientras el equipo de Miriya causaba un infierno en el cuadrante este. Entonces de repente allí estaban los Shock Troopers Invid en el aire, elevándose fuera de las llamas brotantes y del humo negro como un enjambre de avispones enfurecidos.

“Tenemos compañía, Líder de Skull,” uno de los pilotos de flanco de Max reportó. “Señales múltiples a las ocho.”

Max volvió su atención del mecha ascendente y dio una vuelta repentina hacia su derecha: veinte o más Naves Pincer se estaban acercando en la dirección de la granja del cráter.

“Cambiano rumbo a cero uno cero,” Max dijo por la red táctica. “Ayúdame a enfrentarlos, Danubio Azul.”

“En camino, Skull Uno. Girando...”

Max atacó con misiles fijados en la dirección del Pincer y soltó con su pulgar dos buscadores de calor; ellos encontraron la nave cuando ascendía, desmembrándola y a un segundo Pincer en el proceso. Pero los Invid estaban respondiendo al reto, y Max fue forzado a romper alto y a la derecha cuando corrientes de discos de aniquilación gritaron en el vacío que él había dejado. Sus pilotos de flanco se separaron y se propulsaron justo a tiempo, perseguidos por racimos de Shock Troopers del grupo de contraofensiva de los Invid.

Max imaginó al Alpha en modo Battloid en la cima de su ascenso, fijándose en los datos que corrían a través de sus pantallas ahora, y la red un enredo de solicitudes y chillidos locos. Una lluvia

de proyectiles se desprendió de los compartimentos abiertos del hombro del VT y cayeron en el medio del grupo de persecución Invid, eliminando a cinco de su número. Max pasó a armas de mano con lo restantes dos, las manos apretando los HOTAS, tirando al platillo a los Invid con el rifle/cañón del Alpha cuando ellos se movieron muy velozmente cerca de él.

En otra parte en el campo, el equipo de Miriya se estaba manteniendo firme contra los mecha nacidos en ese infierno de debajo. La mitad de los árboles estaba ardiendo ahora, humo espeso enturbiando el amanecer de Garuda, mientras los humanos e Invid intercambiaban descargas de muerte. Battloids y Troopers luchando cuerpo a cuerpo, manos contra garras.

“Supongo que tuvimos éxito en atraer su atención,” Max dijo a nadie en particular. Él enlazó la frecuencia de Miriya y pidió una actualización; él repitió la solicitud cuando ella no respondió, luego reconfiguró su nave y descendió para dar una mirada por sí mismo.

Miriya había pasado a Battloid y estaba ejecutando su propia versión de la Maniobra Fokker cuando Max la alcanzó. Allí había cuatro Shock Troopers revoloteando alrededor del mecha de ella, tirando golpes y corriendo. Él sonrió al observarla marcar de un golpe a uno de ellos con el cañón automático; pero esa mirada se derrumbó cuando él se dio cuenta de cuán lenta ella fue en reaccionar a los Frisbees de energía consecutivos liberados por el restante del grupo. Max estaba suficientemente cerca ahora para arrojarle a la lucha; pero la vista del desaliño de ella lo había dejado temblando, y casi confundido.

“Miriya, ¿qué sucede?” él dijo cuando el último de los cuatro había sido eliminado. “¡Miriya!”

“No... no lo sé, Max,” ella le respondió después de un momento. “Fue un rato de aturdimiento.”

“Quiero que regreses a la base.”

La cara de Miriya apareció en la pantalla de comunicación del Skull Uno. “Estaré bien. Está mejor ahora.”

“Olvídalo—”

“¡Max!” la voz de Wolff repentinamente retumbó por la red. “¡Tenemos problemas! ¡Inorgánicos –cientos de ellos!”

Max apartó la vista de la imagen de Miriya y enlazó la

frecuencia de comunicaciones con la barbilla. “Su Pack debería ser capaz de manejar esas cosas, Wolff,” él dijo.

“Ellos no están tras nosotros, Comandante,” Wolff dijo, áspicamente. “Los hijos de perra se desataron sobre el campamento –¡están atacando a los Garudianos!”

A corta distancia del huerto sitiado, el equipo de Hovertanks de Wolff estaba bien dentro del bosque rodeando la segunda granja. Desde la línea de colinas sobre la colmena en forma de domo, donde el Pack había estado configurado en Guardián, Wolff había podido observar los ardientes pases a la altura de las copas de los árboles del Skull. Él había dado luego la orden para que sus tanqueros abriesen fuego. Ellos no habían lanzado proyectiles por unos cinco minutos en el bosque cuando la primera oleada de Inorgánicos había aparecido –Hellcats, galopando a través de la tundra de Garuda y dirigiéndose directamente hacia las colinas. Fueron seguidos un minuto más tarde por filas de los bípedos Robonomos de apariencia demoníaca conocidos como Cranns y Odeons.

Wolff había odiado a las cosas desde que él las enfrentó en Tirol, y había estado esperando ansiosamente trabar combate con ellas – cualquier cosa para conseguir sacar a Minmei de su mente por algún tiempo, para abstener a su mano de extenderse por una botella... Así que él había ordenado al Pack pasar a modo estándar y dirigir la descarga hacia debajo de la pendiente rocosa, sólo para encontrar que los Inorgánicos habían cambiado de rumbo. Y había tomado sólo un momento descubrir la razón detrás de la táctica: los Invid planeaban usar a los Garudianos al igual que los Sentinels lo habían hecho con los árboles vivificantes de los Invid –para distracción. La fuerza de trabajo XT estaba extendida por más de una milla a lo largo de una ladera escasamente arbolada vigilada por una compañía de soldados Invid blindados y empuñando armas. Fue entonces que Wolff había abierto la red a Max.

Los guerreros del Skull estaban sobre su cabeza ahora; Wolff los pudo ver a través de huecos en las apiñadas bóvedas de forma de

pelotas de billar de los árboles. Los Shock Troopers y las Naves Pincer ya estaban en sus colas.

Los Hovertanks de Wolff salieron del bosque un momento después de que Skull Uno aterrizó; el Alpha estaba en modo Guardián, con el rifle/cañón agarrado en una mano, tartamudeando su severo saludo a los Hellcats. Docenas de Inorgánicos estallaron en partes cuando salvas perforantes de blindaje desgarraron al grupo, pero cinco veces ese número logró pasar la línea de VTs que aún se estaba formando, saltando sobre los mecha y continuando su loca carrera hacia los Garudianos. Conscientes de la situación ahora, los indefensos esclavos habían roto las filas y estaban intentando huir; la mayoría de ellos fue abatido instantáneamente por estallidos de las armas de antebrazo de los soldados, mientras que otros cayeron en manos de la primera oleada de Inorgánicos, desgarrados por los Hellcats o asados por los rayos disparados por las esferas armas con orificios de los Cranns.

Wolff ordenó al Pack dispersarse y formar una segunda línea; los Hovertanks se reconfiguraron y empezaron a disparar a voluntad, diezmando gran parte de la segunda oleada de salida, pero repentinamente se vieron forzados a tratar con los Shock Troopers también. Discos de aniquilación bramaron de cólera en el medio de los tanqueros, abriendo el suelo y derribando a dos de los mecha. Wolff pudo ver que los miembros del equipo azul de Max estaban pasando a Battloid y reposicionándose en oposición al Pack para formar la segunda pierna de una formación en V. Wolff solicitó un cañoneo cuando los Inorgánicos se precipitaron en el paso. Golpeada con salvas explosivas la tundra tembló y bramó; la línea de colinas atrapó los sonidos sacudientes y los lanzó de regreso, cuando Inorgánicos y Shock Troopers por igual fueron reducidos a pedazos de metal incandescente, géiseres de fuego en el aire ya recalentado.

El equipo rojo de Miriya entró en acción luego para añadir su desplazamiento ensordecedor a la cuenta. Naves Pincer y VTs se encontraron cara a cara, trabajando asiduamente uno en el otro, mientras misiles y proyectiles serpenteaban a través de la tormenta de fuego y humo.

Wolff dijo a su equipo B que se mantuvieran firmes; al mismo

tiempo él y los otros tanqueros A combatieron para abrirse paso por el terreno chamuscado y a través de árboles en llamas hacia la marcha de la muerte de los Garudianos. Impedidos de ascender la ladera por filas de soldados Invid y vulnerables por debajo al avance desenfrenado de los Inorgánicos, los XTs vulpinos estaban siendo masacrados. Wolff pensó que él podía oír sus lamentos claramente a través de la cubierta del tanque y la cacofonía de las llamadas de la red táctica. El Pack no podía disparar por miedo a matar aún más de ellos; así que en cambio Wolff guió a los tanqueros en un curso de colisión directamente hacia donde los Inorgánicos habían comenzado a agruparse en la base de la colina. Los tanques se abrieron paso destrozando lo más espeso de la matanza, curvas de deflexión precipitadas hacia abajo cortando Cranns y Odeons por la mitad. Los Hellcats saltaban sobre los mecha revoloteantes, sólo para ser volados en pedazos por armas encerradas, o aplastados a mano cuando algunos del Pack se reconfiguraban al modo Battloid.

Entretanto, en el borde del bosque los equipos de VTs de Max estaban dominando. Naves Pincer y Shock Trooper caían del cielo como en un día malo en el pantano. Los Rojos de Miriya dieron razón de la mayoría de esas matanzas; Wolff pudo discernirlos sobre su cabeza, volando en círculos alrededor de los pilotos enemigos. Él avistó un VT en particular cuando éste estaba completando un tipo de pirueta aérea que había dejado a tres Pincers en ruina; él estaba pensando que debía ser Miriya, hasta que él vio al VT sufrir un disparo que cualquier cadete podía haber esquivado. Wolff lo observó caer a plomo hacia un área de bosque devastada.

“Ese es el lugar donde fueron atacados,” Jack dijo, señalando una hilera dañada de árboles de Optera al pie de la ladera. Los cascos de las tres naves Scout habían sido removidas, pero había pruebas de los fuegos que las explosiones habían provocado. “Entonces fueron arrastrados dentro de la colmena.” Jack pasó los binóculos a Lron, una vez más indicando la dirección. “Puedes divisar la entrada o lo

que eso sea.”

Tesla le dio la palabra Invid para el portal, al barbotear algo que Jack encontró ininteligible.

“Como yo dije: lo que eso sea.”

Cuidadoso de no tocar su transpirador, Lron echó una mirada por los binóculos blindados y se los pasó a Crysta. Ella estaba elevando la intensidad un poco, cuando la señal parecida a un gorjeo de Lerna los alcanzó desde algún lugar en los árboles. Un momento más tarde, la Garudiana apareció en la base de la ladera, haciendo señas al equipo para que baje. Gnea y Bela estaban acucilladas detrás de ella, enmascaradas y vigilantes, pareciéndose más que nunca a gladiadores bárbaros transportados de alguna arena Romana. Jack dio una palmadita a Janice en el hombro y puso a todos en camino.

Ellos habían alcanzado el cráter antes del amanecer, sin incidentes a pesar de la presencia de las intensificadas patrullas de Inorgánicos. No sólo Hellcats, sino Cranns y Odeons –criaturas bastante raras en la luz del día, y positivamente atemorizantes en la niebla a nivel del suelo antes del amanecer. Aún éstos no habían disuadido a los Garudianos libres de presentarse, sin embargo; sólo esta vez era más que curiosidad lo que los motivaba: muchos se habían armado con rifles de aire comprimido Karbarrianos, levantándolos en exhibición de ayuda cuando el equipo pasaba. Justo antes de la salida del sol en el borde del cráter, Jack había visto destellos de luz explosiva en los cielos hacia el sudoeste, retumbos de truenos distantes –el bombardeo del Skull contra la granja cercana. Poco tiempo después, multitudes de Shock Troopers se habían levantado de la hoya y volado hacia el sonido de las armas.

“¿Alguna actividad?” Jack preguntó cuando alcanzó la base de la ladera.

“Nada hasta ahora,” Lerna le dijo. “Fuimos hasta la colmena.”

Jack giró hacia Tesla. “¿Qué piensa?” él dijo airadamente. Él ya no tenía paciencia para la simulación de enfermedad del Invid. El mantener a Tesla oculto en la huella había llevado a más de unos cuantos momentos desagradables; y en la ladera él se había comportado menos como una criatura consciente que como un

pedrón rodado fuera de control. Pero ahora había llegado el tiempo para que Tesla se ganase su subsistencia. “¿Cuál es su rutina?”

Tesla miró a lo que se podía ver de la colmena a través de los árboles. “Es difícil de decir, con toda la actividad que ustedes han agitado. Normalmente, los esclavos estarían llegando en cualquier momento ahora.” Tesla miró a una de las copas esféricas incrustada de enredaderas de los árboles. “Es una lástima, también,” él meditó. “Todo este fruto maduro se desperdiciará.”

Jack blandió un puñal de hoja larga cuando Tesla se extendió para arrancar una pieza particularmente de apariencia succulenta. “Aún no se lo ha ganado, Tesla. Además, usted realmente no quiere quitarse la máscara, ¿o sí?”

Tesla pensó en ello. No había ninguna razón por la que él no pudiera alzar la máscara para cuando tuviera que engullir algunos frutos; pero él decidió no incomodar argumentando el punto. Así que simplemente dejó al fruto echarse a perder en lugar de añadirlo a las muestras que él ya había atiborrado en los bolsillos de sus mantos.

“No, supongo que no,” él dijo después de un momento.

Jack le ordenó que tomase la punta; y en diez minutos el equipo llegó a la entrada de la colmena. Estaba débilmente iluminada, un túnel en forma de media luna de siete metros de alto y compuesto de lo que parecía espuma del agua de mar solidificada. Parecía haber un brillo tenue en el aire interior, pero este cesó cuando Tesla se identificó al escáner. Una huella vocal, Jack pensó, pero no podía estar seguro.

El túnel estaba mortalmente caliente, un olor maligno aun a través de los filtros de las máscara, y le recordó a Jack los videos de fibra óptica que él había visto del sistema arterial del cuerpo humano. Aquello terminaba en una rotonda, cuya enormidad e iluminación crepuscular Jack encontró desorientadoras. Docenas de pasillos desembocaban en el área, como los cuernos de detonación en una mina naval anticuada.

“Podemos dispensar de estos dispositivos,” Tesla estaba diciendo, quitándose el transpirador de su hocico. Él aspiró profundamente y sonrió a todos. Jack pudo ver que él estaba encontrando obvio deleite en su sorpresa.

“Este es nuestro vestíbulo,” Tesla dijo, con un elaborado gesto de su brazo.

Jack verificó la pantalla del biosensor que Jean había atado en su muñeca. Satisfecho, él deslizó la máscara de filtración de su boca, determinado a mantener una cara seria. Todavía cauteloso, él oliscó el aire, lo encontró ligeramente húmedo pero respirable, y dio la señal de que había pasado el peligro a los otros para que siguieran su ejemplo. “¿Cuál camino?” él demandó, guiando con su barbilla.

Tesla señaló a la escotilla circular directamente sobre su cabeza. “Allí.” Con un gesto teatral, él indicó al equipo que se reuniera a su alrededor. Ni bien lo hicieron así se encontraron encerrados por algún tipo de rayo tractor que los levantó en masa hacia la escotilla superior. Gnea trajo la punta de su lanza al lado de abajo acanalado del cuello de Tesla.

“No,” él le dijo, elevado sobre las puntas de sus pies para aliviar el contacto. “Lo malentiende. Esto es simplemente nuestro... sistema de ascensor.”

Jack y Janice estaban acucillados en posición de combate, las armas desenfundadas, examinando la circunferencia translúcida del rayo por cualquier signo de peligro. Lron, Crysta, Bela, y Kami estaban colocados en una postura similar, los rifles de aire comprimido Karbarrianos en posición terciada alta, las ballestas armadas. Tesla continuó protestando durante la duración de la ascensión de treinta segundos dentro de los tramos superiores del domo.

Lentamente, el campo tractor empezó a desaparecer.

Jack se había relajado un poco para cuando el rayo se apagó; entonces de repente él vio a cuatro guardias Invid girando para enfrentarlos, los cañones de los antebrazos levantados.

Max había visto caer al Alpha de Miriya. Él tenía su propio VT en modo Battloid ahora, y lo estaba dirigiendo hacia el sitio de caída a través de una sección de bosque ardiente. Dos del equipo de él

estaban muertos; al menos esa cantidad del de Miriya habían muerto también. Él no estaba seguro de cómo Wolff lo estaba haciendo, pero él había visto más de un Hovertank derribado por los discos de aniquilación de los Shock Troopers. Max ni siquiera quiso pensar en los esclavos Garudianos. Y repentinamente allí estaba Miriya de quien preocuparse.

Los escáneres del mecha avistaron algo más adelante, y Max aumentó la intensidad, estudiando las pantallas de datos del biosensor. Un minuto más tarde él tuvo visuales. Era el Alpha Rojo de Miriya a salvo, en configuración Guardián ladeada, el radomo inclinado hacia el suelo –un ave herida.

Luego Max detuvo a los Hellcats –cuatro de ellos, atacando la cubierta de la cabina del VT con frenesí, golpeándola con golpes descendentes de sus cabezas blindadas. Él pudo ver que un Inorgánico había logrado introducir una garra, y la estaba meneando alrededor, probablemente esperando rebanar a Miriya a pedazos. Los cuatro se voltearon al mismo tiempo para mostrar a Max sus colmillos destellantes y los afilados cuernos de los hombros; dos compañeros de caza saltaron en dirección recta hacia el VT, pero él ya tenía el rifle/cañón apuntado sobre ellos. Ellos fueron despedazados en el medio del aire como pichones de barro. Max agujereó a un tercero en donde aquel estaba de pie mirándolo con odio, y ahora el último Hellcat extrajo su garra de la cubierta perforada de la cabina, se encabritó, y vino hacia él. Max trató de poner un paso hacia el costado al Battloid cuando el Hellcat saltó, pero su oportunidad se había esfumado; el Inorgánico se aferró a los escudos ablativos de la cabeza del mecha y comenzó a apisonar su hocico contra el visor de permaplas. Reflexivamente, Max se apretó hacia atrás contra el asiento de la cabina; él tenía una vista de tamaño natural de la boca mordisqueante y del falso esófago de la cosa. El Hellcat estaba gruñendo, tratando desesperadamente de abrir rebanando la barriga del Battloid con el movimiento removedor de sus garras posteriores afiladas como navajas. Max apagó los fonocaptos externos y armó los rayos láseres de la cabeza. El ángulo era casi demasiado oblicuo, pero la parte posterior del Hellcat estaba entrando y saliendo de los corchetes de objetivo y Max pensó que tendría una oportunidad. Él levantó el

brazo izquierdo del Battloid, agarró al Hellcat por la cintura, y lo jaló dentro del campo de los rayos láseres. Luego presionó el gatillo las armas. El Inorgánico levantó su cabeza cuando los rayos de luz chamuscaron su parte posterior; éste recibió el pulso consecutivo de Max justo por los ojos y cayó al suelo, sin vida.

Max pisoteó a la cosa dos veces. Él imaginó pasar a modo Guardián y aseguró su máscara al abrir la cubierta de la cabina del mecha. Miriya tenía aún que dejarse ver. Subiendo por el ala ladeada del Rojo, él miró curiosamente en el interior de la cabina destrozada y comenzó a manipular desmañadamente las palancas de liberación manual.

“¡Miriya!”

Él pronunció el nombre de ella dos veces más antes de tener éxito en hacer saltar la burbuja protectora de la nave. Ella parecía ilesa, pero inconsciente. Más inquietante, sin embargo, era el hecho de que el Hellcat le había quitado rasgando la máscara; ella había estado respirando la atmósfera de Garuda por un tiempo peligrosamente largo.

Capítulo 12

Varios comentadores se han sentido compelidos a señalar que el “desliz” de Jonathan Wolff [sic: véase Calaveras y Bribones de Mizner; La Verdadera Historia de la Misión Expedicionaria de la SDF-3] fue tal vez el evento de giro de la Tercera Guerra Robotech. El razonamiento va algo así como esto: Si Wolff hubiese disparado sobre la nave Invid, Rem nunca habría alcanzado Haydon IV; y sin Rem, la Regis no habría sido capaz de instruir al Sensor Nebulosa para explorar los brazos extremos de la Galaxia en busca de evidencia de la matriz, y no habría, por lo tanto, encontrado la Tierra hasta años después de que la Misión Expedicionaria retornó. El lector debe decidir por sí mismo si algo se ganará por tal especulación; pero yo señalaría que el razonamiento de Mizner puede intentarse aplicar en ambas direcciones. Es tan fácil culpar a Lynn-Minmei como lo es a Jonathan Wolff.

*Nota al pie de página en El Camino a Punto Reflex de
Zeus Bellow*

Una nave Invid, un pequeño transbordador, se había acoplado a la instalación del puerto espacial de Haydon IV. A la Regis se le había dicho que era de Garuda –y que cargaba regalos.

Ella estaba en su cuartel temporal en la cima de una de las maravillas arquitecturales ultratecnológicas de la ciudad cuando la noticia de la llegada de la nave le fue entregada. Fuera de alcance, a ella le gustaba pensar; distanciada de la presencia inquietante y fría

de las criaturas revoloteantes y sin extremidades del planeta, de la desplazada y aún descontenta Hermandad Praxiana, de sus propios descubrimientos disturbantes... Y fuera del alcance del Regente, de sus oscuros proyectos y planes locos.

Pero quizás, Haydon IV sólo había agravado la miseria que ella había traído consigo aquí desde Optera y Praxis. Ella se sentía a la merced de un anhelo confuso el que ella no podía definir; una necesidad de liberarse de esta condición sin perspectiva.

Ella supuso que debía haber estado agradecida que los habitantes de Haydon IV en ningún modo habían jugado con ella o negándole algo; pero tampoco la habían aceptado a ella como el ser evolucionado que ella imaginaba ser. Era más preciso decir que ellos habían tolerado su presencia –como si ellos tuviesen conocimiento particular de algún misterio arcano grandioso el cual ella siquiera podía discernir, mucho menos desenmarañar. Y además ella sentía que esto tenía algo que ver con el igualmente misterioso fundador/creador del mundo –Haydon. Los bancos de datos que ella había explorado por respuestas para sus propios acertijos evolutivos pusieron cierto vislumbre en la vida de él, pero apenas suficiente para formar un retrato completo del ser. Y ella confesó cierta trepidación al expandir sus esfuerzos de esta manera. Desde entonces el cimiento mismo del trabajo de su propia vida había sido sacudido por lo que ella había descubierto en las meditaciones transfísicas de Haydon, y de repente ella se sintió muy insegura de sí misma y de sus ambiciones para tolerar mucho más al modo de contradicciones. Había indicios, sin embargo, de que ella no estaba, como ella había imaginado, en control de las cosas; que el hurto de las Flores, la búsqueda del Invid, hasta las fechorías de Zor, no eran sino parte de un diseño mucho mayor –uno en el que ella, también, hizo poco más que representar un papel. Y ese papel... ese papel demandaba que ella aceptase que lo que ella buscaba no eran las Flores de la Vida, sino la materia que había sido conjurada de ellas por Zor –la Protocultura.

Como ella lo veía –como ella quería verlo– la Protocultura era una energía maliciosa, una malignidad que no hacía más que abastecer de combustible a la máquina de guerra de los Maestros y de su frustrado ex esposo. Para verlo como más habría que admitir

que ella había estado equivocada después de todo, que el curso del Regente era el más verdadero, el predestinado.

Y repentinamente él le había enviado a ella cierto tipo de regalo.

Ella se estaba paseando por la habitación como una bestia enjaulada ahora, aguardando a que la cosa no solicitada fuese traída a ella. Finalmente, dos de los “científicos” de su esposo fueron admitidos en su habitación; ella reconoció a uno de ellos como un maestro al cual ella misma había evolucionado para el propósito expreso de inspeccionar la recolección de la Flor en Garuda –otro de los mundos malditos que Zor había por alguna razón tenido a bien cultivar.

“Su Alteza,” el científico se dirigió a ella, inclinándose. “El Regente se apena de no poder estar aquí en persona para conferir su regalo.”

La Regis hizo un sonido ridiculizante. “Si él hubiese venido en persona, yo no estaría aquí para recibirlo. Ahora, presénteme la cosa y despídase, subordinado.”

“Por supuesto, Su Señoría,” el científico dijo, inclinándose otra vez. “Sólo que no es tanto como una ‘cosa’...”

“¿Qué es entonces?” ella le preguntó, los brazos en jarra.

“Es más al modo de una presentación viva –pero una que seguramente resultará más ilustrativa.” El científico gritó unas cuantas órdenes rápidas por sobre su hombro, y dos soldados Invid ingresaron marchando a la habitación. Intercalado entre ellos estaba un pequeño Tiresoide masculino, narcotizado, así parecía.

Confundida, la Regis redujo su estatura un poco para conseguir una mejor vista de él. Uno de los soldados inclinó la cara del Tiresoide hacia arriba para que ella la inspeccionara.

Era Zor.

Un grito sucinto se abrió paso desde las entrañas mismas de su ser, y ella estuvo cerca de perder el conocimiento, retrocediendo de los soldados y su terrible trofeo y estrellándose contra una esfera de comunicaciones.

“¡Un clon, Su Alteza, un clon!” el científico estaba voceando, consciente de la congoja de la Regis. “No nos propusimos hacerle ningún mal.”

“¡Cómo se atreve!” ella bramó, suficientemente fuerte para hacer

arrodillar a ambos soldados y científicos, y mandar a Rem al piso.

“Expusimos al clon a la atmósfera Garudiana y descubrimos que sus sueños hablaban de cosas que estábamos seguros usted encontraría–”

“¡Silencio!” la Regis dijo, cortando el torrente de palabras del científico. “Sé lo que pensaron,” ella añadió, más compuesta ahora. “Y sé qué intensiones tuvo el Regente al enviarme este... clon. ¡De piel!”

Con vacilación, el cuatro Invid hizo lo que se le instruyó, dejando a Rem donde yacía. “Su Alteza,” el científico principal empezó con una nota tímida, “Los dispositivos de Haydon IV nos permitirán mirar aún más profundo en la memoria celular del clon. Tal vez alguna pista con respecto a los Maestros o a la desaparecida matriz de la Protocultura...”

“Sí,” ella le respondió, mirando hacia abajo a Rem cuando él se quejaba y rodaba sobre sí. Le tomó a ella toda su fortaleza abstenerse de extenderse para tocarlo. ¿La recordaría él? Ella se preguntó. ¿Revelaría la memoria celular del clon lo que Zor había estado pensando cuando él la sedujo, cuando él retornó a Optera para sembrarla, respaldado por un ejército de gigantes guerreros? ¿Revelaría esa misma memoria el camino que la matriz había tomado, el rumbo que ella seguiría?... “Conduzcan sus experimentos,” ella dijo al grupo relevado. “¡Muéstrenme el futuro de nuestra raza!”

Jonathan Wolff estaba más allá de creer en milagros, pero estaba apremiado por una palabra mejor para describir la vista de varios cientos de Garudianos yendo a la carga en la escena para rescatar a sus hermanos esclavizados. Ellos estaban alcanzando la cima de la colina ahora –armados con todo desde mazas de guerra y bolos y cosas de forma de arpeo hasta armas aéreas Karbarrianas y cohetes antimecha– y cayendo sobre los soldados Invid quienes mantenían a los esclavos rodeados. Una docena más o menos de Bioroids sobre plataformas aerodeslizantes les estaban proveyendo de soporte

aéreo, empleando sus cañones montados en las varillas para hacer llover destrucción sobre los Hellcats y Cranns por igual.

Innumerables indefensos Garudianos habían sido matados en el ataque genocida de los Inorgánicos, pero eso no detuvo a los sobrevivientes de reagruparse una vez que ellos se dieron cuenta de que su mundo se había comprometido en una situación de todo o nada. Ellos se precipitaron hacia las líneas Invid, las que ya estaban forzadas al punto de ruptura, y embistieron a los no-Garudianos con una violencia que sólo una furia ciega podía liberar. Tomó cinco, diez, a menudo quince Garudianos derribar un único soldado blindado, pero uno a uno el enemigo fue derribado. Algunos eran golpeados con los puños hasta la muerte, otros desintegrados por sus propias armas, y hasta otros eran desnudados de sus máscaras y tanques de respiración y dejados ser atacados de locura homicida, enloquecidos mucho antes de que las esporas pudieran realizar su efecto –enloquecidos por el mero miedo de ese fin.

Estimulado por esta inversión, el Wolff Pack y el Escuadrón Skull hicieron todo lo que pudieron. Hasta este momento, preocupados por el bienestar de Rick y sus otros camaradas capturados habían debilitado hasta cierto punto su resolución; y requirió el avance desesperado de los Garudianos para hacerles recordar todo lo que la lucha por la liberación era. Reinspirados, los pilotos de VTs y los tanqueros de Hovertanks soltaron sus propias sombras, y barrieron como ángeles vengadores por los cielos fracturados y bosques infernales. Shock Troopers, soldados, árboles de Optera, las granjas mismas –nada los haría desistir su cólera.

Con desenfreno total, Wolff impulsó a su mecha más y más profundo dentro de la locura, destruyendo, lisiando, matando. Por un instante él se regocijó al oír la voz de Miriya Sterling por la red táctica –ella estaba acoplada ahora en tándem en el guerrero Alpha/Beta de Max– pero ése no era más que un recordatorio efímero de una vida pasada. Él se consideraba uno de los muertos ahora, no en el infierno del mundo sino en el suyo propio. Y de ese centro hueco llegó un intento asesino que no sabía de límites. Él sólo podía esperar que alguno de los Sentinels viviera para ver la victoria aquel día.

“¡Detrás de ti!” Janice gritó.

Pero Jack ya los había visto y estaba a medio camino en su giro, el lanzacohetes encima de su hombro. Tres soldados Invid estaban avanzando por el pasillo, los cañones de sus antebrazos resonando. Jack apretado el gatillo y le dio a uno de los XTs en el centro mismo. La explosión fue suficiente para tirar al suelo a los otros dos, pero sólo momentáneamente; estuvieron de vuelta de pie en un instante, reasumiendo su avance mientras Jack se esforzaba por agarrar las granadas prendidas a su cinturón de tejido.

“¡Los tenemos!” él oyó a Lron, o posiblemente a Crysta, gruñir. Los Karbarrianos estaban situados a ambos lados del final del pasillo, granadas en sus manos extendidas. “¡Ahora!” Lron dijo, y los dos giraron y soltaron.

Jack se aplanó contra el piso y cubrió su cabeza; el estruendo y el calor intimidante pasó sobre él y él rodó hacia un lado, ejecutando un chequeo rápido de la posición de todos. Janice estaba detrás de él, arrodillada sobre la masa temblante que era Tesla; Gnea y Bela estaban alejadas hacia la izquierda, a lo largo de la sección de una pared curva y sin rasgos característicos a poco del final de un segundo pasillo. Lerna estaba frente a ellas, cerca del arreglo de la esfera y pie que Tesla había llamado un comunicador. Los cuatro soldados Invid quienes los habían recibido luego del paseo de “ascensor” estaban desparramados en el piso, muertos; dos con flechas hundidas centímetros dentro de sus gruesos cuellos. Cerca dos más estaban muertos o muriendo, derribados por los proyectiles de alta velocidad de los rifles de aire comprimido Karbarrianos.

“¡Levántenlo!” Jack dijo a gritos, poniéndose de pie y señalando a Tesla. “¡Gnea, Bela, verifiquen aquel pasillo!”

Las mujeres Praxianas tenían ballestas y espadas empuñadas hacia abajo cuando se movieron; Crysta fue detrás de ellas con sus rifles lista para repartir fuerza adicional. Tesla estaba de pie ahora y desempolvándose sus mantos.

“Bárbaros,” él dijo, mirando a su alrededor a los soldados muertos.

“Cállese,” Jack escupió, dándole un codazo suave en las tripas con el lanzador.

Tesla miró hacia debajo de su hocico al humano. Para seres pequeños y primitivos, él decidió, ellos eran poseedores de una ferocidad increíble a ratos. Y mientras que esto en sí mismo no era poco común, estaba completamente en desacuerdo con los rasgos compasivos y de preocupación que a ellos les gustaba mostrar.

Tesla, Jack, Janice, y Learna estaban cerca de la esfera de comunicaciones cuando algo repentinamente cargó el aire –un zumbido resonante que llegaba hasta los huesos que transportaba un olor peculiar con él.

“Una alarma,” Tesla anunció, los dedos en los controles de activación de la esfera. “Parece que tuvieron éxito en llamar la atención hacia ustedes mismos.”

“¿Algo?” Jack exclamó a Gnea. Ella sacudió su cabeza, luego le ofreció un encogimiento de hombros perplejo.

“Ahh, allí está la razón por la que nos están dejando tranquilos...”

Jack giró a tiempo para ver cobrar vida a una imagen en el corazón de la esfera. Tomó un momento explicarse la escena, y Learna fue la primera en jadear.

“Parece como si tuviésemos una rebelión en nuestras manos,” Tesla se aventuró.

La esfera mostraba un ejército virtual de Garudianos vertiéndose en el hoyo. Los soldados Invid los estaban asesinando sanguinariamente desde posiciones atrincheradas cerca de la base de la colmena. El bosque de árboles de Optera estaba en llamas, dando al cráter la apariencia del caldero de un diablo.

“¡Es un suicidio!”

Janice colocó su brazo alrededor de los suaves hombros de Learna.

“Entonces hagamos que valga la pena,” Jack dijo con voz determinada. Él codeó ligeramente a Tesla para que se ponga en movimiento de nuevo, y el Invid comenzó a guiarlos por uno de los pasillos. En breve ellos estuvieron de pie frente a un portal tenuemente brillante similar al de la entrada de la colmena. Una vez más, la mano de Tesla o la voz “abrió” el portal, y el equipo se

encontró en un tipo de centro de control, lleno de “mobiliario” – sillas extrañamente contorneadas y mesas y guardarropas empotrados bastante convencionales, columnas de instrumentos, esferas de comunicaciones de varios tamaños y diseños, y lo que parecían ser dispositivos Robotech Tiresianos.

El equipo se desplegó para explorar el espacio y Lron hizo un descubrimiento importante detrás de uno de los altos contadores: dos científicos Invid vestidos de blanco agazapados.

El Karbarriano los puso de pie por sus cuellos y los empujó hacia el centro de la habitación.

“¡Tesla!” uno de ellos hirvió, siguiendo con lo que Jack imaginó eran unos cuantos floridos epítetos Invid. Janice tradujo: “Él llamó a Tesla traidor. Dijo que era verdad lo que ellos habían oído sobre él.”

“¿Qué significa?” Jack preguntó.

“Por haberlos traído a ustedes aquí,” Tesla dijo demasiado rápido.

“¿Dónde está Kami?” Lerna demandó.

Tesla les hizo la pregunta a ellos, luego gruñó cuando los científicos habían contestado. “Se niegan a decirlo.”

Jack asió el rifle de Crysta y lo sostuvo hacia la cabeza de uno de los científicos. “Pregúntele de nuevo.”

Tesla escuchó la réplica y sacudió su cabeza.

“Correcto entonces–”

“Aguarda un momento, Jack,” Bela interrumpió. “Tal vez ellos apetecen una bocanada de aire fresco de Garuda...”

Tesla dijo a los dos lo que los Sentinels guardaban para ellos; hasta Jack pudo ver los sensores de sus hocicos palidecer ante la perspectiva. Nadie realmente necesitó la traducción.

“Han cambiado de opinión,” Tesla anunció con un bufido de desaprobación.

Y con eso los científicos comenzaron a guiar a los Sentinels en un viaje de turismo tortuoso por el domo, siempre descendiendo, a través de tubos tractores y pendientes en espiral donde debían haber habido escaleras, pasaron sistemas de transporte y cuba tras cuba de Frutos o tallos y Flores pulverizadas, entraron y salieron de pasillos y habitaciones, estaciones de comunicaciones y rotondas,

todo recientemente evacuado de soldados y zánganos de trabajo quienes habían cesado sus tareas para proteger la granja. A minutos de dejar el centro de control Jack se sintió completamente perdido; él no tenía idea en dónde se encontraban en relación con la entrada a la colmena, y empezó a preguntarse si los científicos los estaban guiando a una trampa. Pero su preocupación decayó para cuando alcanzaron lo que él supuso eran los niveles más bajos, tal vez subterráneos; ellos habían pasado numerosos lugares donde emboscadas podían haberse llevado a cabo, pero ni un solo soldado se había visto. Entonces por último alcanzaron el fin de la línea –o así pareció hasta que uno de los científicos en realidad llevó al grupo directamente hacia una pared. La cámara al otro lado era algún tipo de saco membranoso, vetado y pulsante como algo que uno podría encontrar en un pulmón malsano, y allí, apilados juntos en el centro del piso, estaban Rick, Lisa, Karen, y Kami.

Temiendo lo peor, Jack actuó con renuencia mientras que todos los demás corrieron hacia ellos –todos excepto Janice, quien se situó cerca de la puerta osmótica del saco donde podía vigilar a Tesla. Learna inmediatamente deslizó un transpirador sobre el hocico de Kami y lo abrazó contra ella con toda su fuerza. Kami se movió un poco después de un momento, pero los tres humanos eran otro asunto; pálidos enfermizos y desgredados, ellos languidecían en un estupor cadavérico, lloriqueando una que otra vez.

“...expuestos a la atmósfera, luego efectuaron algún tipo de experimento de sondeo mental,” Janice pudo oír a Tesla traduciendo.

Janice vio a los dos científicos dar un paso hacia atrás cuando Jack y los otros giraron hacia ellos. Ella aparentaba estar preocupada estudiando el portal de la cámara, proveyendo a Tesla con algo de espacio ilusorio. Al mismo tiempo, aguzó sus ojos y oídos en la dirección de él.

“No se preocupen por nada,” Tesla estaba diciendo a sus camaradas en un tono bajo pero tranquilizador. “Ahora que el Regente ha sido... muerto, Tesla gobernará en su lugar. Haré las paces con estos seres y–”

“Tesla, ¿qué está diciendo?” uno de los Invid lo interrumpió. “¿El Regente muerto? Acabamos de hablar con él. De hecho, fue él

quien nos dijo que lo esperásemos a usted.”

“¿Qué? Tú hablaste... Pero, pero lo que dijiste, lo que dijiste sobre que era cierto—”

“Sí,” el otro científico habló despectivamente. “¡Que usted había tomado la lucha de los Sentinels, y que debíamos cuidarnos de su traición!”

“¡No!” Tesla dijo muy ruidosamente. Él se dio cuenta y arriesgó una mirada hacia Janice, pero ella mantuvo sus ojos alejados de él.

Jack, Gnea, y Lron lo estaban tomando por asalto cuando él giró de vuelta. Lron agarró a cada uno de los científicos por los frentes de sus mantos.

“Pregúnteles lo que hicieron con Rem.” Jack gruñó.

Tesla observó al grupo rescatado, notando por primera vez que el Tiresiano no estaba entre ellos. Ausente, él dirigió la pregunta hacia los dos que él había esperado fueran a ser sus primeros súbditos, aún aturdido por lo que ellos le habían dicho. ¿El Regente vivo? ¿Cómo podía ser?

“¿Y bien?” Jack gritó. “¿Qué está diciendo?”

Tesla esperó a que el científico lo repitiera, inclinando la cabeza cuando escuchaba. “Rem es Tiresiano. Sus sueños eran poco, podríamos decir, comunes. Así que fue enviado a otra parte para testes adicionales.”

“¿Adónde?” Janice preguntó, caminando hacia él.

Tesla escuchó por un momento. “A Haydon IV. De hecho, el Regente mismo está en camino—” los ojos de Tesla se abrieron de par en par y las palabras se engancharon en su garganta.

“Continúe...”

Él tragó y encontró su voz —chirriadora como era, de repente. “El Regente está en camino hacia Haydon IV mientras hablamos.”

“Entonces allí es hacia donde nos dirigimos,” Bela dijo tranquilamente, sus ojos entrecerrados.

Tesla engulló, en voz bastante alta para que todos lo oyeran.

“Tenemos que llevarlos con el equipo médico de Jean,” Lerna anunció, aún sosteniendo a su compañero.

Bela alzó a Lisa del piso. “No tenemos tiempo que perder.”

Lron y Crysta se acercaron para levantar a Rick y a Karen.

Max y Miriya recibieron las buenas y malas noticias de Cabell por la red de comunicaciones: Rick y los otros habían sido rescatados, pero aún estaban bajo los efectos de la atmósfera cargada de microbios del planeta y delirantes de fiebre. Además, la misión había salido bien sin bajas entre el equipo, pero Rem ya no estaba en Garuda. El equipo de Jack estaba fuera de la colmena del cráter ahora y aguardando la extracción; Jean reclamaba que Rick, Lisa, y Karen estaban demasiado débiles para soportar el viaje de regreso al cuartel temporal del grupo médico por medio de Hovercycle o los transporte Garudiano.

Max cortó la comunicación e inmediatamente puso a dos de sus pilotos de flanco en la red táctica, ordenándoles que se reuniesen con Skull Uno en la colmena del cráter. Al reconfigurar al mecha a modo Guardián, él imaginó al Alpha en un despegue vertical y estableció su curso hacia el nordeste hacia el hoyo. Cuando el VT se elevó, Max tuvo una vista completa de los bosques y estepas que el Skull y el Wolff Pack habían convertido en yermo. No desde la batalla en Karbarra él había visto tanta muerte, tal destrucción extensa. La colmena en forma de domo estaba en ruinas, derrumbada y en llamas; los bosques de árboles de Optera, junto con pedazos de prado y siempre verde, estaban quemándose fuera de control. El terreno estaba asolado más allá de toda creencia – borrado, agujereado, craterizado, esparcido con mechas Invid sin piernas o sin garras, pedazos de Hovertanks y Veritechs, Bioroids e Inorgánicos. Una ladera entera estaba cubierta desde la base hasta la cumbre con cubiertas Helcats y cadáveres de Invids y Garudianos. Cientos, tal vez miles habían muerto. Y por lo que Max estaba oyendo por la red, la misma escena se había recreado en cada granja e instalación Invid a lo largo de la zona ecuatorial del planeta. Pero Garuda se había liberado del yugo de los no-Garudianos.

Buenas noticias... malas noticias.

Max dijo esto a Miriya cuando el VT cubría los ochenta kilómetros más o menos hacia el cráter. Ella estaba aún en el módulo Beta y aparentemente muy bien, a pesar de su experiencia

penosa. Max estaba cautamente optimista; él aún tenía que interrogarla sobre cómo su guerrero había sido derribado en primer lugar.

La colmena del cráter estaba en su mayor parte intacta, pero Max no esperaba que continuase así por mucho más tiempo. Fuegos invadiéndola desde todos lados. Skull Uno se separó del humo y las nubes sobre un campo de batalla muy parecido al que acababan de dejar, muertos y heridos esparcidos a través del campo, una mezcla palpable de triunfo y pérdida. Esos Invid que habían sobrevivido estaban viendo el lado bárbarico de los Garudianos; pero Max no supuso que podía culpar al pueblo de Kami por las consecuencias sangrientas del día, esta catarsis necesaria.

Enmascarados de nuevo, Jack, Gnea, y Bela guiaron a Max y a sus pilotos de flanco hacia allí, y colocaron a Rick y a los otros en los VTs tan rápido como pudieron. Lron, Crysta, y Janice mantenían vigilados a Tesla y a unos cuantos científicos Invid adentro de la colmena –protegidos de la avidez de sangre de los Garudianos por ahora. Kami, aún débil pero ambulante ahora, estaba lejos en algún lugar compartiendo el sabor agri dulce de la victoria con Lerna y sus amigos guerreros. Acabando con las tropas restantes, Max aventuró, en grana manera como el Wolff Pack lo estaba haciendo en otros puestos.

Max atrapó un breve vislumbre de Rick cuando estaba siendo alzado dentro del espacio de carga del módulo Beta de Danubio Azul. El transpirador impidió a Max ver la cara de su amigo, pero Rick lucía como si el Invid lo hubiese despojado de sus huesos.

Los tres VTs de dirigieron deprisa hacia la aldea de Kami, donde el equipo de Jean se hizo cargo y llevó a Rick y a los otros a la seguridad del domo médico geodésico. Max no pudo sino verlo como una versión en miniatura de las colmenas Invid que ellos acababan de destruir.

Él y Miriya ingresaron inmediatamente después de Jack, se quitaron sus máscaras, y tomaron un profundo aliento de la atmósfera artificial del domo.

“Dulce, ¿no es así?” Max dijo, tratando de sonar alegre. Miriya le ofreció una sonrisa débil, pero no dijo nada. Él estaba extendiendo el brazo para alcanzar la mano de ella cuando ella

repentinamente tambaleó y se derrumbó en los brazos de él.

Capítulo 13

Use su discreción, pero trate de contener a sus hombres hasta que esté seguro que al menos la mitad de ellos [nota del editor: los Zentraedi] estén dentro –eso incluye a Breetai y a esa perra descomunal, Kazianna. Instruya al equipo de demolición que use más cargas de las que creen son necesarias; no quiero que ninguno de ellos salga con vida. De hecho, sería de mérito sabotear tantos de sus trajes de medio ambiente como sea posible de antemano. Ninguno de nosotros cree en los accidentes, Adams, pero lo llamaremos así no importa qué.

*Un comunicado “Código Pirámide” de T. R. Edwards,
como se cita en Cuando el Mal Tuvo su Día de
Wildman*

Un racimo compacto de luces descendía fuera de los cielos perpetuamente cavilantes de Fantoma. Breetai las miró por un momento, luego se volteó y se alejó del puerto de observación en forma de burbuja del centro de comando para enfrentar a su teniente.

“Han llegado, mi señor.”

“Así lo veo,” Breetai dijo sobriamente. Él echó una mirada hacia atrás por sobre su hombro, bajó el visor del casco que selló su armadura presurizada, y se dirigió hacia la esclusa de aire de la barraca. El teniente y dos soldados blindados lo siguieron al exterior en la noche de Fantoma.

Un viento constante lleno de escombros había estado batiendo la superficie del gigante anillado durante los pasados tres días, y

Breetai instintivamente levantó un brazo contra aquél cuando él marchó con pesadas y enormes zancadas hacia la rejilla de iluminación de la zona de aterrizaje. Casi todo el conjunto de jefes Zentraedi había acudido por la confrontación, y Breetai divisó a Kazianna Hesh entre ellos. Cerca estaba una docena más o menos de Micronianos en trajes de medio ambiente –algunos de los Robotécnicos de Lang. Los Ghost Riders de Edwards estaban reconfigurando sus Veritechs ahora, imaginándolos pasar de modo Guardián a Battloid cuando aterrizaban.

“Él aparentemente tiene más en su mente que una charla amigable,” Breetai dijo a su teniente mientras los últimos del escuadrón estaban chasqueando en modo vertical. Cuando murmullos de descontento llegaron a él por la frecuencia táctica, Breetai instruyó a su primer oficial pasar la palabra de que él no toleraría ningún incidente; no importaba qué dijese o hiciera Edwards, sus tropas deberían permanecer en silencio.

Edwards quitó a su Battloid de la rejilla y comenzó a moverse a través del campo en la dirección de Breetai. El Zentraedi no era tan tonto como para mirar esto como un gesto de avenencia. Cuatro de los Ghosts flanqueaban a Edwards, con un tipo de casualidad amenazadora en el modo en que ellos acunaban sus rifles/cañones. Breetai arrojó a su teniente una mirada perspicaz. La exhibición de fuerza no llegó como una sorpresa; el Dr. Lang ya le había dado una idea de qué esperar.

“Nueva Zarkopolis da la bienvenida al General Edwards,” Breetai dijo con esmero practicado. “Sentimos no haber podido proveer al general con un clima mejor.” Él pudo oír unas cuantas risitas Zentraedi.

“Muy considerado de su parte,” Edwards retornó por los altavoces externos del mecha, remedando el tono de la voz de Breetai. “Y siento no poder traerle mejores noticias.”

Los dos hombres cayeron en un silencio inquieto; el viento subió, gritando y haciendo impactar grava con un sonido agudo contra el traje blindado de Breetai y la aleación del Battloid. El comandante Zentraedi entrecerró sus ojos y sonrió falsamente, representando a Edwards en la cabina del mecha, manos nerviosas en los controles. Cuando una de las manoplas del VT subió, Breetai

casi la trató de agarrar, pero se contuvo al último momento. Edwards atrapó el gesto, sin embargo.

“¿Estamos algo nerviosos hoy, Breetai?”

Breetai bufó. “Este viento me ha puesto de pésimo humor.”

Edwards inclinó la cabeza del caballero ultratecnológico. “Pues bien, quizá esto no parecerá una mala noticia después de todo.” La mano del mecha extendió un dispositivo de audio extra grande para la inspección de Breetai. “Usted y su... personal están relevados, Comandante. Nueva Zarkopolis está ahora bajo la jurisdicción de la REF, y asumiré el control personal de esta instalación. El viaje de carga de mañana será su último. Puede oírlo directamente del consejo, si desea.”

Los Zentraedi comenzaron a refunfuñar entre ellos, y los guardias de Edwards dieron un paso hacia delante. Breetai indicó con un gesto descendente de su gigantesca mano a su plana mayor hacer silencio. Él aceptó el dispositivo de reproducción de la grabación y lo miró por un momento. “No hay necesidad para eso. Pero debo advertirle, General, que encontrará las condiciones aquí algo duras. Esto es, después de todo, trabajo Zentraedi.”

La corta risa de Edwards se transmitió por los altavoces. “Nos las arreglaremos muy bien. Por supuesto, todos ustedes son bienvenidos a quedarse –como trabajadores, comprenderá.”

“Lo consideraré, General.”

“Bien, Breetai, bien,” Edwards dijo, complacido con el resultado. “Me agrada un hombre que pueda seguir órdenes. Puede ser que usted y yo estemos de completo acuerdo aún.”

Breetai inclinó la cabeza, callado. Periféricamente, él notó a Kazianna dando un paso deliberadamente dentro de su campo de visión restringido.

Edwards continuó para informarle que dentro de una semana varios cientos de hombres y mujeres comenzarían a llegar desde Tirol, junto con los nuevos mecha que los equipos de Lang habían diseñado. Hasta entonces, Edwards dejaría atrás a seis de sus escuadrones para inspeccionar la transferencia de mando. Seis o seiscientos, Breetai dijo para sus adentros, no importaría ahora.

Cuando Edwards y la mayoría de su escuadrón habían despegado, Breetai giró tiesamente contra el viento y se marchó

hacía el cuartel general de estilo Quonset de la colonia minera. De camino, él preguntó al teniente si sus hombres habían completado su tarea.

“Casi, mi señor.”

“¿Y el mineral del tonto?”

“Cargado para la entrega de mañana.”

Breetai gruñó. “Vea que se haga que lo último del monopole sea colocado a bordo de la nave. La entrega se hará según fue proyectada, pero el monopole sigue siendo de nuestra propiedad.”

El teniente levantó una ceja. “Respecto a los soldados de Edwards, Comandante...”

Breetai se detuvo a poco de la escotilla del cuartel general. “Invítelos a ‘inspeccionar’ la entrega. Después, les daremos la opción de unirse a nosotros.”

“¿Y si se rehusan?”

“Se lo dejo a usted,” Breetai dijo, ingresando al interior.

“¿Embarazada?” Max preguntó, cuando los rayos matutinos de Rhestad tocaron el refugio geodésico del equipo médico.

Vince encogió sus enormes hombros. “Eso es lo que Jean dice. Y Cabell coincide.”

“A sí es, mi muchacho,” Cabell afirmó. “Es muy notable, pero cierto.” El Tiresiano era todo sonrisa para variar, su preocupación por Rem momentáneamente eclipsada. “Yo pensé que el primer embarazo de ella era la excepción que confirmaba la regla. Pero esto –esto es nada menos que...”

“Notable,” Max terminó por él, sacudiendo su cabeza en incredulidad. “Sí, dígamelo a mí.”

Vince rió. “¿Qué pasa contigo? Ya son dos, si no estoy equivocado.”

Max fijó la vista en la cara castaña de Vince. “Sí, pero Vince, tú no comprendes. Recuerda, Miriya es... diferente.”

“Ella tuvo a Dana,” Vince comenzó a decir.

“Sí, y Dana es diferente.”

“¿Cómo es que ella es diferente?” Cabell quiso saber.

Max y Vince intercambiaron miradas, pero dejaron la pregunta por contestar. “¿Puedo verla?” Max dijo repentinamente, poniéndose de pie.

Vince rió. “Ése es un buen inicio.”

Max se puso en marcha hacia la pequeña área del domo médico que el equipo de Jean había separado.

“Notable,” Cabell meditó cuando él y Vince regresaron a donde Rick, Lisa, y Karen estaban bajo tratamiento. Los tres aún tenían que emerger de la semiconciencia...

“¿Algún cambio?” Vince preguntó a su esposa un momento más tarde. Ella estaba supervisando a Rick en este momento, luciendo casi tan contraída y pálida como su paciente. Vince colocó su brazo alrededor de la estrecha cintura de ella.

“Estoy preocupada, Vince. Ellos ya debieron haber salido de ello. Hemos intentado todo –antipsicóticos, transfusiones...” Ella levantó sus manos. “No sé qué hacer.”

“Es el hin” Veidt dijo, revoloteando hacia ellos desde el pie de la cama de Karen. Él había pasado las últimas horas asimilando profundamente todos los bancos de datos que la biblioteca médica de Jean tenía para ofrecer. “Los Garudianos viven en el útero del hin. Es lo que ustedes podrían llamar ‘una realidad alterna.’ Los microorganismos aquí, los mismos que mantienen al pueblo de Kami en un estado constante de hin, han causado que sus amigos se desunen de lo que constituye la realidad humana.”

“Sí, y los está matando, Veidt. No les está proveyendo de viajes sicodélicos o aliados o poder personal. Está drenando la vida de ellos mientras estamos sentados aquí y... y–“

“Vamos, Jean,” Vince dijo. “Estás haciendo lo que puedes.”

Cabell tiró de su barba. “Existe un tratamiento, por supuesto.” Él se volvió hacia Veidt cuando los ojos de Vince y de Jean se fijaron en él.

“Seré sucinto,” el Haydonita empezó. “En mi mundo hay dispositivos capaces de revertir el efecto Garudiano. ‘La enfermedad mental,’ como algunos de sus discos la llaman, es desconocida para nosotros; es una cosa tan arcaica como su propia viruela.”

“¿Entonces qué estamos esperando?” Jean dijo, mirando a

Vince. “¿Nuestro trabajo aquí está concluido, no es así? Garuda fue liberada.”

Vince quitó su mano de la cintura de ella para palpar su mandíbula. “Sí, de cierta manera.”

“¿De cierta manera? ¿Qué se supone que eso significa?”

“Nos hemos enterado que el Regente está en camino hacia Haydon IV,” Cabell le dijo a ella. “Con lo que queda de su flota, indudablemente.”

Jean comprimió sus labios. “Más combate, entonces.”

“No es tan simple como eso,” Vince agregó.

“A nuestro mundo,” Veidt dijo, “no se puede acercar con la misma táctica que ustedes emplearon para liberar a Karbarra, Praxis, y Garuda. Haydon IV está en cierto sentido más allá de ambas conquista o liberación. Y mientras que es verdad que el Invid ha asumido el control de nuestra estructura política, ellos no han en ningún modo intentado manipular nuestras vidas. Ellos no podrían. Haydon IV es un mundo abierto y así permanecerá siempre.”

“¿No podríamos escabullirnos o algo por el estilo? ¿Quiero decir, no hay una puerta trasera que podamos usar, algún modo de llegar a esos dispositivos sin confrontar al Invid?”

Veidt miró con fijeza a Jean y sacudió su cabeza. “Es imposible.”

Vince se estaba paseando de un lado a otro, las manos agarradas detrás de su espalda. “Tenemos que preguntarnos si vale el riesgo.”

“Si Rick, Lisa, y Karen valen el riesgo, querrás decir.”

“Y Rem,” Cabell agregó.

Vince inclinó la cabeza.

“Miren lo que ustedes ya han arriesgado para salvarlos,” Veidt señaló.

Todos quedaron en silencio; entonces Vince dijo, “Reúnan a los Sentinels. Tenemos que tomar una decisión.”

“¡No lo alojaré aquí! ¡No lo haré!” la Regis riñó a uno de sus sirvientes. ¿No hay forma de escapar de él? Ella se preguntó. ¿Aún aquí en Haydon IV?

“Me temo que es demasiado tarde, Su Alteza,” el sirviente dijo, inalterado en su postura de genuflexión. “La nave insignia del Regente ha dejado ya Optera para reunirse aquí con los remanentes de su flota.”

“¿Cuánto tiempo tengo?” ella preguntó, girando rápidamente hacia la criatura asexual, las borlas de sus largos guantes moviéndose rápidamente.

“Menos de un período, Su Alteza.”

Ella despidió al sirviente; cuando aquel dejó la habitación, ella apretó sus puños y los agitó de un lado a otro en el aire. “¿Debe él acecharme?” ella dijo en voz alta. “¿Debe él continuar castigándome?”

Abruptamente, ella giró para mirar a Rem; el clon de Zor estaba dormido, tal vez inconsciente después de sus sesiones con los científicos del Regente en Garuda. Ellos lo habían curado de la locura inducida por la atmósfera de ese mundo, sólo para inducir un estado más controlado de temor alucinatorio. Y luego habían escarbado su cerebro. Oh, cómo habían escarbado su cerebro.

Durante más de la mitad de cinco días la Regis lo había tenido a él en gran manera para sí misma; suyo para jugar con él, suyo para examinar –sus sueños y pensamientos para disecar, sus memorias para volver a la vida... Unida con él en cierto plano psíquico, ella había caminado de nuevo por esos campos en los que ellos habían caminado en Optera. La vieja Optera, la Optera de antes de la caída. Ella había podido mirar aquellos tiempos a través de los ojos de él ahora, y se había encontrado a sí misma disturbada. Él había visto cuánto ella quería emularlo a él, desde todo punto de vista; y ella había visto cuánto él la había deseado. No su ser físico, no la forma que el destino le había dado, sino su naturaleza espiritual –su esencia. Hubo en un tiempo una apariencia de amor allí, y este descubrimiento la llenaba con alegría. Pero era un éxtasis que no podía sobrevivir a las realidades que la raza hambrienta de guerra de él había introducido en el jardín de ella; un éxtasis que sólo podía perdurar en ese plano etéreo, donde las cosas formaban bellas pero finalmente dolorosas sombras...

Sin embargo ella apenas podía separarse de ese reino, aunque su indulgencia consigo mismo podría significar la muerte para el clon.

Él era el juguete de ella; ¡como ella lo había sido el de Zor!

Ella entendía, sin embargo, que Zor de algún modo se había propuesto redimirse enviando a la matriz de la Protocultura lejos del alcance de sus Maestros. Pero mucho de esto permanecía no claro, confundida por lo que ella había accedido de los sistemas de datos de Haydon IV. Estos magníficos diseños de nuevo: Zor, los Maestros, el Invid, todos encerrados juntos en algún sistema inmenso e insondable.

Junto con este misterioso mundo blanco y azul revelado por los pensamientos del clon, este nexo de eventos, este pleroma...

Ella aún tenía que aprender el nombre del planeta o sus coordenadas del continuo, pero ahora ella tenía una sensación de dónde comenzar su búsqueda. Y tarde o temprano su sensor nebulosa lo localizaría.

Seguiré a la nebulosa, ella decidió de repente. Abandonaré este Cuadrante y me pondré tan lejos de su alcance como esa matriz lo estuvo del abrazo maligno de los Maestros.

Ella se encontró excitada por la perspectiva, riendo al mirar desde lo alto el suelo artificial de Haydon IV –y los paisajes urbanos. Ella hasta podía dejar a algunos de sus Niños atrás hasta que el momento llegase –¡el momento cuando ese mundo blanco y azul fuese descubierto y hecho suyo!

Ella aumentó su tamaño, elevándose hasta llenar la habitación, reconociendo una determinación que ella había pensado perdida con el amor mismo. Con respecto a Rem, ella dijo, “Ahora dejemos que el Regente haga lo que quiera contigo, clon. Dejémosle que curioseee en tus memorias de nuestro tiempo juntos, y ¡dejémosle sufrir por lo que perdió!”

Miriya no lucía tan bien como Max había imaginado que ella luciría. ¿Dónde estaba aquel resplandor róseo, ese algo especial? En vez de ello, ella lucía demacrada; de ojos abolsados, fatigada, hasta ligeramente ictérica.

“Es sólo por mi exposición a la atmósfera,” Miriya le dijo cuando

él se sentó cuidadosamente en el borde del catre de ella. “Pero Jean dice que todo está bien, todos los sistemas funcionan. Así que suaviza tu frente arrugada, y bésame antes de que haga algo violento.”

Max forzó una sonrisa y se inclinó entre los brazos de ella; ellos se abrazaron por un momento. Max acarició con palmaditas la espalda de ella y se enderezó. “No estoy seguro de saber qué sentir,” él confesó.

“Lo sé, Max. Estoy tan preocupada como tú lo estás por Rick y Lisa.”

“Buenas noticias, malas noticias...”

“Así es la vida, Max. Y ahora Dana tendrá una hermana.”

Las cejas de Max subieron. “¿Jean te dijo eso?”

“Ella no tuvo que hacerlo.” Miriya acarició su barriga. “Puedo sentirlo.”

De nuevo, Max trató de sentirse bien sobre las cosas, pero cuanto más miraba a su esposa, más ansioso se volvía. Él estaba a punto de tomar la mano de ella, cuando alguien golpeó contra la separación. Crysta, Gnea, y Teal preguntaron si podían entrar por un momento. El Spherisiano estaba cargando al menor –un Baldan de sesenta centímetros, aunque todavía facetado y sin habla hasta ahora.

“Tan pronto como oí la noticia bajé,” Teal explicó. “Quería que vieras al menor.”

“Felicidades,” Gnea dijo a Miriya inciertamente.

“¿Hey, qué hay del padre?” Max preguntó de buen humor.

La Praxiana volteó hacia él. “¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con la condición de Miriya?”

Max comenzó a responder, pero lo pensó mejor, cerrando su boca y guiñando estúpidamente.

“¿Cuándo se vuelve él liso, como tú?” Miriya decía a Teal.

“No lo es. No es necesariamente un él.”

Miriyá miro a su alrededor incómodamente. “Pero pensé que

Baldan... que este...”

“Es de Baldan,” Teal replicó, contemplando al menor analíticamente. “Pero las características y lo que creo que ustedes llaman ‘el sexo’ son finalmente dejados al Formador.”

“¿El Formador? ¿Tú?” Crysta dijo, sorprendida, una enorme mano en su hocico.

“¿Quién más? Los jóvenes Spherisianos permanecen facetados hasta que son alisados por su Formador. Pronto lo desfacetaré.”

“Pero lo moldearás a él, er, ello en la imagen de Baldan, ¿lo harás?”

“¿Por qué haría eso? Estoy ligada con el menor ahora. Podría fácilmente darle forma de mi propia imagen.”

“Pero esto es todo lo que queda de Baldan,” Crysta argumentó. “¿No quieres recobrar su esencia? Significaría mucho para todos nosotros.”

Miriya y Gnea coincidieron. Max no se inmiscuyó.

“Entre los Spherisianos yo soy considerada más atractiva,” Teal les dijo orgullosamente. “A un joven uno podría hacerle algo peor que darle mi forma.” Ella miró a Max y a Miriya por un momento. “Ustedes terrícolas ni siquiera tienen una oportunidad al respecto.”

“Ninguna discusión en eso.” Max rió. “Pero quizá esa es la belleza de ello.”

Gnea hizo una mueca, asombro en sus ojos salpicados de dorado. “Así que tú tuviste algo que ver con ello.”

Max moró de la Praxiana, a la Karbarriana, a la Spherisiana, a su propia esposa Zentraedi, y se preguntó si él posiblemente podría explicarse.

El transporte de carga Zentraedi –llamado Valivarre por el planeta primario de Fantoma– era la más grande de las naves construidas para servir a las necesidades de la operación minera. Era esencialmente un almacén enorme, con vastos compartimentos de carga y camarotes sin rasgos característicos, y numerosas bahías de lanzamiento y de acoplamiento ajustadas para acomodar hileras de

mechas de superficie y transbordadores extra grandes. Típico de la nueva raza de SDFs –de la 4 a la 8– el Valivarre sólo estaba ligeramente armado y era algo lento para los estándares galácticos; pero a diferencia de aquellas fortalezas la nave estaba equipaba con propulsores Reflex/Protocultura que le permitían navegar con transposiciones casi instantáneas por el “espacio local.”

El transporte estaba en órbita estacionaria sobre Tirol ahora mismo, descargando la última de las riquezas de Fantoma a los transbordadores de carga, los que estaban haciendo viajes hacia ambas: a la SDF-3 y a la superficie de la luna.

En el puente del Valivarre, Breetai fue informado que uno de los transbordadores que regresaba traía dos pasajeros. Él llegó a la activa bahía de acoplamiento al momento que el Dr. Lang y Exedore estaban descendiendo por la rampa del transbordador.

Lang echó una mirada a su alrededor. Bajo la mirada vigilante de cuatro Battloids del Escuadrón Ghost, una docena de Zentraedi estaban cargando lo último del mineral monopole en un segundo transbordador. Allí había más ruido del que los oídos humanos podían resistir, así que él se colocó un par de tapones silenciadores, y pasó a la casilla amplificadora para comunicarse con Breetai.

“Parece que todo está en orden, Comandante,” él dijo, tratando de sonar sistemático. “Pero tengo algunos asuntos que discutir con usted con respecto al programa de transferencia. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar?”

Breetai los llevó fuera del compartimento y dentro de un pequeño camarote equipado con un balcón de comunicaciones Microniano.

“Esta área está segura,” Breetai les dijo después de que había asegurado la escotilla.

Lang fue directamente al punto. “Nunca podrás escaparte de esto impunemente, Breetai. ¿Para qué nos requieres?”

El Zentraedi sonrió falsamente. “El mineral del tonto... No fue mi intención engañarte, Lang. Sólo a los hombres de Edwards. En cuanto a ellos toca, estamos descargando el monopole.”

“Pero, Comandante,” Exedore dijo, “¿qué está tratando de hacer? Usted está consciente de que Lang y yo tendremos que reportar esto.”

“Y espero plenamente que lo hagan. Sólo pido que demoren su reporte por tres horas.”

“¡Te marchas!” Lang dijo, excitado. “Lo sabía.”

Breetai cruzó sus brazos a la altura de su pecho e inclinó la cabeza. “Es correcto, Doctor. Nos vamos. Y nos llevamos el monopole con nosotros.”

Lang estaba sacudiendo su cabeza. “Es un plan loco, Breetai. Edwards los capturará.”

“Tal vez. Pero él lo pensará dos veces antes de dispararnos mientras tengamos el mineral a bordo. Ni cuando se entere de que el producto de Fantoma está agotado, cuento con usted para que le aclare esto a él.”

“Comandante, podemos preguntar—”

“Para ir en busca del Almirante Hunter, Exedore. No acepto que los Sentinels se hayan convertido en proscritos más que lo que creo que el Regente Invid está muerto. Conocemos a ese enemigo, Exedore; los confrontamos a lo largo de este sector. Si él hubiese sido asesinado, las tropas de su reina ya se habrían formado contra Tirol y lo hubieran atomizado.” Breetai se inclinó acercándose al pasamano del balcón para mirar a su amigo micronizado. “Estamos libres de todas las imperativas ahora, Exedore. Los Zentraedi seguirán solamente las suyas propias. ¿Te nos unirás?”

Exedore inclinó su cabeza. “Comandante, usted me honra. Pero yo, también, tengo una imperativa interior.”

Breetai meditó sobre ello, luego inclinó la cabeza. “Comprendo, mi amigo.”

Lang miró a los dos Zentraedi, repentinamente consciente de la significación que el momento guardaba. Una oleada de temor lo recorrió; una carga que él apenas pudo soportar. Su voz se quebró cuando él habló. “¿A Praxis, Breetai? ¿Garuda? ¿Spheris? La nave que buscas es bastante pequeña como para ser insignificante.”

Breetai fijó su ojo en Lang. “No creo eso, Doctor. Ni usted.”

Lang pronunció con voz áspera, “Haydon IV.” Ella está allí, algo se lo dijo.

Exedore extendió una mano. “Doctor—”

“No me pidas que lo explique.” ¿Era Janice, él se preguntó, o alguna otra ella? Era una presencia sobre la que los Formadores le

habían alertado, un poder diferente a todo lo que él había experimentado...

Breetai lo observó por un momento. “Comenzaré mi búsqueda allí.”

Lang inclinó la cabeza, débilmente, preguntándose si alguna vez volvería a vez al Zentraedi de nuevo.

En Garuda, los Sentinels se agruparon en la vivienda comunal para discutir sus opciones y prioridades, lo que significó volver a los transpiradores para casi todos los involucrados. Vince, Max, y Jack estaban tan seguros de a donde apuntaban que ya habían hecho llevar a Rick, a Lisa, y a Karen a la SDF-7. Bajo la supervisión de Wolff y de Janice, Tesla y los dos científicos Invid también habían sido llevados a la nave, junto con Miriya –quien aún estaba demasiado débil para participar en la reunión– y Teal y el menor Spherisiano.

La mayor parte de Garuda estaba celebrando –la aflicción llegaría más tarde– y los sonidos salvajes del baile y la música hacían tanto más difícil para el grupo el llegar a cualquier acuerdo concerniente a la opción Haydon IV. Se encontraron unidos, sin embargo, en el asunto de Garuda. Con los huertos de árboles de Optera en ruinas, no era probable que el Invid fuese a tener mayor uso para el planeta –no especialmente cuando su campaña inicial contra las defensas inherentes de Garuda había terminado en tantas muertes. Pero por si acaso el Regente decidía pensar en represalias –lo cual, Cabell mantenía, era altamente improbable dadas las desastrosas derrotas que el líder Invid había estado sufriendo en otras regiones– los Sentinels estaban dispuestos a dejar la mayoría de sus fuerzas en el mundo para complementar la fuerza numérica de los clones de Bioroid restantes. La única colmena Invid que había soportado la batalla razonablemente intacta serviría de su base. Vince y Veidt estaban a favor de esto aunque ello reduciría significativamente el poder de fuego de los Sentinels. Haydon IV, sin embargo, no era considerado desde el punto de vista de una

campana militar; ellos estaban emprendiendo el viaje por el bien de Rick, Lisa, Karen, y Rem.

Una vez más, como alguien indicó.

Pero los Karbarrianos y las Praxianas, en todo caso, escogieron desatender la exposición de Vince. Ellos rechazaron asimismo el reclamo de Veidt y de Sarna de que el planeta no había sido adversamente afectado por la presencia del Invid. Haydon IV tenía Invid; por lo tanto, Haydon IV necesitaba ser liberado.

Kami y Learna eran reacios a partir, reacios a abandonar el hin y a tener que revincularse a sistemas de soporte de vida; pero acordaron participar después de que Lron y Crysta les recordaron de cómo ellos habían dejado a su hijo, Dardo, atrás en Karbarra.

Los Sentinels regresaron al alma del grupo.

Y también estaban de vuelta en lo desconocido.

Era posible que ellos sobrepasasen a la flota del Regente hacia Haydon IV; entrasen y saliesen sin incidentes. Pero era probable que las cosas continuasen del mismo modo imprevisible al que ellos se habían acostumbrado.

Diez horas estándares de la Tierra más tarde, la SDF-7 dejó la órbita y se transposicionó.

Capítulo 14

Mientras que era cierto que los Invid habían estado subsistiendo con los mismísimos frutos y flores que estaban convirtiendo rápidamente a Tesla en algo no íntegramente o más-que Invid, debe ser indicado que la materia vegetal licuada que alcanzó Optera era de una variedad “pasteurizada”, y fue utilizada principalmente como el baño nutriente para los mecha de batalla de los soldados –Scouts, Shock Troopers, Naves Pincer, y cosas por el estilo. Forzándose a subsistir con lo puro (o lo impuro, en realidad), Tesla estaba recibiendo megadosis de la misma materia que años antes había enviado al Zentraedi Khyron claramente por encima del borde de la Imperativa, y a estados no soñados de metanoia.

*Historia de la Segunda Guerra Robotech, volumen
XXXVI “Tirol”*

“¡Demando saber dónde está ella!” El Regente gritó cuando él y su élite de once soldados bramaron de cólera a través de una de las plazas de color azul-hielo de Haydon IV, los esplendores de la ciudad perdidos en ellos.

Los seres nativos del planeta prestaron a los Invid poca atención, y atendieron sus misteriosos asuntos, revoloteando en grupos de dos o tres entrando y saliendo de los edificios semejantes a espirales de Glike, a través de puentes elegantes, y por parques demasiado perfectos para creer. Pero los visitantes, los huéspedes, y los comerciantes de otros mundos se detuvieron para fijar la mirada sobre aquel cuya raza muy recientemente había cambiado la cara

del Cuarto Cuadrante. Unos cuantos Karbarrianos hasta tuvieron que ser contenidos de correr delante para ridiculizar al Regente con recordatorios de la victoria reciente de ellos. “¡Sentinels! ¡Sentinels!” ellos cantaron, y tuvieron éxito por un momento en hacer virar al Regente para confrontarlos. Ninguno, sin embargo, se atrevió a hacer un movimiento violento, por debajo de esas mismas plazas y parques acechaban sorpresas de una naturaleza decididamente disciplinaria. Haydon IV tenía reglas para los ciudadanos y extraños por igual, y las imponía sin predilección.

El comandante de escuadra Invid susurró aquello al Regente, mientras los Karbarrianos ursinos continuaban lanzando insultos y maldiciones. Y al mismo tiempo uno de los sirvientes de la Regis se acercó, ofreciendo una breve y no convincente genuflexión.

“Su Alteza,” el sirviente dijo, con un tono condescendiente.

El Regente levantó un puño. “¡Cómo osa negarse a honrar mi llegada!”

“Tal vez, mi señor,” el mismo teniente del Regente sugirió, “ella tiembla de terror con la mera idea su presencia deslumbrante.”

“Arrástrate en tu propio tiempo,” el Regente gruñó. Él proveyó al sirviente de su esposa con una mirada penetrante. “¿Dónde está mi vergonzosa esposa? Explica esta rotura del protocolo, gusano, antes de que encuentre un lugar para ti en los Pozos.”

El sirviente levantó su cabeza. “Ella se ha ido, Regente.”

El Regente ya sabía eso, y montó en cólera por la impertinencia del sirviente. “Estoy consciente de que ella se ha ido –su nave insignia ha dejado la órbita. Pero quiero saber a dónde.”

“No dijo palabra, mi señor. Excepto para decir que no se espere que regrese.”

“Lo cual explica tu laxitud.” El Regente se levantó en toda su altura, y miró hacia debajo de su hocico a la criatura de la Regis. “Tal vez haré un ejemplo de ti, gusano. Ahora, llévame a nuestros cuartos antes de que me extralimite... Ve que mis mascotas sean cuidadas,” él dijo a su teniente como una idea tardía, “y traigan al prisionero Sentinel ante mí.”

Varios otros sirvientes aparecieron para aposentar al Regente y a su comitiva en las mismas habitaciones que su reina había ocupado y abandonado, y por el camino él no pudo menos que tomar nota de

algunas de las maravillas de Haydon IV. El planeta era diferente a todo lo que alguna vez había visto, y sin embargo había una sensación de familiaridad en todas partes que mirase. Aquí, una estructura que era recordativa de Tiresia; allí, un pedazo bosque aparentemente traído de Garuda. Palacios cristalinos Spherisianos, fábricas Karbarrianas sin la suciedad o el hedor, esculturas arabescas Praxianas, tótemes, estatuas, pilares, y pedestales –hasta ciertas cosas que sólo pudieron haber venido de Optera misma: campos de Flores e hileras de árboles cargados de Frutos, todo infructífero sin duda, pero tan perfecto, tan exquisito en apariencia.

Y sin embargo en ninguna parte un indicio de instrumentales.

Él comprendió, sin embargo, por qué la Regis se iría: no había calor en el mundo, no había sabor a vida en sus cielos claros y en las aguas reflexivas. No, ella no se hubiera sentido en casa aquí, él se dijo a sí mismo. Era un mundo real el que ella requería, uno como la Optera de su pasado. Él se negó a creer que su llegada la había obligado a revelar sus planes prematuramente –ciertamente no después del regalo que él le había enviado. Esto, sin embargo, no lo detuvo de quejarse a su teniente una vez que ellos habían alcanzado las habitaciones en lo más alto de la alta torre y su trono había sido colocado.

“¡Decampó!” él dijo despectivamente, las manos acariciando los cuellos adornados con gemas de sus mascotas Hellcat. “Ella espera que yo gane la guerra mientras ella está lejos revoloteando por el cosmos emperejilando sus tubérculos y maquinando complots contra mí–”

“Mi señor,” un sirviente interrumpió, inclinándose desde la entrada. “Tenemos al prisionero.”

El Regente sonrió cuando Rem fue arrastrado dentro. Un teniente “persuadió” al Tiresiano de asumir una postura servil. Pero la sonrisa del Regente comenzó a decaer al estudiar a Rem. ¡Grandes soles! Él pensó. ¡Él tiene la cara del seductor!

Dos científicos habían entrado tras los pasos del Clon de Zor, y los Hellcats repentinamente estaban gruñendo, paseándose impacientes, y oliendo el aire. “¿Qué pensó ella de él?” el Regente preguntó, levantándose de su silla.

Uno de los científicos hizo un sonido de tos. “Uh, ella estuvo...

entretenida, Su Alteza.”

“Sí, me lo puedo imaginar bien. ¿Grabaron sus sesiones juntos?”

Los dos Invid intercambiaron vivas miradas. “Lo hicimos, mi señor.”

Él se dio vuelta para mirar fijamente a Rem. “Deseo ver los resultados de su reunión. Quiero ver la culpa de ella, la tristeza en su corazón, antes de que le otorgue mi perdón.”

“Pero, Regente—”

El Regente golpeó con estrépito un enorme puño sobre el asiento contorneado del trono. “¡Tráiganme las grabaciones —ahora!”

Había silencio en el puente de la SDF-7 mientras Wolff y Vince esperaban que la biblioteca de identificación de la nave mostrase su evaluación. Wolff cruzó sus brazos y se inclinó alejándose de la consola cuando los datos aparecieron.

“¿Y bien?”

“Señales de identificación confirmadas,” Wolff dijo categóricamente. “Naves de transporte de tropas Invid y la nave insignia del Regente. Llegamos demasiado tarde.”

“¿Nos están registrando?”

Wolff exhaló ruidosamente y giró hacia un monitor periférico. “Afirmativo. Pero es de bajo nivel, superficial. Podría ser que seamos una incógnita. Sólo sabe Dios cuántas otras naves hay atracadas allí afuera.”

Vince tuvo que coincidir; él nunca había visto tantos tipos y clases diferentes de naves estelares. Haydon IV era obviamente todo lo que Veidt y Sarna habían estado diciendo a todos.

“¿Así que qué hacemos, Capitán —abrir una frecuencia de saludo, decirles que estamos envueltos en la libertad, un breve descanso y recuperación?”

Vince frunció el entrecejo y colocó una mano en el interruptor del sistema de dirección de la nave...

“Haydon IV es un mundo abierto,” Veidt estaba explicando en la sala de instrucción diez minutos después. “Pienso que ya he puesto

en claro este punto. El planeta nunca ha sido tomado por la fuerza; sus defensas son legendarias. Allí están, en los registros centrales, las referencias de una invasión frustrada unos dos mil años estándar de la Tierra atrás. Varios cientos de naves fueron destruidas en cuestión de momentos.”

“Pero los Invid—” Jack comenzó a decir.

“Los Invid no combatieron las defensas de Haydon IV,” Sarna metió bocado. “Cualquiera que venga en paz tiene libertad para quedarse y comerciar. Los Invid vinieron y se insinuaron en posiciones de autoridad política; pero son bastante dóciles aquí. Podríamos desembarcar con seguridad, pero seguramente seremos tomados en custodia.”

“Entonces no podemos bajar bajo las armas,” Crysta dijo.

Jack gruñó. “Quizá tú no tienes el coraje para intentar, pero yo sí.”

Lron lo miró con ira desde el otro lado de la mesa. “¿Osas impugnar su coraje? Tal vez tú—”

“¡Detengan esto!” Jean interrumpió. “Ambos.”

“¿Qué son exactamente estas ‘defensas,’ Veidt?” Vince quiso saber.

“Nunca las he visto. Como lo manifesté, no han sido puestas a prueba en dos mil de sus años.”

“Vamos,” Jack dijo, mirando a su alrededor. “¿Entonces cómo sabemos que están aún funcionando?”

“¿Tienes anhelo de retarlas?” Sarna preguntó.

Jack retornó una mirada fija y malhumorada.

Jean sacudió su cabeza y se bufó. “Así que para utilizar las instalaciones médicas, tenemos que ir con nuestras manos arriba.”

“Sí, directamente a una fortaleza Invid,” Bela dijo.

“No tenemos alternativa,” Gnea agregó. “Nuestros camaradas tendrán que ser entregados. ¿Pero quién entre nosotros los escoltará abajo?” La Praxiana miró alrededor de la mesa.

“Yo iré,” Wolff se ofreció como voluntario.

Jean capturó la mirada de su esposo. “Yo iré, también.”

“Esperen un minuto, esperen un minuto,” Jack dijo, poniéndose de pie. “Estoy tan preocupado por Karen y Rick y Lisa como cualquiera de ustedes. Pero supongamos que el Invid niega la

solicitud de ayuda médica. Luego ellos no sólo tendrán a Karen, sino a ti y a ti y a quienquiera que esté lo bastante loco para ofrecerse como voluntario.” Él sacudió su cabeza. “Uh, uh. Necesitamos encontrar otro camino.”

“El Invid no puede negar aquello que es prometido por el planeta para todos,” Veidt dijo, lo suficientemente alto para atajar todos los argumentos separados que la objeción de Jack había producido. Todos oyeron la observación del Haydonita, pero la disputa continuó.

“Muy bien, cálmense,” Vince dijo a la mesa. “Max tiene una idea.”

“Dos destacamentos de desembarco,” el as del Skull empezó cuando todos estuvieron en silencio. Él estaba exhausto, habiendo pasado cada minuto al lado de Miriya. La condición de ella se había deteriorado después de la transposición hacia Haydon IV, y era la idea de Jean incluirla entre los pacientes. “Algunos de nosotros lleva a los cuatro abajo; el resto de ustedes va sin anunciarse para vigilarnos.”

“No va ha funcionar, Comandante,” Veidt dijo; pero Jack, Lron, Bella, y Gnea ya estaban entusiastas. Hasta Burak sumó su voz al grupo como una exhibición de soporte.

“Las defensas del planeta los detectarán,” Sarna trató de advertirles. “Tendremos que arriesgarnos,” Vince le respondió.

Y el plan fue puesto a votación.

Jean y Wolff ya se habían ofrecido voluntariamente, y ahora Max y Vince y Cabell se les unieron. Veidt y Sarna los escoltarían. Jack, sin embargo, insistió en que la causa de Karen sería mejor atendida por él haciendo algo más que llorar a su cabecera; así que optó por el segundo equipo. Burak, Kami y Learn, Bela, Gnea, Lron, y Crysta bajarían con él. Janice estuvo indecisa hasta el último minuto; entonces ella se alió con el grupo de Jack –con una condición: que ellos llevasen a Tesla y a los dos científicos Invid junto con ellos.

“Él fue útil en Garuda,” Jack estuvo dispuesto a conceder. “Pero aún no confío en él.”

“Yo tampoco,” Janice dijo. “Me gustaría ver lo que sucedería si Tesla y el Regente se viesan hocico a hocico.”

Sólo Wolff oyó el jadeo de Burak; pero él no pensó nada sobre aquel.

“Breetai y sus Zentraedi son traidores y criminales,” T. R. Edwards dijo al consejo, colocándose donde él estaba seguro que las cámaras se acercarían sobre su placa craneal pulida y su expresión furiosa. “Ellos han robado la mismísima cosa que necesitamos para regresar a la Tierra, y con eso condenaron a nuestro mundo a la derrota por las manos de los Maestros Robotech.” Él giró y caminó de regreso airadamente a su asiento, mirando de frente a la audiencia ahora. “Algunos de ustedes probablemente están pensando que esta es la manera de los Zentraedi de vengarse de la RDF. Pero sospecho que tienen un propósito aún más oscuro en mente. Es mi creencia que Breetai pretende acuadrillarse con los Sentinels y formar un cartel para tomar el control de las rutas espaciales.

“Y con el Regente Invid muerto y nuestras propias fuerzas varadas, habrá poco que hacer para detenerlos de poner sus planes en movimiento –a menos que tomemos acción rápida y decisiva contra ellos. Por esta razón, estoy pidiendo la aprobación del consejo de mi solicitud por las cuatro naves que comprenden nuestra nueva flotilla. ¡Los Zentraedi deben ser capturados y destruidos!”

Hubo reacciones opuestas de la multitud, todas las cuales el Senador Longchamps calló con tres golpes determinados del mazo. “El consejo no tolerará estas explosiones continuas,” él advirtió a la audiencia. “Si esto ocurre de nuevo, voy a ordenar que la sala sea despejada. Ahora,” él dijo, volviéndose hacia Edwards, “el consejo aprecia la inquietud de los generales, pero hay unos cuantos temas que necesitan ser atendidos.” Él consultó sus notas, luego dijo, “¿Sr. Obstat?”

“¿No es cierto, General, que el tipo de acción que usted propone podría arriesgar muy posiblemente al mismo mineral el cual desesperadamente necesitamos?”

Edwards se puso de pie. “¿Entonces, propone usted que les

dejemos quedárselo?” él preguntó tranquilamente.

“No sabemos por qué lo tomaron en primer lugar,” Justine Huxley argumentó. “Yo por lo menos no estoy convencida de que ellos pretendan hacer lo que usted sugiere –asociarse con los Sentinels y embarcarse en un tipo de campaña transgaláctica. ¿No podemos simplemente continuar minando el mineral hasta que los Zentraedi nos hagan conocer sus demandas?”

El Dr. Lang habló de eso. “Me temo que Fantoma ha entregado los últimos de sus minerales monopole. Sólo pizcas quedan, y ulterior minería es apenas justificable en esta fase.”

“Qué hay de nuestras reservas, Doctor, aquí y en Tirol,” Harry Penn preguntó. “¿No tenemos bastante para reparar los sistemas de transposición de la fortaleza?”

“Desafortunadamente no,” Exedore afirmó. “El... el mineral robado representaba más de tres meses de minería. Es crucial para nuestras metas.”

Edwards esperó que los jadeos y murmullos en la sala se calmasen. “Con la indulgencia del consejo, tengo razones para cuestionar la evaluación del Dr. Lang y el Embajador Exedore de la situación. No es ningún secreto a la RDF que ambos tienen intereses particulares en promover la causa de los Sentinels–”

Longchamps golpeó su mazo. “General, debo advertirle de abstenerse de usar estas audiencias para emitir calumnias sobre cualesquiera miembros de este consejo. ¿Está entendido?”

Las cámaras se acercaron para captar la rígida y silenciosa inclinación de cabeza de Edwards.

En la habitación de Edwards a bordo de la SDF-3, donde ella estaba mirando los acontecimientos, Minmei se levantó para servirse otra copa. La cara de Lang estaba en pantalla cuando ella regresó al borde de la cama.

“Eso es verdad, Senador,” el Robo-mago estaba diciendo. “Exedore y yo fuimos los primeros en descubrir que el material descargado del Valivarre era una clase de ‘mineral de los tontos,’ si quiere. Inmediatamente reportamos esto al General Edwards–”

“Después de que esa nave se había transposicionado fuera del espacio de Tirol, Doctor,” Edwards ladró.

“¿General Edwards,” Longchamps interrumpió, “no estaban

algunos de su propio Escuadrón Ghost a bordo del Valivarre supervisando la transferencia?”

Minmei vio la cara de Edwards ponerse blanca; las cámaras capturaron la furia en su único ojo. “Estoy seguro de que esos valientes hombres fueron asesinados, Senador.”

Las cámaras pasaron a Lang. “Miembros del consejo, personalmente puedo dar testimonio de la presencia de los hombres del general. Y Exedore y yo, ambos, los encontramos muy vivos.”

Minmei sorbió su trago, anticipando la réplica de Edwards; él no la sorprendió.

“¿Sí, y exactamente qué lo motivó a usted y al embajador transportarse hasta el Valivarre, Doctor?”

“Estábamos meramente inspeccionando el horario de transferencia con el Comandante Breetai—”

Minmei tocó el control remoto y la pantalla se apagó. Ella vació su copa y pensó: unos cuantos más de estos y estaré demasiado atontada para que me importe. Y atontada era justo lo que ella estaba buscando. Ella había perdido sus amigos, su fe, su voz, todo sentido del propósito que ella una vez había poseído. Rick, Lisa, Janice, el Dr. Lang, Jonathan... Y recientemente había estado pensando en Kyle. Ella no estaba segura de por qué, pero supuso que tenía algo que ver con Edwards y el control que él había comenzado a imponer sobre ella. Ella imaginó que vio una semejanza curiosa en juego que unía a Rick y a Lynn-Kyle, ahora a Jonathan Wolff y a Edwards –algún desliz en la autocrítica cuando ella se acercaba demasiado al amor genuino y al compromiso. Propiedad, ella pensó con asco. Así era cómo ella estaba empezando a verse. Su voz apropiada por la RDF, sus sueños destruidos por la guerra, su voluntad a la merced de los hombres que querían nada más que gobernarla y poseerla, cuerpo y mente.

Atontada, confortablemente atontada, ella se dijo...

Treinta minutos después la puerta silbó abriéndose y Edwards entró a zancadas en la habitación, sonriendo malvadamente. Minmei se

dio cuenta de que ella estaba adormecida, y, sobresaltada ahora, comenzó a retroceder en la cama. Edwards la miró de reojo, tal vez pensando que ella estaba jugando con él, y cayó encima de ella, los codos soportando la parte superior de su cuerpo. Ella presionó sus manos contra el pecho de él y dijo, “Por favor...”

“¿Qué pasa contigo?” él preguntó, cara a cara con ella.

“Sólo estoy... confundida.” Ella trató de salirse rodando de debajo de él, pero sus brazos la sostuvieron rápidamente.

“Oh, no, no lo harás” él le dijo, trayendo su boca enérgicamente contra la suya –un beso que a él le gustó pensar como apasionado, pero uno que ella sintió era simplemente rudo. “El consejo dio su aprobación.”

“¿Q-qué significa eso –que irás–”

“Precisamente eso,” él dijo, rodando lejos de ella sobre su espalda.

Él miró fijamente el techo y rió. “Primero los Zentraedi, luego los Sentinels.” Él la miró.

Minmei estaba espantada, mirándolo con la caba abierta; él tenía su mano derecha enrollada apretadamente alrededor de la muñeca izquierda de ella.

“Cuando esto termine quiero que te cases conmigo.”

La mano derecha de ella voló hacia su cara. “¡Qué!”

“Será tal como la boda de los Hunter,” él dijo, como si pensando en voz alta. “Excepto que seremos tú y yo, y el destino no será Tirol, sino la Tierra.” La sonrisa de él aún estaba intacta.

“¡Y la misión no será por la paz, sino por la guerra!” ella gritó al instante, alejando de un tirón su brazo.

Edwards se sentó derecho cuando ella hizo un movimiento hacia la puerta. “¿De qué estás hablando? ¡Minmei!”

Ella estaba ligeramente ebria y torpe aún por su miedo y shock; ella chocó contra una mesa, tirando algunas cintas magnéticas al piso, se estrelló contra el mamparo, buscando torpemente que la puerta se abriese.

“¡Minmei!” él gritó de nuevo, más ásperamente que antes.

Él estaba enojado ahora y ella aterrada. Ella dejó la habitación y corrió descalza por el pasillo de la nave. Ella oyó a alguien detrás de ella al entrar al ascensor y se dio vuelta; pero no era Edwards.

Era un piloto de VT, llevando puesto su casco, por raro que parezca, un hombre barbudo alto y esbelto el cual ella pensó lo había visto antes. Él estaba observando sus pies desnudos y su apariencia desgredada. Ella forzó una sonrisa tiritante, empujando y golpeando ligeramente su cabello hacia atrás, poniéndolo en su lugar.

“¿Problemas?” él dijo.

“Sí,” ella le dijo, sorprendiéndose.

“¿Puedo hacer algo?”

“Necesito regresar a Tiresia. ¿Hay algún transbordador que parta pronto?”

“Te llevaré yo mismo,” él dijo después de un momento.

Eso la hizo reír. “¿Qué –en una Alpha? No sé...”

“Te llevaré donde quieras ir.”

Ella lo miró con fijeza, preguntándose porque ella estaba lista para creerle. “¿Qué hay sobre Garuda o Haydon IV... uh, 666-60-937?” ella preguntó, leyendo el número de servicio de la REF del piloto en su casco.

“Un largo viaje,” él le dijo. Pero no rió, ni pensó en que ella le estaba tomando el pelo.

Las puertas del ascensor se abrieron. El piloto extendió su mano y Minmei se permitió tomarla.

“Un simulagente, un simulagente,” Tesla masculló, atiborrando los últimos Frutos de Garuda en su boca. “¡He sido engañado – engañado!”

Los dos científicos que los Sentinels habían capturado en Garuda retrocedieron hacia lo que esperaban sería un rincón seguro del compartimento de la fortaleza dimensional, seguros de que la ingestión de Tesla de los Frutos mutados de aquel mundo infectado lo habían vuelto medio loco. Primero estaba todo ese disparate sobre que el Regente estaba muerto, y ahora este palabrerío de simulagentes y asesinato.

“¿Ha estado él haciendo esto en todas los lugares que ustedes han estado?” uno de los Invid preguntó a Burak en la lengua franca.

“Sólo en Karbarra, Praxis, y Garuda hasta ahora,” el diablo Perytoniano dijo en tonos bajos, encogiéndose de hombros. “Supongo que el asesinar al Regente fue sólo una imaginación, luego—”

“¡Una imaginación!” Tesla había oído el cuchicheo de Burak y giró hacia los tres, monstruoso en su ira. “Él sabe que lo intenté, él sabe que estoy empeñado en usurpar su trono... Y yo ganaré, ¿me oyen?! ¡Tesla gobernará!”

“Él logrará que nos envíen a todos a los Pozos,” uno de los científicos se quejó. “¡No seremos repatriados –seremos involucionados!”

Algo, cierta fuerza, repentinamente puso de pie a Tesla. La piel de Tesla estaba rizada, los músculos y tendones torciéndose debajo de la carne como si sus sistemas internos se estuvieran volviendo a disponer, reconfigurándose. Un aura de luz estaba remolineando alrededor de su cabeza, arrojando los colores del arco iris a través del techo, los mamparos, y el piso del compartimento. Su cabeza estaba lista, el cuello extendido, la boca boquiabierta en un tipo de grito silencioso. Burak permaneció arraigado al piso, asombrado al ver al Invid comenzar a perder estatura y magnitud, mientras que al mismo tiempo el cuello, la cabeza, los brazos, las manos y los pies de Tesla se remoldeaban. Los dos científicos habían enterrado sus cabezas uno contra el otro, pero Burak estaba demasiado asustado para evocar el deseo aún para alejar la vista. Él vio entonces en busca de qué estaban los frutos, la forma final que trataban de dar a luz, y apenas pudo creer en lo que veía, mucho menos comprender lo que tal transformación significaba. De acuerdo a la forma era una forma humanoide –así como la de Jack Baker o Gnea o Rem.

Zarcillos de energía estaban remolineando alrededor de Tesla, extendiéndose hacia donde estaba de pie Burak. Ellos bailaron entre sus cuernos y emitieron un torrente descendente de luz paralizante por la cima de su cabeza. Los ojos de Tesla estaban fijos en él cuando algo más allá del idioma corrió entre ellos. Burak se puso rígido, cuando un fuego frío sumió su corazón. Él gritó, y Janice llegó corriendo deprisa por la escotilla.

Ella había estado afuera escuchando el intercambio embozado de ellos, y aunque desconcertada por el silencio repentino, ella no

había querido arriesgarse a tocar la puerta. El lamento de Burak parecido al de un animal había cambiado todo eso, pero ahora no podía ver lo que estaba sucediendo. Algo o alguien estaba arrojando luces de coloreadas y cegantes a través del compartimento. Ella pudo vislumbrar a Burak y a las dos formas vagas de los científicos Invid detrás de él, pero Tesla estaba oculto por la intensidad prismática deslumbradora, aparentemente en el centro de ello. Ella llevó sus manos a su cara, tratando de escudar sus ojos, y de repente la luz se había ido. Tesla estaba en el piso, tendido sobre su espalda.

Ella se precipitó sobre él; él estaba vivo, pero su respiración era trabajosa. Y algo más: él lucía diferente. Su hocico era más corto, su cabeza más definida, sus manos y pies más humanoides que reptilianos. Su piel era un verde pálido, cerosa y suave.

“¿Qué le sucedió?” Janice preguntó, volviéndose hacia Burak.

El Perytoniano la miró con fijeza. “Yo... yo...”

Janice lo tomó por los brazos y lo sacudió. “¿Qué sucedió?”

Burak aclaró su cabeza y le ofreció a ella una mirada en blanco. Él extendió su mano para sentir sus cuernos, luego observó a Tesla por un momento. “Creo que comió demasiado.”

El Regente se sentó súbitamente en su trono, sintiendo como si un peso enorme había sido colocado sobre su pecho. Fue un error para él el haber visto las grabaciones de la festividad de amor nostálgica de la Regis con el clon de Zor, una equivocación terrible. Al buscar culpa, algún signo de pena, él sólo había encontrado amor, genuino y frustrado. Y él empezó a preguntarse si no se había equivocado en no seguir la guía de ella cuando aún había tiempo; cuando ella lo había tratado de convencer de permitirse evolucionar. Pero él había sido obstinado sobre ello, agraviado, implacable, y ahora ella estaba perdida para él. Él había visto, también, los recuerdos del clon de Zor de un mundo muy alejado de la contienda de Optera y de Tirol, vinculado de algún modo al planeta matriz de la Protocultura ¿era algo más que las imaginaciones extravagantes de Zor? Además, él

tenía buenas razones para creer que la Regis había partido en busca de ese mismo mundo, y él sabría si y cuándo ella lo encontrase. No, lo que él necesitaba eran datos exactos, datos que el clon todavía no había entregado a los dispositivos de sondeo mental de Haydon IV. Tal vez, él pensó, ello tendría que ser invocado del clon, del modo que Zor había invocado a la Protocultura de las Flores de la Vida.

Entretanto, sin embargo, su imperio se estaba desmoronando. Garuda había caído a los Sentinels, privando a los Invid de los Frutos necesarios para los baños nutritivos de los mecha. Y Tesla aún no era hallado –aunque a ratos el Regente pensaba que podía sentir en realidad la avidez de sangre del traidor anhelándolo a él.

En gran manera al modo que él sentía en ese momento. Aún sus mascotas parecían afligidas por la misma lasitud. Él superó su humor un poco cuando un sirviente ingresó para anunciar que un mensaje importante había sido recibido. Pero fue la noticia del teniente la que trajo al Regente de vuelta a la vida.

“¡Los Sentinels! ¿Aquí?”

“Sí, mi señor. Piden permiso para desembarcar. Cuatro de los suyos necesitan tratamientos que aparentemente sólo Haydon IV puede proveer. Buscan una tregua por la vía de la rendición.”

El Regente dijo algo que le traería problemas. “¡Esto es un sueño!”

“No, mi señor.”

El Regente permaneció inmóvil por un momento, luego rió. “¡Aquí! Por supuesto que ellos se rendirían aquí, donde disparar primero significa ciertamente la muerte.” Él extendió su mano para sentir su capucha hinchada. “Sin embargo...”

El teniente aguardó mientras el Regente se paseaba delante de su trono. “Sí, sí, podría funcionar.” Él se dio vuelta. “Informen a los Sentinels que aceptamos sus términos. Y traigan al clon de Zor a mi habitación. Se lo expondré simplemente: la matriz por las vidas de sus camaradas. ¿Qué podría ser más justo?”

“Que el Grandioso Formador Haydon vele por ustedes hoy,” Teal

dijo al grupo del transbordador desde el balcón en la bahía de lanzamiento de la SDF-7.

Vince, Cabell, Max, y los otros saludaron a sus amigos cuando la escotilla se serraba. En un momento las toberas de maniobra del transbordador espacial llamearon, y la nave comenzó a descender hacia el creciente verde y plateado que era Haydon IV.

El segundo grupo ascendía a doce, incluyendo a los tres Invid – un en cada uno de los tres Veritech Alpha blindados. Jack tenía una apariencia seria al sujetarse en la cabina delantera de su mecha. Bela estaba detrás de él; Gnea, Kami, y uno de los científicos en el módulo Beta. Janice estaba piloteando el segundo VT, con Burak en el asiento del copiloto, y Lron y Tesla en el Beta. El tercer VT tenía a Lerna, Crysta, y al segundo científico. Jack había dado un último vistazo a Rick, a Lisa, y a Karen antes de que fueran llevados al transbordador, y la vista de sus rostros relajados y descoloridos estaba con él ahora cuando activó los propulsores del Alpha y maniobró la nave fuera de la bahía de lanzamiento. La tripulación humana y XT de la SDF-7 había sido instruida para mantener a la fortaleza libre de la armada Invid, pero a una distancia suficientemente cercana de la superficie de Haydon IV para eliminar cualquier amenaza de un ataque furtivo del enemigo.

Veidt y Sarna habían hecho todo lo posible para convencer a los Sentinels de abandonar sus planes de un acercamiento no anunciado, pero Jack y el resto estaban resueltos intentarlo. Además, no era como si ellos estuviesen yendo allí con armas llameantes. Su acercamiento sería uno moderado, Jack había insistido; un aterrizaje simple en los bosques al oeste de la ciudad principal del planeta. Seguramente, tres pequeñas mecha no iban a provocar las legendarias (y algo cuestionables) defensas de Haydon IV.

Es meramente un significado, Veidt había tratado de decirles.

Jack oyó las palabras emergiendo en sus pensamientos, e hizo un esfuerzo para sacarlas de su mente. En un momento él sería capaz de discernir los detalles de la topografía superficial del planeta. Estaba destinado a ser una vista extraordinaria –un mundo entero reconfigurado para conformar las demandas de sus habitantes.

Jack se encontró preguntándose sobre la inteligencia conductora detrás de tal hecho.

Entonces él empezó a notar que el bosque que ellos habían escogido como zona de aterrizaje, estaba, bueno, moviéndose – deslizándose del este al oeste a través del paisaje abigarrado como algún tipo de puerta de paso. Y algo muy raro estaba elevándose hacia ellos del espacio que aquel bosque había dejado... Remolineantes vórtices de energía, tapetes sedosos y radiantes montando furiosas corrientes de aire ascendente de Haydon IV.

Jack envió un argumento telepático al planeta: ¡Venimos en paz. Venimos en paz!